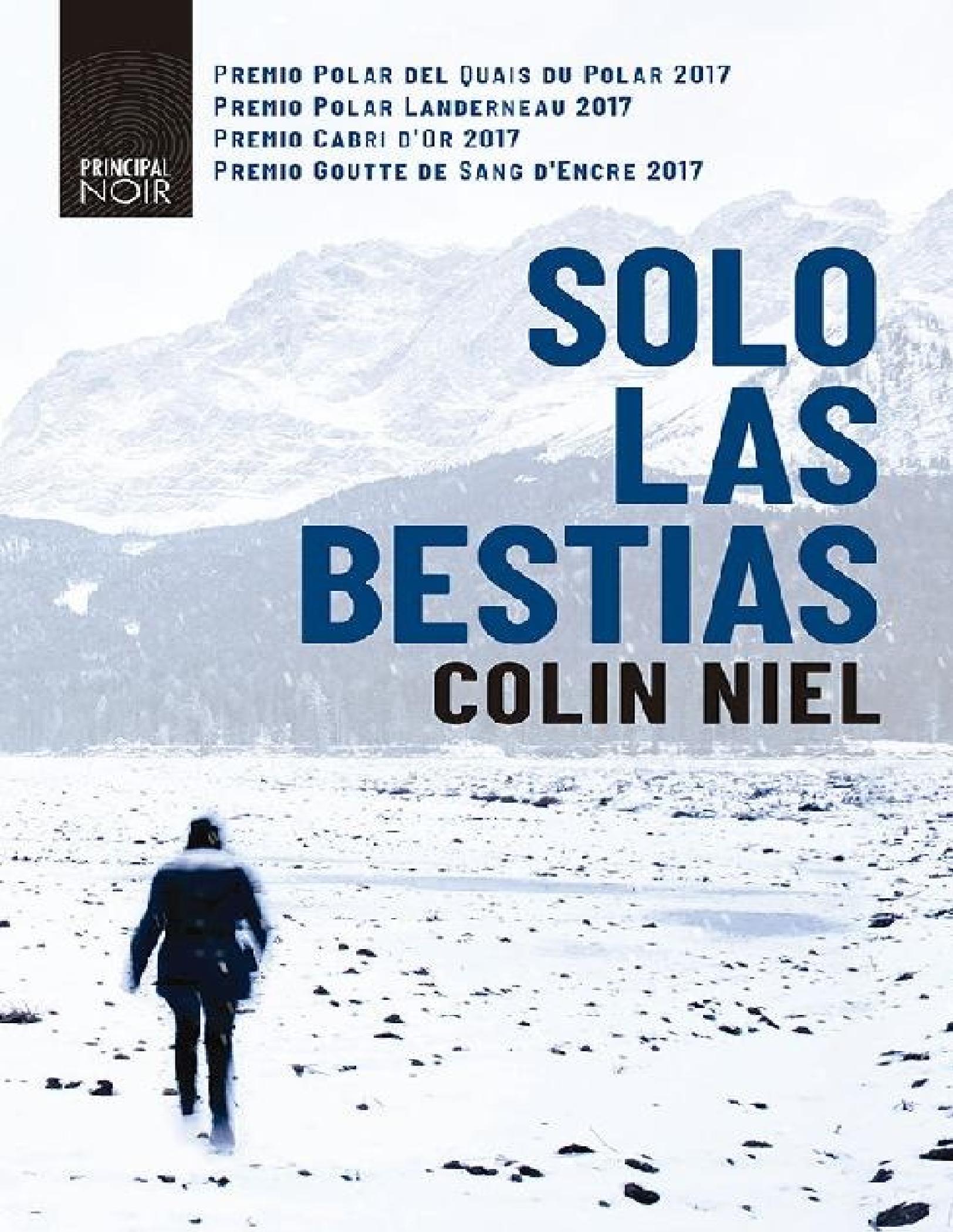


PRINCIPAL
NOIR

PREMIO POLAR DEL QUAIS DU POLAR 2017
PREMIO POLAR LANDERNEAU 2017
PREMIO CABRI D'OR 2017
PREMIO GOUTTE DE SANG D'ENCRE 2017



SOLO LAS BESTIAS

COLIN NIEL

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrute de la lectura.

Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.



CONTENIDOS

[Portada](#)

[Página de créditos](#)

[Sobre este libro](#)

[Dedicatoria](#)

[Alice](#)

[Joseph](#)

[Maribé](#)

[Armand](#)

[Michel](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)

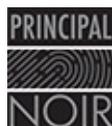
Más libros en www.DESCARGASMIX.com

SOLO LAS BESTIAS

Colin Niel

Traducción de Isabel Fuentes García

para Principal Noir



SOLO LAS BESTIAS

V.1: enero, 2018

Título original: *Seules les bêtes*

© Editions du Rouergue, 2017

© de la traducción, Isabel Fuentes García, 2018

© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Imagen de cubierta: Abel Halasz / Sergey Furtaev

Corrección: Anna María Iglesia / Saúl Chaza

Publicado por Principal de los Libros

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17333-10-2

IBIC: FH

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

SOLO LAS BESTIAS

Un inquietante *noir* rural donde todos mienten y la muerte acecha

Évelyne Ducat, una mujer rica y caprichosa, ha desaparecido. Encuentran su coche en la carretera a un pueblo rural, donde malvive una comunidad de campesinos, tan solos y olvidados como las montañas nevadas que los rodean. Alice y Michel sobreviven a la rutina. Cuando ella entabla una relación amorosa con Joseph, otro de los ganaderos de la región, nadie sospecha que la muerte de Évelyne esté relacionada. Pero los hilos que unen a los habitantes del Causse son como los fríos vientos de las cumbres: implacables y destructores.

Premio Polar del Quais du Polar 2017

Premio Polar Landerneau 2017

Premio Cabri d'Or 2017

Premio Goutte de Sang d'Encre 2017

«Una estructura narrativa hábil, una atmósfera inesperada y convincente y una escritura sutil. Colin Niel ha escrito una gran novela.»

ActuaLitté

«Una novela negra que habla de la tierra, el silencio de los hombres, la frustración, el dolor y los placeres efímeros.»

La cause littéraire

*Para Charlotte,
Go miniatura al pie del mundo.
En mí, hasta lo más profundo.*

Alice

La gente siempre quiere un principio. Imagina que si una historia empieza en un momento dado debe tener un final. Que la tormenta se ha detenido, que pueden regresar a su rutina, que se han salvado.

Tiene sentido, no digo que no. Y además tranquiliza un poco. Y es necesario que así sea, porque lo que pasó ese año preocupó a más de uno. Los habitantes del valle siguen todavía hoy contando la historia en los mercados y en las ferias. En realidad, se inventan la mitad, cada uno añade sus pequeños detalles, que modifican a medida que pasan los meses. En su lugar, yo haría lo mismo: son temas de conversación y, al fin y al cabo, todo el mundo busca algo que contar, de lo contrario no existiríamos. Es humano. En resumen: cuando la gente habla de lo que sucedió, siempre empiezan por lo que se contó por la televisión.

El 19 de enero.

El día en que Évelyne Ducat desapareció.

Yo me enteré al día siguiente. El invierno se había instalado definitivamente, la nieve cubría mi montaña como un paño excesivamente blanco y los vientos no cesaban de barrer las laderas. Por la noche se los oía ulular alrededor de la granja. Esa mañana, con la calefacción al máximo para desempañar el parabrisas, conducía lentamente, porque, si bien utilizaba las cadenas, sabía que las carreteras eran peligrosas. Me deslizaba serpenteando al ralentí entre los bloques de granito apilados en las laderas y que, como una niña, imaginaba caídos del cielo durante una gran tormenta.

Había estado pensando en mi jornada desde el día anterior, y por eso no presté atención a los vehículos azules estacionados a lo largo de la carretera, ni tampoco a los atareados gendarmes de alrededor con sus mapas y sus móviles sin apenas cobertura. En otra ocasión, habría intentado averiguar qué había sucedido, repitiéndome a mí misma: «No es asunto tuyo». Sin embargo, ese día conduje casi sin detenerme para entrar al pueblo y aparcar cerca del mercado.

No había mucha gente, tres o cuatro puestos de productores en pie calentándose en la parte de arriba de la calle peatonal. Me crucé con algunos viejos conocidos, hombres a quienes conocía desde niños y a quienes había visto crecer a lo largo de los años, hombres con los que solo intercambiaba unos breves buenos días, lo suficiente para demostrar que aún recordábamos de dónde

veníamos, aunque ahora ya no tuviéramos mucho en común. Fue allí, en el frío del mercado, cuando me di cuenta de que no era un día como los demás. Los comerciantes se frotaban las manos frente a sus piezas de cordero o sus mermeladas de castañas, los clientes envueltos en sus parkas, todos contaban lo mismo. Las conversaciones resonaban en las pequeñas nubes de vaho congelado y, por supuesto, Éliane estaba allí, con su cesta de verduras bajo el brazo. Me saludó, diciéndome: «No pinta bien, en mi opinión, nunca la encontrarán». Al darse cuenta de que yo no sabía lo que había ocurrido, me miró fijamente como si acabara de salir de una hibernación. Finalmente, mientras tomábamos un café en el único *bistro* de la ciudad abierto durante el invierno, me soltó a bocajarro lo que había pasado. Éramos las únicas clientes.

—Una mujer ha desaparecido. La policía la está buscando. ¿No viste las noticias anoche?

No, no había visto la televisión. Michel sí, estaba pegado a la pantalla para seguir el telediario local y el programa meteorológico. Lógicamente, como todos los criadores locales, estaba preocupado preguntándose qué suerte le depararían los días siguientes a ellos y a sus animales. Sin embargo, yo, ensimismada como estaba, no había prestado atención a lo que decía la televisión.

—Évelyne Ducat, ¿te suena?

—Ducat... Es un apellido de aquí, ¿verdad?

—Sí. Y créeme, no es una don nadie.

La mujer desaparecida estaba casada con alguien importante, un chico de la zona que al cumplir la mayoría de edad se fue a la capital y más tarde volvió a vivir en el valle, después de hacer una fortuna en el extranjero. Un hombre rico, vamos, pensé en ese momento, por eso la gente hablaba tanto del asunto. Si se hubiera tratado de uno de mis campesinos al borde de la bancarrota, seguro que habría hecho menos ruido. No valía la pena ocuparse de ese asunto, nos llevaría mucho tiempo. En breve.

La última vez que el empresario había visto a su esposa con vida fue cuando ella se alejó del chalet para dar un paseo en solitario. Una pequeña caminata, como de costumbre, por la meseta o por la montaña, desafiando el invierno, no se lo había especificado. Y desde entonces, nada. Habían encontrado su coche abandonado a la entrada de la ciudad, mal estacionado al borde de la carretera.

Lo sucedido se convirtió en un gran tema de discusión para ese mes de

enero glacial, mientras todos esperaban el regreso de los días más cálidos. Todo el mundo daba su opinión. Se imponía el peor de los escenarios, que además descubría el recuerdo de nuestros antepasados.

La tormenta.

Sí, algunos decían que Évelyne Ducat había sido arrastrada por la tormenta, como había sucedido en otras ocasiones. La tormenta es el nombre del viento de invierno que a veces estalla en las cumbres de estos parajes. Es un viento que dreña con violentos chubascos de nieve, que esculpe la nieve detrás de cada bloque de roca y que, según se decía entonces, mata con mayor seguridad que una mala gangrena. Así murieron dos maestras en los años cuarenta, historia que yo conocía desde que era niña. Desde su pueblo, se encaminaron para ir a la escuela, a solo dos kilómetros de distancia, y se perdieron en medio de la tormenta. Las habían encontrado congeladas, aferradas la una a la otra al pie de un árbol escarchado. En las aldeas, nuestros antepasados habían construido campanarios que hacían sonar para guiar a los que se perdían cuando llegaba la aspereza del invierno. Ahora era parte del folklore local, restos de una época en que todo era más difícil. Si bien actualmente, la tormenta ya no mata a nadie, cada año Éliane sigue asustándose con esos cuentos del pasado.

Era obvio, por tanto, que también esta vez ella creyera en la hipótesis de la tormenta.

—Vamos, ¿qué piensas tú? —me dijo.

La observé, envuelta en su chaqueta y con sus mejillas rosadas que la hacían parecer más joven. Quería mi opinión, como de costumbre. Pero no dije nada.

—No estás muy habladora. ¿Algo va mal?

—No, para nada.

Mentía, por supuesto. En verdad solo había escuchado a medias lo que acababa de contarme en esa cafetería demasiado calurosa. Estaba cautivada por el insólito hecho que daría grandes titulares durante varios días y se preguntaba si también hablarían de ello en los informativos nacionales. Daba igual, a mí la historia no me importaba en absoluto. Tal vez si hubiera sabido lo mucho que la noticia me afectaría podría haber evitado lo que iba a suceder, pero yo estaba lejos de todo aquello; a mi manera, también me había perdido en la tormenta. Así que dejé que Éliane terminara la historia, la animé a que me lo contara y así quedar bien, y luego volví a congelarme las mejillas en el frío de la ciudad.

Era un día sin visitas, así que fui de compras e hice dos o tres gestiones en la ciudad, tareas para las que no necesitaba pensar demasiado. Por la noche, volví a emprender el camino hacia las alturas nevadas de mi montaña, hasta la

aldea que, con sus edificios macizos de paredes de granito y su fuente tallada en la roca, me había visto crecer y que, imaginé, solamente abandonaría al morir. Aparqué en la ladera, de cara al río envuelto de una niebla gris que serpenteaba por todo el valle, atrapando hasta el último rincón del pueblo. En casa, dejé aliviada mis bultos y, no mucho después, cociné dos salchichas y algunas patatas hervidas en el silencio de la cocina.

Michel llegó un poco más tarde, cuando la cena ya estaba lista. Yo estaba de espaldas, lo escuché quitarse la chaqueta en la puerta y caminar hacia el baño para ducharse. Lo hizo sin decir ni una palabra. Cuando vino a sentarse a la gran mesa de madera que ocupa la sala, de una ventana a otra, tenía el pelo mojado y debajo del jersey llevaba su camiseta de Jóvenes Granjeros, que solía ponerse en los días difíciles. Cortó un pedazo de salchicha, lo masticó en un momento. Solo después, preguntó:

—¿Todo bien?

—Sí —respondí como si fuera un día cualquiera.

Hablé porque es lo que mejor hago, le dije dónde había estado, lo que había visto, lo que había comprado. Michel levantó las cejas para decir: «Ya veo». Por un momento observé fijamente su cara apagada, sus cejas recogidas en una línea que iba de una sien a otra, y esos ojos de los que nunca supe distinguir el color.

—¿Y tú? ¿Qué tal tu día?

Apretó el puño alrededor de su cuchillo, se encogió de hombros.

—Con los partos.

Los partos, eso es todo, no dijo más. No era necesario, él sabía que yo lo entendía, porque conozco su trabajo como si lo hiciera yo, pues ha marcado mi vida desde la infancia. Los partos implicaban dormir poco, pasar la mayor parte del tiempo en el establo cuidando de las vacas, limpiando las cunas y esparciendo el heno. De vez en cuando, bajaba al valle para ver a sus clientes y resolver problemas técnicos. Era un momento difícil para él. Así que no, no necesitaba decir más para que lo entendiera, aunque para mantener la conversación viva, para mí, pero también para nosotros, no habría ido mal que hablara un poco más. Se limpió la boca cuando terminó de comer, dejó la servilleta y se levantó para llevar su plato al fregadero.

—Me voy otra vez —dijo suavemente—. Tengo que hacer un poco de papeleo.

Luego salió de la habitación para ir a la oficina que había establecido en el sótano de la casa, y a la que se podía acceder desde el exterior. Allí se pasaba horas rellorando formularios y compilando los balances de la granja en el ordenador. Me quedé allí, mirando la pared de la sala de estar y las fotos de mis

sobrinos en la playa, completamente sola en este silencio que se había vuelto demasiado familiar.

Michel y yo solo hablábamos para garantizar el buen funcionamiento del hogar. Y tenía que confesar que últimamente eso me iba bien; especialmente esa noche. Porque estaba concentrada en mis cosas, incluso, podría decir obsesionada. No por la desaparición de Évelyne Ducat como Éliane y todos los del valle. No, desde el día anterior, solo pensaba en una cosa: en Joseph, allá abajo, en su casa en el Causse.

En Joseph, de quien terminé enamorándome.

En Joseph, que ya no me quería.

Y estaba a kilómetros de distancia de imaginar que mi amante podría estar involucrado en el caso del que hablaban en la televisión.

Joseph podría haber sido un miembro como otro de la mutualidad, uno de los que visito a diario en el área de la que soy responsable. Este es nuestro trabajo, el mío, el de Éliane y el de tres personas más. Cinco trabajadores sociales para cuatro mil campesinos, recorriendo las granjas del territorio para conocer a aquellos que nadie más va a ver, para explicarles que no, que no están solos, que tienen derechos, que existen ayudas para contratar a una señora de la limpieza o para dejar su rebaño con alguien durante al menos una semana en agosto. Nadie se imagina lo que sucede dentro de estas granjas donde solo unos pocos profesionales siguen trabajando. Nosotros, implicados hasta el cuello. Los éxitos agrícolas, los jóvenes que se instalan en el campo, que innovan, que crean empleos y se desarrollan en internet, aquellos que honran la profesión, sabemos que existen, a veces pensamos en ellos para darles ánimos, pero no los vemos.

Lo que vemos son las familias destrozadas, las parejas que se separan porque la señora quiere tener un hijo mientras que el señor quiere un nuevo establo, los hombres que caen en la depresión bajo el peso del trabajo, los jubilados que se dejan morir cuando pierden a sus esposas, y los hijos huyen de la región. Por eso, hace dos años, cuando el alcalde de un pequeño ayuntamiento me llamó por teléfono para describir la situación de Joseph Bonnefille, un criador de ovejas de la meseta, no me sorprendió en absoluto.

—No es un mal tipo —dijo—. Pero desde la muerte de su madre, no está bien, ¿entiende? Este año, no se ha preocupado de sus tierras, y tiene animales sueltos por ahí.

No le importaban sus tierras, y sus animales vagaban por ahí. Eran señales

claras, y lo sabía tan bien como el alcalde. En este tipo de situación, a menudo son los otros los que dan la alarma, los niños, los representantes municipales, los vecinos. Joseph nunca habría dicho nada por sí solo.

Así que una mañana seca y calurosa de verano, tomé el camino de la meseta sin imaginar que me dirigía hacia algo que trastocaría mi vida por completo.

Recuerdo que atravesé la población, fui a la parte superior de la ciudad y puse la segunda marcha por las curvas que se forman hasta llegar a la cresta de la montaña. Al sentir que mi blusa se me pegaba a la espalda, bajé la ventanilla para que entrara un poco de aire. Vi los valles que se extendían gradualmente a mi derecha, atrapados entre las laderas boscosas sobre las cuales se extendía la sombra de las cimas. Mientras subía, hacia el sur divisaba las aldeas sobre las laderas más lejanas. Y frente a mí, ahí estaban las formas suaves de mi montaña y algunas nubes deshilachadas que parecían buscar su cumbre como una oveja su cordero.

Tomé las curvas reduciendo la velocidad en los giros y acelerando en cada recta. Llegué a los grises acantilados en los bordes de la meseta, golpeados por los rayos oblicuos del sol naciente. La pendiente de la carretera se suavizó de repente, indicando la llegada a la meseta del Causse una inmensa isla plana elevada hacia un cielo de verano como si este no fuera completamente suyo. Tres buitres surcaban el cielo azul sobre mí, con sus alas gigantes congeladas por los fuertes vientos. Seguí los caminos que cruzaban las estepas, rodeada de un césped amarillento, de las vallas y de las blancas paredes que separaban la tierra en propiedades. Me crucé con un granjero que llevaba su rebaño a los senderos diurnos; un perro inquieto y un burro marrón cerraban la procesión.

La entrada al pueblo estaba marcada por una enorme cruz tallada en la roca blanca de la meseta para recordar que estábamos en tierras católicas. Dejé atrás cuatro barracones con los postigos cerrados y, escondida detrás de algunos bloques de roca, vi aparecer el edificio. Era una casa típica de la zona hecha de piedra caliza, adosada sobre una pequeña loma de tierra que la protegía de los vientos fríos. El lugar estaba en silencio, era incluso siniestro; de no ser por el vehículo pegado a la pared podría pensarse que estaba abandonado.

Estacioné en el patio, tomé mi carpeta y subí los escalones que conducían a la terraza. Golpeé la puerta. No hubo respuesta. Llamé de nuevo. Y finalmente escuché unos pasos que se deslizaban por detrás de la puerta de madera y, luego, el sonido del pestillo que salía de su eje. El batiente se abrió con un sonido chirriante y, a través de un resquicio, vi por primera vez al hombre herido que un día se convertiría en mi amante, con sus vaqueros sin forma, su camisa gris y manchada, y su cabello desordenado. Sin embargo, lo primero que vi fue la

escopeta que sostenía con ambas manos, como si quisiera impedirme el paso. Menuda bienvenida, pensé.

Sin embargo, no tenía miedo. No, es cierto, en ningún momento sentí que fuera peligroso y, ahora que lo pienso, tal vez ese fue mi error. Estaba acostumbrada a este tipo de hombres, la verdad, pero si me sentía segura era, sobre todo, porque detrás del arma vi de pronto en su mirada más angustia que agresividad. En lo profundo de sus ojos negros, bajo sus cejas fruncidas, había tanto vacío como en esta casa desierta. En la habitación, escuché su perro brincar, intentando ver qué pasaba fuera.

Me observó de los pies a la cabeza sin abrir la boca. Me presenté, se lo dije todo claramente, quién era, por qué estaba allí. Pronuncié unas palabras porque sabía que le tranquilizarían: «Quería asegurarme de que todo estaba bien y, tal vez, podría ayudarlo, siempre si usted está de acuerdo, Hein, ¿cómo lo ve?». Dudó un momento, se mostraba desconfiado, aún no se fiaba, con los dedos agarraba su rifle, pero supe que lo había convencido cuando vi que sus arrugas se relajaban y sus rasgos se suavizaban lentamente, descubriendo bajo su barba blanca y negra un rostro casi infantil. Finalmente, echó un vistazo al interior, bajó su arma y, con una voz que parecía no haber utilizado durante siglos, dijo:

—Entre.

Ese fue mi comienzo. En ese instante entré en su mundo. Él vivía solo en su casa en el Causse, sin mujer y sin padres, de sus amigos infancia cada vez quedaban menos en la región; solo tenía su perro dando vueltas a su alrededor, y 240 ovejas que atendía con cuidado. De aquel pequeño grupo de casas en medio de la estepa, él era el único habitante durante todo el año, pues los otros edificios eran principalmente segundas residencias. Entré en la cocina que, con el suelo de piedra fría y bóvedas en el techo, también hacía las veces de comedor. Sobre los sumideros había unos azulejos de un amarillo sucio. En la pared trasera, había una chimenea-estufa, pero no de las modernas, que sí encontramos en las casas de los habitantes de la ciudad que todavía vienen a instalarse en la zona. No, era una reliquia de ese pasado todavía muy presente, cuando la matriarca Bonnefille estaba a cargo de la casa y llenaba el plato de su hijo todas las noches. A la derecha había una enorme cómoda en los bordes de cuyos armarios de la parte de arriba estaban sujetas varias postales de Lourdes. Las peregrinaciones de la madre, supuse. En cuanto a la limpieza, tengo que confesar que esperaba algo peor, el perro hacía lo que le daba la gana, eso estaba claro, pero todo estaba bastante ordenado.

Nos sentamos cara a cara en los bancos de su mesa de madera. Para hacer sitio, apartó los papeles, las revistas y los sobres que nunca había abierto y

limpió la capa de polvo con la mano. Yo retiré las gomas elásticas de mi portafolios, que contenía mi kit de inicio: carpetas de plástico, clips, marcadores y, vigilando cada una de las palabras que empleaba para no molestarlo, empecé:

—Comprobaremos el estado de los derechos de su mutua, ¿de acuerdo?

Dijo que vale, y en su voz adiviné una expectativa inmensa, como si esperara que fuera a salvarlo de un naufragio en el que se estuviera hundiendo junto a su granja. Nos pusimos a trabajar. Sacó del armario el correo acumulado durante varios meses, lo ordenamos. Hablamos del complemento de salud, de concertar una visita de un técnico agrícola para que hiciera un balance de la conducta de su crianza e, incluso, de una pensión de solidaridad, en caso de que sus ingresos cayeran demasiado. Rellenamos los formularios. Era sobre todo yo quien dirigía la conversación, él asentía con la cabeza y seguía el movimiento meneando la barbilla, rascándose la barba de algunos días e intercalando algunos «Sí, es verdad» o algunos «No, esto no lo he hecho».

Lentamente, en medio de la jerga administrativa, vislumbré poco a poco cómo era su vida.

Tengo experiencia en mi trabajo, creo que lo hago bien. Intento encontrar soluciones y escuchar, aunque a veces hablo demasiado. Y sé que, para recuperar una explotación agrícola fuera de control, hace falta tiempo, por lo general, unos dos años. El caso de Joseph respondía a este promedio.

Durante los primeros meses fui a verlo con frecuencia y lo ayudaba con los papeles y los trámites, haciéndolos en su casa. A veces, según la temporada, le hacía preguntas técnicas para ayudarlo un poco. ¿Has pensado en comprar paja para el invierno? ¿Has declarado el nacimiento de los corderos? No era muy hablador, y algunos días se quedaba en silencio frente a mí, con la expresión de quien trataba de pensar qué novedades podía contarme desde mi última visita. Así que yo redoblaba mis esfuerzos, sacaba temas de conversación, monologaba en el vacío y él me escuchaba dibujando sobre su boca algo que imaginé como una sonrisa. Una vez me confesó, encogiéndose de hombros:

—Es que solo puedo hablar con las bestias, y con mi perro, ¿sabes?

Creo que lo dijo para disculparse, pero yo ya me había dado cuenta de ello. Porque a su manera, tímido y vacilante, a través de pequeños detalles, a veces conseguía de sí mismo. Me dije que, ahora que su madre había muerto, yo debía ser la única persona a la que le estaba contando cosas un poco más personales. Con los demás, el veterinario, los proveedores, tenía un solo tema de

conversación: sus animales, su peso, sus enfermedades, su precio y sus gustos.

Cuando llegaba a su casa me daba cuenta de que hacía un esfuerzo, se vestía más formalmente para darme la bienvenida y trataba de contener a su perro para que no hiciera sus necesidades por todas partes. Era amable conmigo, de vez en cuando, incluso, trataba de bromear con un gesto vacilante pero conmovedor por la voluntad que ponía. No puedo decir que en ese momento me sintiera atraída por él, no le faltaba atractivo, hay que reconocerlo. Sin embargo, no me gustaba. Me encantaban las atenciones que me demostraba, como si recibir a una mujer en su remota casa fuera todo un acontecimiento.

Me hacía sentir importante, pero, en realidad, lo que sentía por él era, sobre todo, compasión. Era una pena, ese campesino que vivía solo porque no encontraba a quien aceptara compartir su vida de criador de ovejas. Si bien mi trabajo finalmente daba sus frutos, y, poco a poco, estaba consiguiendo que saliera de la rutina en que se había hundido, y volviera a llevar las riendas de su rebaño, en ningún momento vi que el dolor desapareciera, porque el dolor seguía ardiendo en sus ojos.

Joseph era un hombre que se había quebrado por el aislamiento. Sufría de una enfermedad bien conocida: la depresión. Una vez, me atreví a sugerirle una reunión con el psicólogo. Se cerró en banda y respondió:

—No estoy loco.

Así que era yo quien hacía el trabajo del psicólogo, aunque no tuviera el diploma. Y tal vez fue así, representando ese papel, que él empezó a gustarme.

Después de un año de visitas a su casa, reuniendo todos estos fragmentos de frases gota a gota, sentí que lo conocía, incluso, que quizás era yo quien mejor lo conocía de entre los vivos. Poco importa que piense una y otra vez en ello, en ningún momento pude detectar las causas de aquello que iba a hacer. Es decir, de aquello que yo creo que terminó haciendo. Y, por supuesto, jamás oí de sus labios el nombre de Évelyne Ducat.

A veces, todavía pienso en mi matrimonio, y en quien era mi pareja antes de todo esto. Y lo siento. Sí, a pesar de todo, lo lamento y, con distancia de todo aquello, admito que soy la responsable de lo que pasó. Si hoy Michel ya no está aquí, es por culpa mía.

Recuerdo cuando nos conocimos, cuando en esa primera vez no tan lejana él me pareció muy guapo, con su aire de coloso perdido. Fue el día en que, por primera vez, puso un pie en nuestra granja, porque papá lo había contratado para

ayudar durante la temporada de los partos, el año en que su ciática comenzó a convertirse en algo más grave. Michel era un trabajador agrícola, acaba de llegar a la región, pero sabía cómo cuidar las vacas porque había crecido en una zona ganadera. Desembarcó una mañana en nuestra casa, envuelto en su traje verde demasiado pequeño para su constitución, y el pelo desordenado como si acabara de levantarse de la cama. Me gustó de inmediato.

Porque yo quise mucho a mi esposo, y eso nadie podrá negarlo. Cuando nos fuimos a vivir juntos y se hizo cargo de la granja mientras yo me encargaba de remodelar la casa, éramos felices. Estábamos seguros de nosotros, teníamos muchos proyectos. Quería convertir ese lugar en nuestro país, reclamar para mí la pequeña aldea que siempre había pensado abandonar después de mis estudios, y de tener hijos. Michel estaba haciendo un inventario de las máquinas para modernizarlas, hablaba de mejorar el rebaño de mi padre a base de afinar la selección de los animales, y hasta de mecanizar el establo para ganar tiempo libre. Esperábamos tener vacaciones, tenerlas al menos durante agosto hubiera sido toda una hazaña. Inventábamos viajes lejanos, soñamos con África. Sí, algún día iríamos allí, nos convencimos de ello. Superaríamos nuestros miedos de campesinos para abrirnos al mundo, ya encontraríamos tiempo y dinero, era solo una cuestión de voluntad.

Creo que precisamente nos faltó eso, voluntad. Michel era así, y tardé mucho tiempo en darme cuenta. Tenía muchas ideas y era un soñador, pero la implementación era otra cuestión. Nunca cambió la granja, se conformaba con vivir de lo que papá había construido. Hubo gente que me dijo que yo no lo ayudaba en nada, que lo aplastaba con mi carácter. Soy la excusa perfecta, cuando la verdad es que Michel carecía de ambición.

Durante todos los meses que visité a Joseph, nuestro amor se estaba muriendo. Se deshilachaba como una vieja bola de lana. Ya no hablábamos de nuestros sueños de recién casados, de niños, de viajes, diría que ni siquiera lo pensábamos ya. En la mesa, yo le hablaba al vacío y Michel hablaba cada vez menos. Apenas reconocía en él al hombre celoso que había sido. Sin embargo, no parecía descontento, algunos días incluso estaba bastante alegre, pero en otra parte, perdido en sus pensamientos de criador de vacas, en su mundo al que yo ya no pertenecía.

Llegué a pensar en la posibilidad de la separación. En una pareja normal, seguramente habría terminado por suceder: un día nos habríamos dado cuenta de que todo estaba mal, cada uno se iría por su lado y ahí acabaría el problema, pero sabía que era imposible, que me había involucrado en algo que no podía deshacer. Y todos los domingos el mismo ritual me lo recordaba, por si lo había

olvidado.

Después del almuerzo, cogía el coche y cruzaba la montaña para ir hasta la residencia de ancianos en ese pueblo aislado entre las gargantas de la región, donde, por 2.000 euros al mes, papá había decidido poner fin a sus días. Subía las escaleras del edificio moderno, entraba en la habitación y cada vez lo encontraba en el mismo lugar: sentado en su silla con inclinación eléctrica, frente a la ventana, con la gorra apoyándose sobre las arrugas de la frente. Al verme, ponía cara de querer decir: «Por fin, estoy feliz de verte, hija mía». Entonces yo le daba un beso en la mejilla, me sentaba y escuchaba sus novedades. Sabía que vivir allí era un sufrimiento para un antiguo campesino, por eso le dejaba desahogarse a sus anchas y criticar la calidad de las comidas. Sí, papá, entiendo. Le contaba mi semana, ese trabajo que él jamás había entendido, en su época no hacía falta nada de eso...

Y una vez agotados todos los temas ligeros, se aclaraba la garganta para dar más gravedad a sus palabras, clavando sus ojos grises en los míos, y con su voz de exfumador, decía:

—Bueno, ¿y la granja? ¿Qué tal lo está haciendo Michel?

Entonces, cada vez que hacía esa pregunta un silencio inundaba su pequeña habitación. La granja Brugier, como la gente continuaba llamándola, era su única preocupación. Su obsesión. Había dedicado toda su vida a consolidar lo que su padre le había dejado: aumentar el rebaño con esas cincuenta madres cuya salud era más importante que la suya. Expandir sus tierras, agrandar la propiedad, rellenar los huecos entre las parcelas, reunir toda la explotación en unos pocos edificios para simplificar el movimiento de los animales, y, por supuesto, cobrar así esas primas por superficie que habían acabado con los pequeños agricultores.

Papá habría dado su vida por la tierra: por un pedazo de terreno bien situado. Todavía veo su mirada seria bajo la gorra cuando, al borde de la carretera, observaba las parcelas de los vecinos que, según los rumores, estaban cercanos a la muerte; su sonrisa satisfecha cuando regresaba de una negociación exitosa y, también, su semblante contrito mientras masticaba tabaco, lamentándose por una ocasión perdida. Maldita sea, tendría que haber ido a por ese.

Pero, sobre todo, recuerdo sus palabras unos meses antes de jubilarse. Encaramado en lo alto de la ladera que conducía a la granja, había asumido los aires de un gran propietario para declarar:

—Mira, Alice, todo lo que ves a tu alrededor es nuestro ahora. Así que puedo irme a esa residencia en paz, ¿entiendes?

Había logrado su sueño, eso era lo que quería decirme, pero había algo más,

se sobreentendía algo que ese mismo día comprendí. Me recordó la importancia que le atribuía a la explotación. Y, por lo tanto, se lo recordaba a mi pareja. Con un hijo que se había dedicado a la mecánica y una hija más interesada en las personas que en los animales, papá había temido durante mucho tiempo que llegara el doloroso momento de entregar el patrimonio familiar a un comprador desconocido o, peor aún, vender su tierra en pequeños pedazos, dilapidada como tantos confetis llevados por el viento por la montaña. Así que, para él, la llegada de Michel fue mucho más que la satisfacción de ver a su hija enamorada, fue la salvación.

El inesperado yerno vino a salvar la granja Brugier de la dispersión. Y yo, en todo eso, estaba comprometida hasta el cuello. Atrapada. Una separación habría significado el desastre familiar y la profanación del recuerdo de mamá que también había entendido mi matrimonio como una bendición.

Creo que lo que hizo que me descarrilara, el detonante, fue el suicidio de Popeye. Nos conmovió a todos, hay que admitirlo. Popeye era uno de los miembros de la mutualidad de los que se hacía cargo Éliane. Era un granjero de una lechería al norte de la región. Le habíamos asignado ese mote porque fumaba su pipa de lado y, por entonces, a todos nos parecía gracioso. Hay que reírse de algo a veces. No teníamos ni idea de lo que iba a pasar.

Tenía cuarenta y tres años, se había divorciado hacía cuatro, todos adivinábamos la razón. Desde entonces vivía solo, pasaba poco tiempo con sus padres, que ocupaban la casa vecina, y mucho con sus vacas. Su rebaño era de vacas lecheras, y le costaba gestionarlo. El padre había invertido mucho en el pasado, la explotación se había vuelto demasiado grande. La pequeña granja familiar se había convertido en un negocio con una facturación de la que había que estar pendiente, con proveedores a los que pagar y máquinas que amortizar. Era demasiado para un hombre solo, y, de hecho, la administración terminaría por darle el golpe final. Durante un control de la PAC, los agentes concluyeron que había declarado demasiadas superficies de hierba. Quizá fuera voluntario, aunque mientras los pastores dependan de Europa, hasta el punto de que una gran parte de su facturación proviene de las primas agrícolas, no hay que sorprenderse de que algunos intenten tirar de la cuerda. Pero, a lo mejor, Popeye solo se había equivocado, estimando mal el nivel de algunas de sus parcelas.

Poco importaba, en verdad. Todo lo que se sabía era que el Estado había reclamado la devolución de una parte de su prima, con un recargo sobre los últimos tres años. No era mucho, unos miles de euros, en opinión de los expertos

a los que tuvo que hacer frente, pero hay una cosa que los contables no miden, y es la vergüenza que crece silenciosamente dentro de un hombre. Por eso lo hizo. El veterinario lo había encontrado una mañana, en uno de los edificios de la explotación, rodeado por los traseros de sus vacas, que se quejaban de que no las había llevado de vuelta al establo. Popeye se había ahorcado en una viga.

Fui a su funeral, Éliane no tuvo valor. Me puse mi falda recta y mis tacones, y me senté en los bancos de madera pulida de la iglesia de granito, entre la pequeña multitud sorprendida por el suicidio del campesino. En las primeras filas había parientes, hermanos o primos que buscaban tanto algunas palabras que poder decir como una explicación de lo que había hecho Popeye. Detrás de ellos estaban los de la aldea, el alcalde, los comerciantes, los que habían ido a la escuela con él o los que habían ido a echarle una mano en la explotación por las noches. Y en el fondo estábamos nosotros. Los de fuera, las instituciones discretas, los que apenas lo conocíamos, simplemente solidarios con este mundo agrícola golpeado por la muerte de uno de los suyos. Éramos a la vez sinceros y desapegados.

Allí, mientras escuchaba al sacerdote enhebrar sus oraciones al final de la nave, todo se mezcló en mi cabeza. Como si de repente hiciera un inventario de mi vida y del mundo que me rodeaba. Pensé en mi trabajo, en nuestro lamentable ejército de trabajadores sociales, con nuestras herramientas banales y nuestra buena voluntad para reparar situaciones humanas que están más allá de nosotros. Pensé en todos los Popeyes que conocíamos todos los días, hombres solos, demasiado orgullosos para pedir ayuda cuando el sufrimiento hizo mella en ellos. Pensé en mi matrimonio al filo del abismo, y en Michel, que sí tenía una esposa a su lado, pero que no hacía nada para mantener nuestro amor.

Luego pensé en Joseph, en sus pequeñas atenciones hacia mí y sus minúsculas sonrisas cuando con mi bla-bla-bla le hacía olvidar por un momento sus problemas. Me di cuenta de que, al pensar en él, sentía algo. Ternura. Y eso me hacía sentir bien.

El día después del entierro conduje hasta la montaña con una vaga idea en mi cabeza. Me preguntaba a cada giro si realmente iba a hacer lo que iba a hacer, repitiéndome: «No estás bien, pobre hija». Caminé a lo largo de las parcelas de cereales recién cosechados y vi el edificio de Joseph aparecer detrás de los bloques de piedra caliza verdes cubierto de líquenes secos. Aparqué, subí las escaleras. Era la rutina que repetía cada vez que lo visitaba.

Llamé a la puerta y por un momento deseé que no estuviera en casa. Mi corazón comenzó a latir un poco más rápido, como si estuviera a punto de subirme a una plataforma para dar un discurso delante de trescientas personas.

Tardó unos segundos en abrirme, pensé: «Déjalo, date la vuelta, todavía estará con los animales». Pero estaba allí. La puerta se abrió sobre su silueta corpulenta y me saludó con una pequeña sonrisa. Se había planchado la camisa. Extendió la mano, yo hice lo mismo y sentí la piel áspera de su palma sobre la mía. Entré tras él, apretando mi carpeta de plástico contra mi busto, como si fuera un pequeño escudo. Saqué mis papeles, teníamos que rellenar unos formularios porque Joseph iba a contratar a un trabajador en Navidad para así poder visitar a su tío, que vivía a unos cien kilómetros.

Me mostraba insegura, me di cuenta al comenzar. Sentada a su lado, notaba su aliento cerca de mí. Estaba esperando el momento adecuado, lo deseaba y al mismo tiempo lo temía. Nunca había hecho eso, engañar a mi esposo, no soy una mujer así. Tragué saliva, y fue como si tragara arena.

Y de repente me lancé.

Cuando volvió la cabeza hacia mí, acerqué mis labios a los suyos y lo besé. Sí, así, sin pensarlo dos veces, besé a un hombre cuyo caso llevaba desde hacía meses, al que había conocido en el fondo del agujero y que solamente ahora empezaba a ponerse en pie. En este momento dio un paso atrás, me miró y en su rostro había miles de interrogantes, también en sus ojos más abiertos que nunca, en el ceño que frunció de repente y en su boca aún húmeda con mi beso.

Balbuceó:

—¿Qué estás...?

Volví a besarlo, para silenciarlo, para demostrarle que no me arrepentía, que todavía quería hacerlo. Esta vez se dejó ir, cerró los ojos como si probara una fruta que le recordaba un tiempo lejano en el que había sido feliz.

Ese primer día, cuando hicimos el amor, no fue glorioso. Lo guie en todo momento, desabroché los botones de su camisa a cuadros, lo ayudé a quitarse la ropa. Su cuerpo era como lo había imaginado, robusto, la piel morena, pelo gris y espeso en el pecho, una línea que caía hasta sus calzoncillos desgastados. Tenía miedo de su olor, pensé que la higiene quizá brillaría por su ausencia, pero no fue así. Olía a oveja, porque estaba cuidando de sus animales justo antes de mi llegada, pero conocía ese olor, me resultaba familiar, tanto que ni reparé en eso. Lo atraje hacia mí con gestos lentos. Acaricié su sexo para tranquilizarlo mientras sus ojos llenos de mil emociones mudas se posaban con emoción sobre mi piel demasiado pálida. Cuando me penetró, levanté la vista y le sonreí.

No diría que fuera un buen amante, era poco delicado: normal, hacía mucho tiempo que no había mantenido relaciones. Sin embargo, me gustó. Sí, me gustaba sentirme tan deseada, y en él vi lo que nunca vi en Michel. Me hizo sentir bien, como si, en cierto modo, renaciera. Huía de mis ojos, mirando

atónito lo que estaba sucediendo, ese momento robado a su vida diaria, a su rebaño esperándolo por los senderos de la montaña, estando ahora así conmigo en el sofá de esa enorme habitación que lo sabía todo de él. Gozó, con los ojos cerrados.

El rostro deformado que revelaba el placer que sentía no me abandonó durante el resto del día, mientras visitaba a los otros ganaderos y pasaba de una familia a otra cruzando los pedregosos prados de la meseta.

Acabas de engañar a tu marido, me repetía. Has engañado a tu marido. Y no sabía si me sentía avergonzada o feliz.

Joseph se convirtió en mi amante. Nos veíamos cada dos semanas más o menos. Iba a su casa y hacíamos el amor, así, en su sala de estar. Apenas hablaba, ni me miraba. Nunca me llevó a ninguna parte: ni al séptimo cielo, ni a una explosión de placer, nada de eso. Además, no me hacía ilusiones en ese sentido, no era lo que estaba buscando. A decir verdad, llegaba más fácilmente al orgasmo sola, pero tampoco voy a extenderme sobre eso. Sin embargo, sí que me complacía, y me gustaba estar con él, sentir su piel pegada a mí. Disfrutaba del lado prohibido de nuestra relación, de que nadie supiera nada.

Sentía que había cometido una locura. Lo sé, hay locuras peores, pero para mí ya era mucho. Había tardado cuarenta y dos años en llegar a eso, a comportarme como la adolescente que no había sido cuando tenía la edad adecuada. Cuando trabajaba por la zona, miraba el edificio en la distancia, al lado de los otros barracones desiertos, me preguntaba qué estaría pasando pasaba allí, qué estaría haciendo Joseph. La luz diurna disminuyó a medida que avanzaba el otoño, y, por fin, los rayos del atardecer rozaban las tierras y hacían visibles las pequeñas colinas de la meseta, recorriendo las paredes, los sumideros, las suaves curvas de las parcelas. El viento soplaba más frío y doblaba la hierba después de la siega del verano. Las ovejas disfrutaban de sus últimas semanas al aire libre.

En casa, Michel y yo nos comunicábamos cada vez menos. El otoño para él era época de caza, era cuando la granja le dejaba un pequeño espacio para el pequeño placer que compartía con algunos habitantes de la aldea. Durante ese tiempo, a los animales solo tienes que mirarlos, hacer los lotes, sacarlos de las parcelas de las tierras altas para acercarlos a los establos donde pasarán el invierno. Por supuesto, también hay trabajo en el granero: conservar las existencias de heno hasta la primavera, comprar la paja, guardar las botas, revisar y reparar las instalaciones, pero, en general, es un período más tranquilo,

especialmente después de que ese año la fabricación de heno se hubiera complicado debido a una avería de la prensa. Así que aprovechaba para cazar. No lo veía mucho, llegaba tarde a casa, parecía cansado pero satisfecho con su día. Apenas hablábamos, aunque yo buscaba algo que decirle para que así no notara nada extraño en mi comportamiento. Por entonces, me decía a mí misma, él estaba tan lejos de mi relación con Joseph que podría habérselo confesado de viva voz y no me habría entendido.

Durante todo este período, nunca sentí que la situación se me fuera de las manos, ni tampoco que me estuviera dejando dominar por Joseph. Me decía a mí misma que él me necesitaba más a mí que yo a él y que, si me acostaba con él, era sobre todo por compasión. Lo había ayudado como si ayudarlo formara parte de lo que tenía que hacer en mi trabajo y ahora ya estaba mucho mejor que al principio, pero mi ayuda no servía de nada, era como pegar tiritas aquí y allá, cuando, en realidad, la herida era enorme. El corazón sangraba, se había vaciado, pero, por lo menos, uno de nosotros gozaba de su dosis de calor humano, y dormía un poco más tranquilo ahora.

Sí, me convencí de que lo hacía para ayudarlo.

El invierno llegó y las vacaciones de Navidad terminaron.

Y también llegó ese 19 de enero cuando todo se detuvo de repente.

Para subir a la meseta, atravesé la garganta, era más prudente. Observé los acantilados helados sobre el río que parecían más oscuros de lo habitual. Las rocas eran negras y empinadas, daba miedo. Pasé por el puente de piedra, crucé el pueblo dormido apoyado en la ladera, y ascendí hasta la meseta, viendo cómo el fondo del desfiladero se desvanecía en una neblina gris, solo que, en verdad, era yo quien me sumergía en la niebla de las alturas.

Era como un desierto blanco. La nieve estaba allí, unos buenos treinta centímetros que se adherían a los relieves de la montaña como una alfombra gigante. El viento soplaba como nunca contra las ventanillas de mi Dacia. Era el viento del noroeste, lo reconocí, el más frío de todos. Ya no había ovejas pastando fuera de los establos. Dejé atrás los límites de la propiedad Bonnefille y aparqué cerca de los escalones. Me subí la cremallera del abrigo, me abotoné hasta arriba y salí al exterior, cubriéndome el cuello. Una vez delante de la puerta, piqué y, mientras esperaba a Joseph, golpeé mis botas contra la pared para hacer caer la nieve sólida de la parte inferior. Tenía prisa, quería que me abriera, mientras me frotaba las manos. No llegaba, así que golpeé la puerta por

segunda vez e intenté abrirla, pero estaba cerrada. Retrocedí unos pasos para intentar ver algo por la ventana de arriba. Grité:

—¡Joseph!

Pero mi voz se perdió en el viento invernal. Sin embargo, Joseph sabía que tenía que venir hoy, nos habíamos visto por última vez hacía dos semanas, y habíamos acordado vernos ese día. En verdad, yo había decidido por él, así habían ido las cosas. Me preocupé de inmediato. Ya está, me dije, le ha pasado algo grave. Vivía solo en medio de las montañas, no sería extraño que hubiera tenido un accidente. Es mi culpa, pensé.

—¡Joseph!

Volví a bajar por las escaleras y di la vuelta a la casa. Detrás, ocultas bajo pequeñas bóvedas de piedra gris, las ventanas tenían los postigos cerrados. Había una reserva de madera para el invierno, protegida por un techo de hojalata cubierto de nieve. Miré a la derecha, a la izquierda, haciéndome mil preguntas e imaginé su suicidio, justo ahora, a pesar de mí y cuando creía que lo había salvado; lo imaginé como si el suicidio fuera la única explicación posible para su ausencia.

De repente, un ruido me hizo girar la cabeza.

Los balidos de las ovejas en el aprisco. El edificio estaba a unos cien metros de la casa. Avancé por el camino donde el barro se había mezclado con la escarcha, me subí la capucha y bajé la cabeza para protegerme del viento. Solo tiene un problema con alguno de los animales, me dije para tranquilizarme, aumentando el ritmo de mis pasos. Al llegar frente al redil, la puerta estaba cerrada, completamente corrida sobre los raíles. Detrás de las paredes de metal, los animales gemían desgañitándose.

—¡Joseph!

Traté de empujar la puerta, golpeándola.

—¡Joseph!

Y por fin oí el metal deslizarse ruidosamente. La gran puerta se entreabrió, haciendo caer la nieve. La cabeza de Joseph apareció a través la rendija, con expresión adusta. Estaba abrigado con una chaqueta de felpa salpicada de ramitas de heno, su semblante endurecido, sus labios apretados en una línea. En realidad, apenas lo reconocí.

Me miró con los ojos entrecerrados, y soltó un bufido.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí.

Pero todo en él decía lo contrario.

—Hoy teníamos que vernos.

—Estoy ocupado.

Se dio cuenta del tono en que me hablaba, y murmuró una disculpa que no me convenció. Nos miramos durante unos segundos. Yo buscaba una explicación en su mirada, que nunca había visto tan determinada y con la que trataba de alejarme. Como no me moví, mis botas de invierno se quedaron clavadas en la suave nieve. Él hizo lo que mejor se le daba: permaneció en silencio, y miró hacia abajo aspirando, si bien no estaba resfriado. En silencio, suavemente cerró la puerta. Incliné la cabeza para tratar de ver qué pasaba dentro, pero solo vi un montón de heno y unas botas apiladas como un Lego contra la pared trasera.

Estuve mucho tiempo plantada allí, sola con mis preguntas en el frío de la montaña. Quería golpear los puños contra el metal de la puerta, pero sabía que habría sido inútil. Levanté la cabeza, miré el cielo blanco del que aún caían copos a los que el viento impedía alcanzar el suelo. Y finalmente volví a recoger mi automóvil, con una extraña sensación que no sabía explicar.

Conduje en la niebla sin mirar realmente el camino ni el pálido manto que vestía las orillas de la meseta. Y durante todo el día, traté de entender lo que acababa de pasar.

Los días que siguieron, toda la región estaba alterada. No era por Joseph, que ya no me quería; eso era mi historia. La razón era que al día siguiente se supo que Évelyne Ducat había desaparecido. La historia se hizo más grande, la nieve se eternizaba en las alturas y complicaba la investigación, eso es lo que el fiscal decía cuando lo veíamos varias veces en las noticias, con su aire exageradamente serio importado de la capital. Los periódicos difundían imágenes de la mujer, una rubia alta de cuarenta y nueve años, y de su marido, un hombre de negocios rico e imponente. La policía peinaba las montañas, con la ayuda de agentes forestales y cazadores, voluntarios también. Un helicóptero sobrevoló sobre el valle. No dejaron de investigar ninguna huella, como suele decirse. Interrogaron a los habitantes de las localidades vecinas, a los familiares, trataron de reconstruir el recorrido de la desaparecida antes de que su marido perdiera su pista.

El lunes siguiente fui a los valles. El parabrisas batía los copos que caían de un cielo bajo en el que se perdían las crestas de las montañas. En las laderas boscosas se veía el límite borroso entre la nieve y los bosques debajo, completamente negros. Reduje la velocidad como hacían todos al pasar al lado de los dos coches de los policías, mal estacionados al borde de la carretera. Al

pasar frente a ellos, me detuve. Conocía a uno de los gendarmes que estaba de pie al lado de la carretera, frotándose los guantes. Era Cédric Vigier. Había crecido en un pueblo no muy lejos del mío, nos conocíamos de la universidad. Era un buen tipo, tenía un buen recuerdo de él. Creo que cuando coincidimos no era buena época para él: su padre bebía y golpeaba a su madre y, por eso, se había unido al ejército, para poner algo de orden en su vida. En fin. Bajé la ventanilla y nos saludamos. Bajo la gorra, se veía su cara de niño las mejillas y la nariz sonrosadas. Parecía helado en su parka azul, ahí junto a sus dos colegas.

—¿Estáis buscando a la mujer que ha desaparecido?

Arqueó las cejas, cansado. Una nube de niebla lo rodeaba.

—Sí... La brigada está en primera línea. Te cambio el sitio cuando quieras, no he dormido en tres días. —Miró en dirección a las crestas—. Nos pondremos en camino, tal vez se fuera para allá.

Miré: no se veían las cumbres.

—Estamos un poco lejos del último lugar donde la vieron, ¿verdad?

—Lo sé —suspiró, como si él fuera el primero en no creer en esa posibilidad—. Pero, hemos ampliado la investigación. Su marido dice que le gustaba esta zona, así que ya ves...

—Porque no tenéis nada, ¿verdad?

—Nada. No hay una sola pista, su móvil ya no está encendido. Todo el mundo está ocupado con este caso. Y los periodistas no dejan de presionar, como si nos hiciera falta. Es un asunto complicado.

—Ya me imagino.

—Oye, ¿sigues trabajando con agricultores?

—Siempre. Comienzo mi semana allí.

—Vale. Supongo que la gente hablará. Si alguna vez oyes algo sobre ella, dímelo, ¿eh? Los de la zona siempre saben más que nosotros.

Sonreí, casi me dio pena.

Cuando se volvió para irse con sus colegas con semblante triste, los imaginé desapareciendo en las nubes, en las alturas de las montañas, y solo de pensarlo me estremecí. Mi camino a lo largo del fondo del valle. Reanudé mis visitas, la semana se presentaba llena de trabajo. Y también extraña. La desaparición de Évelyne Ducat fascinó a mis socios. Todos, a su manera, se transformaron en detectives.

Comenzando por los Duval, una pareja de jubilados que se había negado a abandonar su antiguo edificio situado al final de un camino en un valle casi desierto. Vivían allí y tenían toda la intención de morir juntos, era conmovedor. Unos meses antes, habían recibido una subvención para adaptar su baño, debido

a su estado de salud. No veían a casi nadie, pero como a todos los demás, la televisión de su sala de estar les servía como una puerta al exterior. Seguían el caso día tras día porque era mejor que cualquier serie policiaca. Por edad, aún recordaban a las dos maestras que habían desaparecido en la tormenta, años atrás. Cuando llegué a su casa y me senté en el pulido banco de la cocina que a la señora Duval le costaba cada vez más mantener limpio, salió a relucir el tema incluso antes de que yo sacara mis papeles.

—En ese entonces, nuestros padres nos hablaban de eso, de la tormenta. Tan pronto como llegaba el invierno, estaba prohibido salir a no ser que fuera realmente imprescindible. Nos quedábamos dentro, escuchando el viento que soplaba fuera como si estuviera enfadado con nosotros. Nuestros padres ni siquiera nos dejaban salir a ver a los animales. Cada año nos contaban una nueva historia sobre un hombre o una mujer que había quedado atrapado por el frío, que solo quería caminar un kilómetro a pie, cuando bastaba eso para dejarse la vida. Y ese año, cuando sucedió, cuando las encontraron a las dos, pegadas a un árbol, hicieron todo lo posible para asegurarse de que se nos quedara grabado hasta el último detalle, para que así nos sirviera de lección, ya ves. Pero hoy en día —prosiguió la señora Duval— ya no se habla de eso. Los jóvenes ya no creen que el invierno sea más peligroso, y no prestan atención a nada. Y así terminan.

Me gustaba esa pareja, con sus viejas historias, porque para ellos no había dudas, era el invierno y el frío lo que había acabado con la desaparecida. Seguí escuchándolos un rato, porque me daba cuenta de que disfrutaban teniendo, por una vez, algo que contarme. Entonces, yo no sabía que eso era solamente el principio.

Es fácil decirlo en retrospectiva, pero debería haber escuchado más atentamente a mis campesinos. Sí, tal vez si hubiera prestado atención a lo que decían, lo habría entendido todo antes, podría haber reaccionado, llamar a Cédric Vigier, como me había pedido, y evitar así que Michel terminara involucrado. Porque a mí me dijeron cosas que seguramente no habían contado a los gendarmes y quizás, gracias a sus parloteos y tras ordenar todas las informaciones, los gendarmes hubieran podido encontrar a Évelyne Ducat. Algunos la conocían, habían coincidido con ella o habían oído cosas sobre ella, rumores que corrían. Es el caso de una granjera avícola a la entrada de la ciudad, que, como bien sabía yo, siempre estaba al día del último chisme.

—¿Quieres saber mi opinión? —me preguntó por pura formalidad, porque a

ella no le importaba mi respuesta, lo único que quería era hablar—. Pues mira, ¡estoy segura de que es un asunto de faldas!

—¿Ah, sí?

Aspiró el cigarrillo que tenía pinta de llevar años colgado de sus labios.

—Voy a contarte qué tipo de mujer es Évelyne Ducat. Y no es nada bueno. Dicen que es una madre modelo, una burguesita que crio bien a sus hijos y que se dedicaba a pintar en casa, mientras su marido viajaba por el mundo. En la tele ponen fotos de ella, y está guapa y sonriente con aire de no haber roto un plato y todos dicen que no tiene aspecto de tener cincuenta años, que se conserva de maravilla. Pues a mí me han contado otras cosas. Que tan pronto como su hombre se va, a África o qué sé yo dónde, ella baja a las grandes ciudades y no tarda mucho en dejarse tentar por cualquiera. Hay quien la ha visto, una vez, allá abajo. Parece ser que no estaba sola y tampoco le importaba. Pero eso no es todo.

Se detuvo para dejar una pausa dramática. Sacudió la barbilla, y dijo:

—Parece ser que no le gustan los hombres, tú ya me entiendes.

Fingí que me había impresionado su despliegue de información y que me había sorprendido con esta última revelación, pero conocía a mi interlocutora, y sabía que había que tomarse sus palabras con prudencia. Sin embargo, aquellas palabras dibujaban, entre exageraciones e inventos, un retrato de la desaparecida, que, quizá, no estuviera tan alejado de la realidad.

El padre Coudat era quien tenía más que contar y su testimonio debería haberme puesto la mosca tras la oreja. Él era todo un caso: un anciano para quien la palabra soltero aún tenía un significado muy especial. Toda su vida había vivido solo con su ganado y sabía que, al morir, no quedaría nadie para hacerse cargo. Por ello, había renunciado incluso a preocuparse, su granja, inevitablemente, quedaría repartida en diferentes partes. Era un viejo encantador, lleno de melancolía, que a veces me hablaba de su celibato, y que en una ocasión me había confesado que nunca había estado con ninguna mujer. Nunca olvidaré esas conmovedoras palabras que un día pronunció en voz baja, poco después de cumplir los ochenta: «Es una pena —dijo—, una verdadera pena». Y él, que como toda la gente de por aquí siempre se había preocupado por conservar su dignidad, comenzó a llorar, hundido en un sillón tan viejo como él. Sí, lloraba delante de mí por culpa de una existencia que lo angustiaba. Tomé su mano porque no supe qué más hacer, y, por una vez, no supe qué decir.

Desde ese día, los dos mantuvimos el secreto, como si un lazo invisible que nos uniera de por vida, o, por lo menos, para el resto de la suya. Trataba de verlo dos veces al mes, incluso, sin motivo, aunque desde nuestra última reunión no

hubiera novedad alguna. Cuando me habló sobre la desaparición, no fue para chismorrear o reavivar el viejo recuerdo de los miedos olvidados. Fue para evocar sus recuerdos, con esa voz que fluía lentamente, al tiempo rocosa y cálida.

—Debes saber, Alice, que yo conocía a su marido, Guillaume Ducat, cuando era pequeño, antes de que supiera cómo caminar. Podría haberse convertido en un ganadero como todos nosotros, era un niño inteligente, lo hubiera hecho bien, estoy seguro. Pero no era vida para él. Ya en la escuela, lo que le interesaba era aplastar a los demás: el poder, el dinero, todo lo que nunca encontrarás si no abandonas la región. Por eso se fue tan pronto como pudo. Estudió negocios en París, a veces oía hablar de él a través de algún colega. Le fue muy bien, tuvo éxito. Solo volvió aquí cuando tuvo todo lo que quería: fortuna, una mujer hermosa, niños en la universidad. Volvió, un poco para burlarse de todos nosotros, tú ya me entiendes, él no es el tipo de persona que deja las cosas a medias.

Hablaba con el vaso de vino tinto frente a él, abrigado por el calor del interior de su casa, a resguardo del invierno gracias a las gruesas paredes de granito. Su rostro expresivo hablaba tanto como sus palabras.

—Recuerdo a la familia Ducat. Eran oriundos de la zona, tenían su granja en la meseta y no los veíamos muy a menudo en los mercados. El padre tenía más o menos mi edad. Era un tipo complicado, y se decía que tenía algunos enemigos. Circulaban historias sobre él, sobre cómo hacía la vida difícil para los otros campesinos, cuyas tierras colindaban con la suya. Hace mucho tiempo de todo esto, por supuesto, pero cuando oigo hablar del hijo que regresó de la capital, pienso en ello.

Lo escuché, escuché todo lo que me dijo ese día. Había oído que Guillaume Ducat era originario del Causse, como Joseph, y que aún podría tener enemigos en la zona, pero no reparé en eso. No vi ninguna conexión entre mi amante y Évelyne Ducat. Joseph casi nunca salía de su casa, ¿cómo podía haber conocido a esta mujer, una burguesa de clase alta con quien no compartía nada? En retrospectiva, puede parecer increíble, pero fue así, no hice nada, a pesar de las historias que me habían contado espontáneamente mis ganaderos.

Simplemente pasé por alto las historias, eso es todo.

Mientras todos hablaban de Évelyne Ducat, imaginándola muerta de frío, asesinada por una historia de celos o asesinada por un rival de su marido, yo solo tenía una pregunta en la mente. ¿Por qué de la noche a la mañana, sin explicación, Joseph había decidido poner fin nuestra relación? Y por mucho que lo intentaba, no podía dejar de pensar en ello.

Los primeros días, me dije que debía haber ido en mal momento, tenía problemas con su rebaño y, por esa razón, me había recibido con tanta frialdad. Quizás necesitaba un poco de ayuda, de apoyo, después de todo ese era mi trabajo, era por tanto necesario saber qué estaba pasando. Así que un mediodía, estando sola en casa, lo llamé por teléfono. No quería demostrarle que su comportamiento me había afectado, quería fingir que solo me interesaba saber de él, como si no hubiera pasado nada. Pero cuando oí su voz, me quedé helada, buscando las palabras, y creo que se dio cuenta. No lo reconocí, estaba seco como un desconocido. Le hice algunas preguntas: ¿Qué está pasando? ¿He hecho algo que no te ha gustado? No sirvió de nada, se mostraba seco, como si estuviéramos de nuevo en nuestra primera reunión, cuando me abrió con un rifle desde otro lado de la puerta. Estaba ocupado, eso era lo único que decía, mientras que lo que yo entendía de todo aquello era que ya no quería verme. Y eso fue lo único con lo que me quedé.

Apreté los labios, miré hacia el techo blanco del pasillo donde estaba de pie. Las lágrimas brotaron de mis ojos. Inspiré profundamente para contenerlas.

Durante mis rutas, pasé varias veces delante de su cabaña. La nieve comenzaba a derretirse, los senderos estaban salpicados de manchas blancas que el viento tallaba de noche. A través de los campos, recorría el camino que en los últimos meses me había llevado a la cocina donde me ofrecí a Joseph. La edificación se levantaba detrás de los bloques de piedra caliza y, mirando por la ventana, busqué a mi antiguo amante en el redil de las ovejas o en los campos vecinos. A veces divisaba a lo lejos su silueta corpulenta, que destacaba en los montículos. Lo imaginaba cargando el heno, reparando su maquinaria o arreglando las edificaciones de la explotación, como hacían todos los campesinos durante esta temporada cuando el clima dictaba su ley. En cada una de mis visitas, me daba cuenta de que cada vez me irritaba más que me hubiera dejado así, llena de dudas y sin ninguna explicación.

Sí, me dolió no poder regresar a esa casa donde había engañado a mi esposo. Pensé en todos los momentos vividos con Joseph, en lo que había hecho para ayudarlo a salir del pozo, reviví los instantes en los que hacíamos el amor en su enorme cocina. Lo veía de nuevo rehuyendo mi mirada, acariciando mis pechos con las manos ásperas, vistiéndose dándome la espalda, como acuciado por un repentino pudor, como si solo después se diera cuenta de lo que nos había sucedido.

Echaba de menos la historia que había empezado por capricho. La echaba de menos terriblemente. Traté de reprimir esta idea y me decía que lo había hecho por él, para salvarlo tras el suicidio de Popeye, que en realidad yo no lo

necesitaba. Nunca me había dado placer, me decía, pero no servía de nada, porque cuando, desde mi Dacia, veía su silueta entre los edificios de su granja, sentía con más fuerza que nunca un deseo irreprimible de tenerlo cerca. Simplemente lo deseaba, y quería sentirlo dentro de mí una vez más, a su manera brutal y al mismo tiempo delicada.

Los meses que precedieron al 19 de enero, mi aventura con Joseph era mi secreto mejor guardado. Sin embargo, me hubiera gustado hablar de ello con alguien, compartir un poco de lo que sentía. Si mamá aún viviera, se lo habría contado a ella. Hubiera dudado, por supuesto, pero lo habría hecho, ella era más fuerte que yo. Y sé cómo habría reaccionado. No me habría dicho nada; de espaldas y con la cabeza inclinada sobre una de las tareas del hogar, habría dejado que mis palabras fluyeran sin interrumpirme. Lo habría desaprobado, eso seguro: lo habría leído en las arrugas de su frente. Pero me habría escuchado todo el tiempo y solo por eso hubiera valido la pena. Porque hay pocas personas dispuestas a escucharte, a escucharte de verdad, quiero decir. Cada vez que iba a la residencia a ver a mi padre, era consciente de que él no era una de esas personas. Mi padre se había encerrado pensando solamente en la granja y en el trabajo que ahí realizaba Michel y en la pareja que yo había formado que, además, le permitía hacer frente al final de su vida con un cierto sabor de éxito. Así que no, no iba a mencionarle mi relación ilícita con un criador de ovejas.

Ni siquiera se lo dije a Éliane. Cuando nos reuníamos con los colegas para nuestras reuniones mensuales, hacía mi evaluación sin mencionar mis visitas a Joseph, y evitaba hablar demasiado sobre él para no levantar sospechas. A menudo hablábamos sobre el suicidio de Popeye, porque nos había conmocionado a todos y, en particular, a Éliane. Los días posteriores al entierro, se publicaron artículos en la prensa local, la profesión se movilizó, se daban a conocer estadísticas, como esa que decía que en Francia se suicidaba un agricultor cada dos días, pero ¿cuánto duró todo esto? No más que una semana, diría. Y luego nada. Popeye seguía muerto, pero otros temas ocupaban los titulares, como siempre. Sin embargo, yo no lo había olvidado, pero, pensar silenciosamente en Joseph, me hacía sentir bien. Pensaba que había salvado a uno, que había hecho algo. Nunca llegué a admitirme a mí misma que me estaba enamorando y tampoco imaginaba el daño que él me haría una vez que todo terminara.

Solo una vez, recuerdo, pensé que Éliane lo sabía. Fue en la ciudad, una mañana de mercado a finales de otoño, unos días antes de una de mis visitas a

Joseph que yo esperaba con impaciencia indescriptible. El frío ya nos golpeaba y los productores se frotaban las palmas al servir a los clientes detrás de sus puestos. Compré un pollo a un granjero de montaña, y algunas legumbres en el mercado. Paseaba entre las creaciones de los artesanos *hippies*. Había de todo, joyas extrañas, telas bordadas, pinturas con caras entrelazadas. Había piezas bonitas, y otras no tanto, solo había que buscar.

Me detuve en la parada de una chica que hacía vestidos reciclando ropa vieja. Había reparado en ella hacía dos o tres semanas, era original, tanto su trabajo como su estilo. Era diferente de las otras, tenía el pelo largo y negro, una cara bonita y alargada, aunque un poco vulgar en mi opinión. Lo más importante, tenía algo que todos los campesinos de la zona también habían notado: un pecho redondo y perfecto, tan perfecto que estaba segura de que no era natural. Las miradas inevitablemente se posaban en ella cuando los hombres caminaban por la calle, era indecente. Ella, sin embargo, no era mala chica, al contrario. Miraba sus vestidos, me parecían hermosos, de colores cálidos y bien conjuntados, cuando me sorprendí deseando comprar uno, algo que nunca me había pasado, porque no se puede decir que la moda sea lo mío. Saqué una de las perchas, puse la tela sobre mí, me miré en el espejo que colgaba de un poste por cables.

—Eso te quedaría bien.

Me giré de inmediato. Era Éliane, de pie justo detrás de mí, con una sonrisa dibujada en su cara redonda.

—¿Te lo vas a comprar?

Murmuré un «No sé, tal vez», algo así mientras me sonrojaba. Se dio cuenta y frunció el ceño.

—Vas a ponerte guapa para Michel, ¿no?

Con las manos en la masa. Se rio de su propia broma. No sabía dónde meterme, no sabía si bromeaba o si realmente sospechaba que estaba engañando a mi esposo. Traté de darle la vuelta a la situación, pero no sabía cómo. Y fue la vendedora quien me salvó:

—Es verdad que le sienta bien. Los colores casan con el tono de su pelo.

No me lo parecía, y tampoco estaba segura de que ella lo pensara realmente, pero sentí que la situación volvía estar bajo control y de repente me tranquilicé. La chica me sonrió, me miró con sus ojos veinte años más jóvenes y sus pechos de silicona, yo hice lo mismo y me dediqué a despistar a Éliane sacando otros temas.

Fue la única vez que sentí que mi aventura podría terminar en plaza pública. Y eso me asustó, porque quería guardarlo para mí.

Así que ahora que había acabado, también me tocaba vivir sola mi desgracia.

Habían pasado varias semanas cuando los gendarmes llegaron a casa. Aún no había salido a la carretera, tenía que ir a almorzar a la casa de un granjero que estaba de baja, porque se había herido con su motosierra mientras limpiaba las tierras invadidas por los pinos. Michel acaba de salir del granero, estaba sentado en la mesa frente a su café caliente, con los ojos pegados a la pared de la cocina. En sus rasgos, uno podía leer la falta de sueño y las noches entrecortadas por los partos de la mañana. El día anterior, a una ternera se le había girado la matriz y hubo que llamar al veterinario. Estaba sumido en su mundo, todavía más que en años anteriores, preocupado por mil pensamientos que no se molestaba en compartir conmigo.

Me asusté cuando Cédric Vigier golpeó la ventana, el comandante Vigier, así lo llamaban sus colegas que esperaban fuera, apoyados en el auto estacionado en la ladera. Cuando le abrí la puerta, me saludó su cara agotada, con las mejillas enrojecidas por el frío bajo su corte de pelo militar, que lo rejuvenecía al menos diez años. Entró en la habitación, resoplando sobre las manos heladas. Le ofrecí un café, porque Michel no se movía; sabía que no le gustaban los gendarmes, pero aun así no es como para actuar como salvajes. «Gracias —dijo Cedric—, hoy no puedo». Tomó un sorbo de agua, y se desabrochó la parka para ponerse cómodo y así finalmente poder relajarse.

—Llevamos semanas investigando la desaparición —suspiró—. Buscamos en todas partes, entrevistamos a todos los que en esta zona conocían a Évelyne Ducat, en realidad no a mucha gente, ya que ella no era de aquí. Hablamos con su familia, sus hijos, sus vecinos. Nadie sabe qué ha sido de ella. Mis compañeros han recorrido hasta la última ruta de senderismo, han buscado en pozos, en abismos y por las cumbres. Miró hacia el techo con el aire de inspeccionar la arquitectura de nuestra casa. Daba pena verlo.

—¿Y el marido? —pregunté para mostrarle apoyo—. ¿No sabe dónde pudo haber ido?

Cedric negó con la cabeza. Michel lo miraba sin moverse, pero le prestaba atención, aunque no me di cuenta de ello hasta inmediatamente después.

—Por eso he venido, Alice. Sé que conoces a todo el mundo por estas montañas. ¿No has oído nada que pueda ayudarnos?

Esta vez realmente parecía una llamada de ayuda. Parecía avergonzado por su pregunta, como si fuera algo que no debía hacer, algo contrario a las costumbres locales que trataba de integrar en su trabajo cotidiano. Me senté frente a él y traté de organizar mis recuerdos.

—Sabes que la gente de por aquí a menudo se inventa más de lo que realmente sabe.

—Lo sé, lo sé.

—No me ha llegado nada en concreto. Algunos hablan de la tormenta.

—Sí, nosotros también pensamos en eso, pero si se hubiera perdido, ahora que la nieve se ha derretido, la habríamos encontrado de nuevo. Bueno, habríamos encontrado su cuerpo.

Dudé, y me pregunté si lo que me habían dicho mis ganaderos era secreto profesional.

—Me han llegado voces de todo tipo sobre esta mujer y su marido. Que no se ocupaba de ella, porque siempre estaba de viaje, que ella lo engañaba, que él tenía enemigos.

—Sí, sabemos todo eso. Incluso interrogamos a una chica, una joven que pasaba tiempo con ella, pero no nos llevó a ningún lado. No, pensaba en una pista más concreta, alguien que la hubiera visto, que realmente supiera algo.

Enarqué las cejas mientras rebuscaba en mi memoria. Le dije que no. En ese momento era sincera, realmente no caí. Cédric esperó un momento, me miró, quizás por si recordaba algo en el último momento. Luego volvió su uniforme azul marino hacia Michel.

—¿Y tú, no has visto nada en particular? —soltó como si fuera una bala lanzada al vacío—. Ya sabes, en este punto, incluso la información más insignificante es probable que nos ayude.

Michel ni siquiera lo miró cuando le dijo:

—No tengo tiempo para estas historias, ya sabes.

Con sus palabras, enfrió el ambiente como si el invierno necesitara su ayuda. Me pregunté qué le llevaba a responder así y ante ello yo no sabía qué hacer, sin embargo, Cédric no se incomodó.

—Ya veo, entiéndeme, era solo por si acaso.

Un silencio invadió nuestro comedor. Escuchamos el viento latir contra el establo en la parte trasera y, entonces, Cédric por fin se levantó. Se puso la gorra, se abrochó la parka y se dirigió a la salida dando las gracias. Se unió a sus compañeros, que corrían el riesgo de congelarse ahí fuera, y vi el vehículo azul regresar hacia la carretera principal.

Solo entonces me di la vuelta y miré a mi marido, que no se había movido. Buscaba la manera de decirle que esa no era la manera de tratar a la gente en mi casa, pero él habló primero y francamente, me cogió desprevenida.

—Tú tampoco tienes tiempo para estas historias.

—¿Cómo?

—Ya estás lo bastante ocupada con tus visitas a ese tipo.

No sé cuándo se enteró Michel de mi relación con Joseph, pero sé que después de la llegada de los gendarmes, después de ese día en que me dio a entender que mi pequeño secreto ya no lo era, su comportamiento comenzó a cambiar o, al menos, fue solo entonces que me di cuenta. Me miraba de manera diferente, en sus ojos podía leer muchas ideas contradictorias. No sabía si estaba celoso porque había descubierto que lo había engañado, si estaba enfadado o simplemente decepcionado. Parecía que él también me evitara, porque siempre estaba con los animales o en su oficina. Se aislaba: era su forma de enfrentarse a lo que nos había pasado. A veces dejaba la granja para ir a la ciudad. Durante las semanas que siguieron hubo cosas que me pasaron desapercibidas, a pesar de que imaginé que tenían que ver con Joseph y conmigo.

Todo empezó una noche en casa con una llamada telefónica. Fue Michel quien respondió; acababa de regresar de un largo día, preparando las parcelas con estiércol antes de sembrar. Tuve la impresión de que esperaba la llamada, cuando descolgó el teléfono del pasillo. Yo estaba en la cocina, preparando una de esas cenas que íbamos a comer de nuevo como dos extraños.

No oí lo que decía, solo escuché algunos fragmentos. Hablaba con un policía. Sí, escuché esa palabra, policía, que repitió con voz seria, creyendo que no lo oía, pero, sobre todo, le escuché decir:

—No, no quiero presentar ninguna denuncia.

Eso me llamó la atención, obviamente, y pensé en Joseph. Cuando Michel colgó, lo seguí con los ojos mientras se dirigía hacia el comedor, pero él fingió no verme. Salió de la habitación para escapar de mi presencia. Pensé: ¿qué se trae entre manos?

En ese momento, sentí que mi historia se me había ido totalmente de las manos, que parecía que ya ni tan siquiera me importaba lo que había sucedido y, sin embargo, era solo el principio.

Unos días más tarde, volvía de la ciudad, donde me había reunido con mis compañeros, para nuestro informe mensual. Éliane y los demás me hicieron notar en seguida que yo no estaba bien, que no era la misma al no dirigir como siempre las discusiones. Sin embargo, nadie me preguntó nada, no sé si por pudor o indiferencia. En resumen: todavía nadie había venido a ofrecirme

ayuda.

Era tarde, ya era de noche cuando puse mis archivos sobre la mesa, agotada después de un largo día. Cené sola, pollo y arroz, lo recuerdo. Pensé que Michel estaba con sus animales, y que por eso no lo había visto todavía, pero estaba equivocada: oí un motor que sacudía el silencio de la noche y, a través de la ventana de la puerta, vi la luz de los faros que atravesaba la oscuridad. Dio un fuerte portazo al cerrar el coche, e inmediatamente reconocí en sus pasos que algo iba mal. Recorrí enfadado el camino de entrada hasta la casa y entré dando un golpe con los pies en el felpudo. Trató de esconder su rostro cuando me vio al otro lado de la sala, pero no estoy ciega, y lo vi: tenía un gran hematoma debajo del ojo derecho. Se había peleado con alguien, no había que ser vidente para adivinarlo.

No reaccioné en ese momento, solo dejé que se refugiara en el baño, pero después de unos minutos me recuperé. A pesar de todo, es tu marido, pensé. Me necesitaba, como todo hombre necesita a su mujer. Repentinamente, volvió a mi memoria el recuerdo de aquella pareja a la antigua que formaban mis padres, de todos aquellos momentos en los que mamá había estado al lado de papá, cuyos silencios decían más que cualquier otro discurso mientras ella estaba de pie, a su lado en la cocina de la antigua casa.

Me levanté, empujada por una especie de deber conyugal. Abrí la puerta del baño y lo encontré mirándose en el espejo. Lo miré por un momento, y le dije:

—Siéntate.

Sentí que no le había hablado con dulzura desde hacía meses. Negó con la cabeza.

—Vamos, siéntate. Yo me ocuparé.

Dejó caer sus manos en el borde del fregadero, vacilando unos segundos. Y, finalmente, con la renuencia de una bestia que regresa al establo después del buen tiempo, se sentó en el borde de la bañera y levantó su rostro hacia mí para mostrarme la herida. No era agradable de ver: el párpado inferior se había hinchado y ocultaba la mitad del ojo, y el hematoma descendió hasta la mejilla. También tenía una herida en la ceja. Tomé una compresa y la empapé con Dakin para desinfectarla. No se movió cuando la apliqué. Después, le puse un poco de ungüento de árnica. Al frotar su piel, mis dedos notaban el calor que emitía. Michel seguía sin decir nada, con los labios apretados.

Mientras estábamos así, tan cerca el uno del otro en el pequeño lavabo, volví a recordar el tiempo en que compartimos juntos un proyecto de vida común, cuando nos explicábamos nuestros días. Yo disertaba sobre el perfil de mis ganaderos, quejándome del carácter de sus animales, de aquel que no era lo

bastante maternal o del que se escabullía por los pastos de montaña. Volví a pensar en África y en los viajes que nunca se concretaron, me imaginé en la sabana olvidando nuestra existencia cotidiana. Me di cuenta de que todo eso ya no existía.

Habían pasado cosas durante ese año que ya no se parecía a ningún otro. Mientras por la noche todavía soñaba secretamente con Joseph, me di cuenta, no sin algo de nostalgia, que lo había mandado todo a la mierda. Tragué saliva y dije:

—¿Fue él? ¿Te hizo eso?

En lugar de contestarme, Michel exhaló un suspiro. Comprendí que era inútil. Estaba convencida de que había sido Joseph quien lo había golpeado. Aunque mi esposo le sacaba una cabeza, Joseph era duro, no era inteligente enfrentarse a él. Pero Michel no iba a confesar algo así. Lo guardaría para sí y nunca mencionaría el tema. Quedaría entre ellos, entre dos campesinos que habían conocido a la misma mujer, que era yo.

Así que continué masajando su morado, pero guardé silencio porque no había nada más que decir.

Fue la casualidad, de hecho, lo que hizo que volviera a cruzarme con Joseph, de lo contrario yo no me hubiera atrevido.

Estaba en la meseta, conduciendo a lo largo de la pista de aterrizaje. Las temperaturas se habían suavizado, los pastos apenas comenzaban a brotar en las parcelas donde soplaba el viento. Un color verde brillante emergía del fondo de las gargantas. Tenía un tractor delante, que tiraba de un remolque lleno de paja. Uno que ha agotado su *stock* del año, me dije, y que se ha visto obligado a comprar otro para terminar la temporada. No le presté atención al modelo del tractor, pero al sobrepasarlo me di cuenta: era Joseph, era él quien conducía. Reconocí su mandíbula cuadrada en la cabina elevada del tractor. Conducía mirando fijamente frente a él, con una colilla atrapada entre sus labios. En mi espejo retrovisor, vi cómo se alejaba, dudé un poco, pero luego hice un medio giro para así volver a situarme tras sus grandes ruedas.

Lo seguí, avanzando lentamente como él, mientras mi corazón latía desbocado en mi pecho. Dejábamos atrás las murallas de piedras apiladas, las estacas de castaño, los alambres de púas que rodeaban las tierras Bonnefille dispersas a lo largo y ancho de la meseta. A ese ritmo, nos llevó un buen cuarto de hora llegar hasta su casa.

Aparqué al pie de la escalera como lo había hecho en los meses anteriores. Él condujo hasta la entrada del granero. Cuando descendió, giró la cabeza hacia mí, me miró enfadado y luego continuó, sin más. Se quitó la gorra, la tiró en el asiento del conductor y se subió a su remolque para deshacer los amarres que sujetaban sus botas. Verlo así después de semanas de ausencia, con sus pantalones destrozados, su sudadera descolorida e ignorándome desvergonzadamente, me dolió. Lo observé por un momento, mientras trasteaba con unas botas hasta su granero. Cuando me acerqué a él, tenía una enorme bola en la garganta.

—Joseph —dije—. Tenemos que hablar.

—No tengo tiempo. Estoy ocupado.

—Joseph. ¿Por qué lo hiciste?

No respondió, como si golpear a mi marido fuera algo anodino y no mereciera ninguna explicación. Estoy ocupado, estoy ocupado, solo sabía decir eso desde el 19 de enero, y yo ya estaba harta de escuchar esa maldita frase. Con una bota bajo el brazo, ni tan siquiera se detuvo frente a mí.

—Joseph, detente. Háblame, ¡por Dios!

Encadenaba sus idas y venidas y me dejaba atrás, imperturbable. Sentía mucha rabia, tenía ganas de darle una bofetada, de golpearlo, de darle patadas. Y, sin embargo, a pesar de todo, yo seguía pensando en nosotros, en nuestra relación que ahora parecía tan lejana. Hubiera bastado una palabra, una sonrisa, para hacerme callar y ofrecerle de nuevo mi cuerpo. Comencé a seguirlo, a imitar su caminata, del remolque a la granja y viceversa, pero en cuanto traté de entrar en el granero, se crispó. De repente, se giró hacia mí y me fijó con sus ojos demasiado apretados para poder ver las pupilas.

—Fuera de aquí —ordenó, sujetando el heno bajo su brazo.

—Joseph...

—Fuera, te digo.

En su voz había una agresividad que jamás había sospechado que existiera en él. Lo miré sin comprender, dolida.

Suavemente, volví la cabeza.

En el medio del establo, en la losa de hormigón, junto al silo y al material almacenado, había un pequeño cubo de heno, y una treintena de botas cuidadosamente apiladas, alrededor de las cuales colocaba las nuevas. Me pareció una manera extraña de organizar su *stock*, pero eso era todo. Oí entonces un olor, un olor fuerte y penetrante que en ese momento no supe identificar.

—Alice, vete —dijo más calmado, como si se contuviera.

Volví a mirarlo, intentando descifrar su expresión. No había nada en ella.

—Joseph —dije, deslizándome suavemente—, explícame qué pasa.

Sin que yo lo supiera, las lágrimas llenaron mis ojos. Sí, lloré porque estaba perdida, porque no entendía nada. Lloré porque todavía lo amaba, porque echaba de menos al Joseph que había conocido, porque había golpeado a Michel, porque escondía cosas en su granja que yo me moría por saber, para rehacer parte de su vida y así, incluso, poder ayudarlo. Sí, si me lo hubiera pedido, lo habría ayudado, sin importar qué había hecho.

Pero a medida que pasaron los segundos, me di cuenta de que él, silencioso como una sombra, solo esperaba una cosa: que me fuera.

Conduje durante kilómetros después de dejar atrás el establo de Joseph, con más preguntas en mi cabeza que cuando llegué. Me dirigí a las aldeas de los valles, rodeados por los cortantes relieves que dibujaban en el cielo líneas discontinuas. Los colores volvían gradualmente a las laderas bañadas por sol; había algo relajante en los paisajes que volvían a nacer. En el espejo central, me miré y pasé los dedos por mis mejillas y por mis ojeras hinchadas por las lágrimas. Y, por extraño que parezca, fue entonces cuando, por primera vez, relacioné a Joseph y la desaparición de Évelyne Ducat, al recordar lo que había visto en el establo, pero era demasiado tarde.

Fue una noche, una semana después, cuando me di cuenta de que algo había sucedido. La noche anterior, Michel no había dormido a mi lado, pero no me había preocupado por eso. No era la primera vez que prefería la compañía de sus animales o de su oficina a la mía. Yo estaba afuera, sentada en los escalones de la casa, sumida en mis pensamientos, cuando escuché las vacas en el granero. Nunca habían sido especialmente silenciosas, pero después de pasar toda una vida en una explotación bovina, conocía sus gemidos como mi propia respiración. Se estaban quejando.

Agucé el oído para escuchar mejor y adiviné que algo iba mal. Me levanté y fui hacia el granero. Llegué a la puerta, sujeté el asa para tirar de ella y de repente fui asaltada por una duda. Una imagen acababa de cruzar mi mente. Imaginé a Michel, colgado de la viga más alta, como Popeye unos meses antes. Me sacudió como una descarga eléctrica, fruncí el ceño y me quité esa idea de la cabeza, diciéndome, tú ves demasiada televisión, sí, tú. Deslicé el metal y, en efecto, no había nadie colgando en el granero. De hecho, estaban todas las vacas en sus cunas con sus terneros recién nacidos. Estábamos a una semana de la

salida a los pastos y tal vez comenzaban a notarlo y se impacientaban por reencontrarse con las parcelas de la montaña donde pastar sin obstáculos hasta el próximo invierno. Sin embargo, no gemían por eso, además habían redoblado sus quejidos a mi llegada.

Recorrí sus miradas desorbitadas, observé aquel lugar tan cerca de mi casa en el que no había puesto pie desde hacía más de un año. No me llevó mucho tiempo darme cuenta de lo que pasaba: No tenían nada para comer, ni una ramita de heno para llevarse a la boca. Detrás de ellas, el estiércol se acumulaba en las celdas. Calculé que Michel no debía haber pasado por allí en las últimas cuarenta y ocho horas. Era muy extraño, nada habitual en él. Había una bolsa de heno abierta en el fondo del granero, la arrastré y la extendí lo mejor que pude debajo de las bocas de las vacas, que se arrojaron sobre ella y aplastándose tras las rejas por la comida. De vuelta al patio, llamé a Michel por el móvil, pero no respondía.

—¿Qué está pasando? —murmuré para mí.

Inmediatamente, pensé en Joseph, en el ojo morado, en lo que estaba escondiendo en su granero. Por supuesto, podía haber tenido un problema, había miles de razones para explicar la ausencia de Michel, pero en ese momento estaba segura de que había un vínculo con todo lo que había sucedido en las últimas semanas. Así que, temblando, me senté al volante de mi Dacia y conduje en dirección a la meseta. Ya está, pensé, se han matado por culpa mía. Maldita sea, lo había echado todo a perder, había alterado la mecánica y había perdido el control de la situación.

Mientras bajaba las laderas de la montaña, mi corazón se encogía entre las hiniestas, cuyas flores pronto iban a adornar nuestras tierras con ese amarillo brillante, y pensé en papá. Tenía miedo por Michel, por supuesto, tendría que haber pensado en él también, pero en ese momento lo único que se me pasaba por la cabeza era la reacción de papá si se enteraba de que su antiguo rebaño había estado varios días sin recibir cuidados. Me sentí culpable por pensar así, por pensar solo en mi padre. Seguí conduciendo hacia la ciudad e iba a girar para cruzar el río cuando lo vi.

Frené de repente y me aseguré de lo que había visto en el retrovisor.

Sin duda, era ella.

Como si estuviera abandonado, ahí estaba, aparcado a un lado de la carretera, el coche de Michel, pero me acordé sin problema que ese sitio no era un sitio cualquiera. Fue allí, en mitad del invierno, con la tormenta con fuerza sobre las laderas nevadas de mi montaña, donde habían encontrado el coche de Évelyne Ducat.

Al día siguiente, todo el mundo sabía que se había producido una nueva desaparición y estoy segura de que, en el mercado, todos daban vueltas a esta historia, diciéndose que a pesar de todo dos desapariciones ya eran demasiadas y lamentándose que ni tan siquiera se podía ya vivir tranquilo. Me imagino perfectamente que todos los rumores que debieron correr sobre Michel y yo no serían muy halagadores. No salí de mi casa, no respondí el teléfono que sonaba todo el tiempo: papá preocupándose por la granja, Éliane y mis compañeros de trabajo preocupándose por mí, los vecinos queriendo saber todos los detalles que no salían por la tele... Solo hablé con la policía. O más bien, con un policía, con el único en quien confiaba.

Cédric llegó solo, tan pronto como lo llamé, tenso, de uniforme, a lo mejor entre ellos pensaban que era el comienzo de una serie de asesinatos y ya trataban de imaginar quién sería el siguiente. Respondí a sus preguntas con voz estrangulada, detallándole mis acciones del día anterior.

—Alice, haremos todo lo posible para encontrarlo —me dijo, confiado—. Dime, ¿tenías problemas Michel? ¿Crees que tenía algún enemigo, alguien que lo quisiera perjudicar?

Tragué saliva y dije en voz baja:

—Sí. Su nombre es... Joseph Bonnefille.

—¿Bonnefille?

Su cara se iluminó.

—Sí, ¿por qué?

—Guillaume Ducat se puso en contacto con nosotros hace unos días. Dice que alguien entró en su propiedad. No estaba seguro de quién fue, pues al parecer llevaba quince años sin ver al tipo, y por eso no creía que pudiera tener relación alguna con la desaparición de su mujer. Pero me dijo un nombre. Joseph Bonnefille. Y a partir de ahí, comencé a establecer más de una conexión.

Y mientras Cédric llamaba por teléfono y daba sus instrucciones: «Nos encontramos al pie del Causse y vamos directamente a su casa, yo llamaré a Ducat de camino», yo me maldecía por no haberme dado cuenta antes, por ser responsable de todo lo que había pasado. Esa imagen me helaba la sangre: mi marido, muerto al lado de Évelyne Ducat.

Dos cadáveres ocultos en el montón de heno de Joseph.

Joseph

Hay días en que no quieres volver al interior.

Te levantas con el sol de verano que se arrastra por el cielo, y te quedas medio dormido en la galería detrás de tu granja con tu perro que se da la vuelta como un pequeño demonio. En la parcela donde han pastado toda la noche, recoges a tus ovejas, las cuentas un poco, de vista, solo para ver si algún lobo bastardo no se ha comido ninguna. Las llevas a pastar de nuevo, gritándoles aunque después de tantos años ya no te hacen caso, vas más allá de la avenida donde tu abuelo una vez perdió una oveja, cierras la cerca. Allí, en lugar de volver sobre tus pasos, te subes a la colina, te sientas en el borde de un muro, enciendes un cigarrillo y miras el rebaño, disperso, como hacen los pastores desde siempre. Observas sus movimientos que te hacen pensar en un río que fluye, que aparece y desaparece detrás de las rocas. Sabes que tienes que irte, que el trabajo te espera. Hay mucho trabajo todo el tiempo. Piensas en los papeles que se amontonan en la mesa de la cocina, las cercas que hay que reparar, el estiércol que repartir por los campos. Pero no puedes. Sigues mirando sin moverte de tu piedra. No estás bien, no es solo una cuestión de cabeza, es algo más dentro de ti lo que no está bien. Como vives solo, al final has aprendido a conocerte. Sabes que si aquí, en medio de la montaña y con tus animales, te sientes mal, significa que dentro será aún peor. Y luego empiezas a odiar también a tus ovejas. Ya sabes que no tienen la culpa: tú eres el pastor, no al revés. Pero eso no cambia nada. Las odias porque no tienes nadie más a quien odiar.

Cuando llegan días así, suelo mirar hacia abajo, a mi sombra, que se vuelve más pequeña con cada hora que pasa. Sigo su movimiento sobre la hierba seca y las piedras grises. Me digo que al menos esta sombra siempre estará allí. No necesito hablar con ella ni hacer nada para que siga en marcha. Pienso en los ancianos, en las historias que me contaban de niño. Antes, los viejos decían que tu sombra era la imagen de la muerte. Como un doble de ti que se aferra a tus pasos y te deja el día en que estás bajo la tierra. A veces me imagino la vida de los campesinos de antaño y todas las creencias que les pudrían la vida. Historias de fantasmas que no querían abandonar las casas donde habían muerto, hombres lobo que atacaban a los niños para comer su hígado, muertos vivientes que se ocultaban en el bosque para acechar a los vivos. Nuestros antepasados creían de

verdad en esas cosas y cuando pasaban cerca de estos lugares malditos echaban a correr. La abuela a veces hablaba de eso, se burlaba de su madre y la hacía rabiar, pero estaba claro que no se lo tomaba a broma.

He conocido cientos de días como este, cuando solo esperas a que llegue la mañana siguiente para volver a empezar a esperar.

Pero esa mañana de agosto fue diferente.

No era muy tarde, la luz caía sobre los cabellos de ángel de mis tierras, llenándolas de pequeñas olas peludas en el medio del desierto de zarzas y pedruscos. Los buitres leonados ya merodeaban por allí; nunca me gustó cómo me miraban. Sabía que iba a ser un día caluroso y las ovejas empezaban a agruparse alrededor de los pinos, remoloneando. *Guillaume* ladraba pero no como si nada, no iban a comer nada hasta la noche, era así desde el comienzo del verano. Me quitaba las espinas de los cardos de los bajos de mis pantalones, y como cien veces desde el día anterior, reviví lo que había sucedido en mi cocina.

Algo increíble.

Había hecho el amor con la trabajadora social.

Estaba un poco avergonzado por la forma en que me había comportado, debió de tomarme por un desgraciado que no lo había hecho nunca, aunque no fuera así. Se había acercado a mí para besarme, y como no lo esperaba, me había echado atrás. Estaba encerrado, todo en mí era tensión. Me sentí incómodo, realmente incómodo. Ni siquiera sabría decir cómo era desnuda porque solo quería mirarla y al mismo tiempo no me atrevía. Aun así, era una mujer. Y, bueno, con las mujeres hay que ser cuidadoso. Quiero decir, hay que contenerse, eso es lo que siempre he pensado. Además, era la trabajadora social, por si fuera poco; ni siquiera me atrevía a llamarla Alice, era la trabajadora social y solo podía pensar en eso. Por eso me sentía incómodo. Pero me gustó, sí, no voy a mentir.

Solo después, por la tarde y esa mañana con las ovejas, me di cuenta. Todo era igual, excepto que había un extraño recuerdo que estaba allí, plantado en mi cabeza como una bestia salvaje que no pertenece a un rebaño de ovejas. Me hizo sentir bien. Me sentí un poco más fuerte. Tuvo la sensación de que la bola en el vientre que siempre me acompañaba a todas partes se había relajado. Sonreí al vacío, pensé que había nacido algo dentro de mí. Volví a mirar mi sombra y le arrojé un guijarro para provocarla, para demostrarle que hoy no le tenía miedo.

Excepto que estaba equivocado.

De hecho, no era la trabajadora social lo que iba a hacerme sentir mejor. Y no era buen momento para provocar a mi sombra.

No sé cómo es para los demás, pero yo no he querido vivir solo. La soledad no cayó sobre mí durante la noche. No, llegó despacio, tuve tiempo a lo largo de los años de verla llegar, de sentir que me rodeaba como una enfermedad grave. Empezó antes que yo, por cierto. Papá conocía a siete granjas en la región, cuando aún existía eso de la solidaridad campesina, y la gente vivía unida, ayudándose. Creo que entonces era más fácil, aunque no hubiera agua corriente y las máquinas nuevas. En mi generación ya solo quedaban otros dos granjeros; los demás se fueron poco a poco. Vendieron sus tierras. El último ni siquiera encontró un comprador. Terminamos solos aquí, yo, papá y mamá. No me di cuenta de lo que sucedía en silencio, y por ese entonces no nos entristecía que se fueran, porque aprovechábamos para ampliar un poco más nuestra parcela. Después de la escuela secundaria, estudié formación agrícola y me asocié con mis padres para seguir llevando la explotación. Era lo que ellos querían y yo también. Bueno, eso creo. No presté atención a lo que sucedía a mi alrededor, a los demás que encontraban esposa y se casaban y empezaban a tener críos. Llegaban en verano, se instalaban en los chalets y las residencias de verano, y yo los miraba de lejos y me decía que aún tenía tiempo.

Se me olvidó ocuparme de eso.

De la granja sí me ocupé, de seguir adelante con la labor de papá, de sacrificar la parte del rebaño porque era imposible ordeñarlas a todas yo solo dos veces al día. Pero se me olvidó no quedarme solo. O no hice lo que debía, no lo sé. Papá murió antes de lo esperado por culpa del maldito cáncer. Entonces me di cuenta de lo que iba a pasar, durante los cinco años en que mamá y yo convivimos en la granja. Me di cuenta de que era demasiado tarde para mí. La bola en mi estómago empezó a crecer.

Al principio, cuando la trabajadora social vino a visitarme, me dijo que tal vez sufría una depresión. Debido al aislamiento y la carga de trabajo con los animales, dijo. Quería enviarme al psiquiatra, como a los locos, y dijo que había medicamentos para curar eso hoy en día. Pero le dije que no. Pensaba vivir así, nada más. No iba a contarle mi vida a una desconocida que no sabía nada sobre el mundo campesino; además, toda la meseta lo habría sabido y sería la comidilla de la gente. También me preguntó si ser un criador era realmente lo que quería, si mi trabajo me gustaba, cosas así. Tal vez habría que buscar otra manera, dijo, y me explicó que hoy en día la gente cambia de trabajo varias veces, que no se pasan la vida haciendo lo mismo. También le dije que no a eso. No sé si me gusta este trabajo, pero sí sé que no tengo ganas de cambiar.

Tal vez no tengo la fuerza o la valentía de hacerlo, pero es lo mismo. Después de la muerte de mamá, necesitaba la ayuda de los trabajadores sociales para solucionar algunas cosas, y evitar que la granja se cayera en pedazos porque no sabía cómo llevarla. Cuando Alice empezó a venir, yo estaba mal, y había descuidado la explotación. Incluso me olvidaba de cuidar de las ovejas, porque las odiaba, como si todo fuera culpa suya. Alice no había logrado curar esa bola de angustia que arrastraba desde que vivía solo, pero aun así me había ayudado. Por eso le estaba agradecido. Venía una o dos veces al mes, me ayudaba sobre todo con la burocracia, era de lo que menos me había preocupado. Sus visitas me acompañaban, era una presencia en mi vida, y eso no era poco: a veces no veía a nadie durante quince días seguidos. Me relajaba un poco. Ella hablaba mucho, era así. Yo trataba de ser amable, de darle conversación para que no se fuera, porque eso no me gustaba. Cuando me quedaba solo, éramos yo y mi angustia. Pero sobre todo me dedicaba a escucharla. Porque la verdad es esa: nunca supe cómo hablar con la gente. Con las ovejas, sí, sé cuándo hablarles con suavidad para calmarlas, cuándo gritar para que no bloqueen el terreno de otro. Pero no soy bueno con las personas. Es una de esas cosas que olvidé aprender.

No esperaba más de ella. Nunca se me ocurrió que, bueno, que pasaría eso. No es que no me pareciera atractiva, no tiene nada que ver con eso. Al contrario, era una mujer elegante. Olía a perfume como las mujeres que se preocupan de estar guapas. También me gustaban los vestidos con estampados de flores, esos que empezó a llevar en primavera. Se adivinaban sus senos por debajo de la tela, y sé de muchos que no se habrían perdido detalle del espectáculo. Pero yo no.

No pensaba en eso, nunca he sido así.

No tardé en darme cuenta de que, de hecho, nada había cambiado. Volvió varias veces a la casa y volvimos a hacer el amor. Estaba bien, me gustaba hacerlo, no era ese el problema. No, el problema llegó después, cuando ella se iba.

Fue una noche de septiembre, cuando lo comprendí. Había salido con el rebaño y el perro. La noche caía lentamente en el cielo sobre el suelo seco del caluroso verano que habíamos tenido. Empezaba a refrescar lo justo para que las ovejas volvieran a pastar. Me siguieron sin pestañear, agitadas e impacientes por gozar de la hierba fresca que les reservaba para la salida nocturna. Una ternera se pegaba a mis tobillos, como hacía siempre. La había llamado *Pégouse* porque era como una olla llena de pegamento. Avanzaba por el sendero a lo largo de los muretes agitando mi bastón y fumando.

De repente, justo después de pasar la cruz de piedra, me detuve.

Miré mi granja detrás de las rocas y me dije: mierda.

Sentí que la bola volvía a brotar en mi vientre. O tal vez nunca se fue. Entonces lo entendí.

Seguí guiando al rebaño y luego regresé a casa. Hice lo mismo de siempre, lo de todos los días. Bebí un vaso de genciana. Abrí una caja de comida congelada, la calenté, y me la comí mientras veía la televisión. Era uno de esos concursos de cocina, gente que cocinaba platos con productos que nosotros habíamos cultivado, aunque costaba reconocerlos. Pensé lo mismo: ver aquellos programas año tras año, cansaba. No recogí los platos sucios, y me fui a dormir al dormitorio del primer piso. No hacía mucho tiempo, era mi rutina de cada día.

Allá arriba, cuando la noche se instala para siempre, es lo peor. Es donde realmente te das cuenta, debajo de las sábanas, todavía a medio vestir en la cama grande en la que solo duermes tú, cuando sientes el peso de la barraca que la vida ha abandonado con los años. Pasa la corriente de aire por las ventanas que están abiertas. Detrás de la puerta, te imaginas la habitación de tus padres donde una mañana encontraste a tu madre, el día en que nunca más se levantaría. Escuchas los sonidos que se cuelan en el silencio como insectos a través de una madera podrida. En el exterior, se oye el silbido del autillo posado en algún lugar de la meseta de piedra caliza de color negro, a veces también se oye a los corzos o los ciervos gimen, si están en celo. Debajo, en la cocina, al lado de la almohada rota donde *Guillaume* duerme, está el armario. Allí se almacenan los trastos de tu madre, las postales que envió cuando fue a Lourdes. Si se lo dijera a alguien pensaría que estoy loco, pero estoy seguro de que el armario también hace ruidos. Como si se moviera. Ahuyento la idea tan pronto como llega, con los antiguos fantasmas tras ella, pero los ruidos no desaparecen. Te hace pensar, inevitablemente, y te preguntas si todo eso está en tu cabeza o si es tu madre la que trata de hablar contigo, porque nunca se fue en realidad. Luego te dices que este sitio no está hecho para un hombre solo, que la vida que llevas no es humana y que la bola en tu vientre te devora por dentro.

Esa noche, alrededor de las once o de la medianoche, aún dormía. Daba vueltas en la cama, y de repente levanté la cabeza. Y los oí. Llegaba un ruido desde el armario del piso de abajo, eran reales. No se trataba de un ruido fuerte, era hasta discreto. La madera crujía y chirriaba suavemente. Abrí los ojos y vi las estrellas inmóviles en el cielo entre los postigos que ya no cerraban. Y entendí el mensaje: era mi madre, que venía a recordarme que hacer el amor con la trabajadora social no cambiaba nada en absoluto.

Que la solución a mi problema estaba en otra parte.

De joven, recuerdo cómo los chicos hablaban de chicas. El fin de semana, su subían a los coches, corrían a toda velocidad por las carreteras de la Causse y bajaban al valle para ir a las fiestas del pueblo o a las discotecas. Bebían todo lo que podían, hasta arriba de cerveza, de pastís, como si buscaran vaciar el cansancio acumulado de la semana. Cuando te los cruzabas el lunes camino de las parcelas que íbamos a cosechar, se contaban hasta el último detalle mientras reían. Me gustaba escuchar sus historias, quién aguantaba mejor la bebida, a quién habían echado primero los gorilas de la discoteca, quién había estado a punto de quedarse en la carretera, por un volantazo. Yo también me reía y les decía que sí, que la próxima vez iría con ellos, que nos lo pasaríamos bomba. Pero nunca lo hice. Siempre encontraba una excusa para quedarme en casa con mis padres, y los chicos sabían que nunca los acompañaría.

En el fondo, no creía que esa vida fuera para mí, aun así por la noche mirando la tele me sentía un poco celoso, de todas las aventuras que jamás conocería. Me decía que era suficiente con escuchar sus historias, un poco como si hubiera estado con ellos. Pero siempre llegaba el momento en que se encontraban con las chicas que habían conocido esa noche, muchachas que vivían más lejos y que no eran de la región. Y entonces Pierre, el que vivía al otro lado de la montaña, decía sacudiendo la mano, de pie junto a su tractor: «Te juro que esa no te puedes imaginar todo lo que me hizo, solo quería que la follara, se moría de ganas», y entonces yo seguía riendo pero ya no me parecía divertido. De repente, no quería saber más detalles y tenía prisa por volver a casa.

Una vez, mamá me dijo que era un romántico y que por eso no había encontrado a una mujer. Porque eso no les gustaba, según ella. Yo no creo que fuera por eso, pero quizá no estaba equivocada del todo. Es cierto que nunca me gustó oír a los chicos hablar sobre sus encuentros nocturnos y que solo me creía la mitad de lo que contaban. Claro que a veces por la noche, miro esas películas por internet, donde hacen cosas que parecen imposibles, a veces hasta cuatro o cinco personas a la vez. Sé que no es de verdad, que son solo actores, y que las cosas no van así en la vida real. No, para mí las mujeres siempre han sido seres de otro mundo, a las que no entendía del todo, o junto a las cuales no sabía muy bien qué hacer, aunque me parecían bonitas. No les decía muchas cosas, aunque me gustaba verlas y escucharlas, desprenden algo dulce y agradable que los hombres no tenemos. Me hubiera gustado tener una mujer de verdad, como yo la imaginaba, que hubiera aceptado compartir mi vida con ella en la montaña. Su sonrisa se habría pintado en todas las habitaciones, y se hubiera quedado a las

duras y a las maduras, en invierno y cuando los lobos atacan las ovejas, y te las encuentras destripadas a la mañana siguiente. Pero nunca la encontré. O no la busqué de verdad, no lo sé. Y tal ni siquiera exista.

Alguna he conocido, sin embargo. Una, sobre todo: se llamaba Sophie. Era enfermera y cuidó a papá al principio de su cáncer. Creía que estaba allí por eso, nunca se me ocurrió ir más allá, y de hecho no me habría atrevido. Fue mi madre quien puso el tema sobre la mesa porque sabía que algún día iba a necesitar a alguien y que yo no movería un dedo. Sophie aceptó y casi creí que todo terminaría bien. Era una chica amable, morena y siempre bien peinada, que había crecido en los campos, al principio mis padres pensaron que nos había tocado el premio gordo. Durante unas semanas, vivió con nosotros. Pero no supe cómo tratarla. No supimos, más bien. Aún recuerdo las imágenes de Sophie cuando iba de una habitación a otra o a la cocina y nosotros tres, yo, mamá y papá la mirábamos diciendo que no se hacía así, que eso otro se guardaba en otro sitio, que no se podía encender la radio antes de que el rebaño volviera al establo. En fin, el día en que mamá decidió que era mejor que se fuera, vi claramente que Sophie estaba aliviada. Y también yo, en cierto modo, porque en ese entonces no creía que fuera un asunto urgente.

A medida que pasaban las semanas y la trabajadora social venía a verme y hacíamos el amor en casa, no me sentí menos solo, al contrario. Cuando venía, traía consigo un poco de dulzura, y me decía cosas amables que en ese momento me hacían sentir bien. Pero después cuando se iba todo empezaba de nuevo, la bola de angustia volvía y se hacía incluso más grande. Me dolía regresar con el rebaño por la noche, sabiendo que empezaba una noche más. Y cuanto más nos veíamos, menos me gustaba esa extraña relación, había algo que no tenía sentido. No entendía qué buscaba ella, qué esperaba de mí, qué quería darme o no. Hablaba mucho, pero eso no arreglaba nada. Al final sí que acabé entendiéndolo, aunque no me lo dijera: estaba triste por su marido, al que ya no amaba pero no quería dejarlo. Yo solo era la manera que había escogido para complicarse la vida. Podría haberlo hecho con cualquier otro. No me gustó demasiado. Me recordó a las palabras de Pierre acerca de las mujeres, cuando volvía de la discoteca sobre las mujeres, y en el fondo, ensanchó la brecha que siempre me había separado de las mujeres. Me dije a mí mismo que decididamente no eran como yo y que nunca lograría entrar en su mundo.

Además, lo que pasó después demostró que tenía razón.

Vi a su marido una vez. Fue en el otoño, solo unos días después de que

Alice subiera a verme. Nunca he participado en las reuniones que organiza la Cámara o la asociación de Jóvenes Agricultores para hablar de trabajo, compartir nuestros problemas o tratar de convencer a los ministerios que prefieren los lobos a los hombres. No digo que sea buena idea, pero no es lo mío, y mientras estás allí charlando, nadie se ocupa de tu trabajo por ti. Pero esta vez nos habían venido a ver a todos los criadores locales, había una reforma de la PAC, y era importante asistir, decían. Dudé largo tiempo pero al final había aceptado ir.

La reunión tenía lugar en la ciudad, en una gran sala cuyos ventanales tenían vistas a la montaña opuesta. Los bosques escalaban las laderas y se deshacían de las hojas a medida que ascendían, se adivinaban las ramas de los castaños desnudos y el sotobosque amarillo y mojado. Había mucha gente, nada más entrar saludé al viejo Trousselier, que no había visto en años. Pensé que no dejaría de reírse ni el día en que llegara a su tumba. Había varios agricultores que había conocido de pequeño, con quien había ido al internado: Aniel, a quien una vez había echado del patio de la escuela, pero ahora podía presumir de que todo le había ido mejor, con su crianza orgánica, sus colmenas, los paneles solares en el granero y sus tres hijos que no eran aún hombres, pero ya eran más inteligentes que muchos de nosotros. Me coloqué al fondo, porque no quería estar en primer plano. Durante una hora, escuché a un parisino de traje explicarnos lo que había cambiado en la nueva PAC, lo que habría que hacer para declarar nuestras superficies ahora, y rellenar formularios por internet. Sostenía que no íbamos a perder nada, que era otra manera de calcular los metros. Nos rompió los huevos con sus curvas y sus ejemplos, antes de que se lanzaran a por él los que estaban más nerviosos y que se habían preparado bien lo que querían decir. Yo guardaba silencio, no quería hablar. Lo entendía todo. Se veía perfectamente lo que pasaba en las alturas, la manera en que cada año, esos tipos de Europa nos empujaban un poco más hacia la salida. Pero bueno, ya se sabe cómo terminan estas reuniones. Gritar no serviría de mucho ni cambiaría nada.

Y sobre todo, estaba ocupado mirando al marido de la trabajadora social. Se llamaba Michel, sabía su nombre, nos habíamos cruzado una o dos veces, sabía que tenía una bonita manada de vacas aubrac que había heredado del viejo Brugier. Le había salido bien la jugada, había pasado de ser un obrero más de la explotación, a convertirse en el jefe, y le bastó poner el anillo en el dedo de la hija. Era un tipo grande y robusto que llevaba la camisa demasiado corta, con cabello muy oscuro y una única ceja que parecía una barra peluda sobre sus ojos. No era feo, en conjunto, quizá hasta más atractivo que yo, lo cual no es difícil. Cuando vi que también estaba allí, no supe dónde meterme. Me sentí mal y por poco me largo, como si al hablar conmigo pudiera adivinar que su esposa le

engañaba conmigo. Por eso me había situado en el otro extremo de la habitación. Michel no parecía interesado en nada de lo que se decía en la sala, ni el funcionario ni los colegas. En sus labios flotaba una sonrisa tonta, a menudo miraba hacia el exterior, parecía absorto en sus propias ensoñaciones. Si Alice quería hacerle daño conmigo, no daba la impresión de que le estuviera saliendo bien. Volví a preguntarme hacia dónde iba nuestra historia.

También recuerdo que miraba con frecuencia un papel que tenía en la mano, discretamente, como si no fuera algo confesable. Cuando salimos a fumar a la plaza, enfundados en los abrigos porque el viento comenzaba a soplar, miré a mi alrededor para verle bien cuando pasó a mi lado. No sabía lo que iba a suceder más tarde, así que no me fijé demasiado. Tenía en la mano una fotografía de una revista, de una chica guapa que me sonaba de algo, pero no sabía de qué.

Vaya, aún no lo sabía.

Cuando llegó el invierno, ya no sabía por qué seguía viéndome con la trabajadora social. Bueno, sí, lo sabía: para hacer el amor, eso es todo. Pero me hacía más daño que bien, porque cada vez me devolvía con más dureza a la realidad. No me había sentido tan solo desde los primeros días después de la muerte de mamá. Pasé una nueva Navidad así, en mi casa de campo rodeada por el desierto en blanco y negro, con los sonidos distantes de una fiesta en la barraca que los jóvenes del valle a veces ocupaban para montarla gorda en la meseta. Para que los oyera hasta donde estaba yo, debía ser un pedazo de fiesta. Mi bola de angustia seguía conmigo y no dejaba de sentirla ni de día ni de noche. Me dije que tenía que tomar una determinación, y ponerle fin a la relación.

Pero no pensé que la solución a mis problemas llegara la noche del 18 de enero.

Yacía debajo de tres mantas. Detrás de las ventanas, el viento del noroeste imponía su ley a la oscuridad a golpe de borrascas de nieve que azotaban los postigos y las contraventanas. Solo se oía el viento, como si todos los animales salvajes se hubieran quedado quietos a su llegada. Cuando vives aquí, aprendes a conocer esas tormentas, y sabes que no anuncian nada bueno para los días venideros. Ya no sacas a pastar tus rebaños, solo viven de heno y de grano. Me había quedado dormido no hacía mucho cuando oí el ruido. Abrí mis ojos de par en par y los dejé clavados en la viga que cruza la pared de la habitación. Me quedé inmóvil por un momento para asegurarme de que no estaba equivocado.

Pero no: fuera pasaba algo.

La tormenta se esforzaba por sofocarlo, pero había un ruido que no estaba allí las demás noches. Como si algo o alguien aplastara la nieve no muy lejos de mi casa. O tal vez un coche, conduciendo muy despacio. No lo sabía pero estaba seguro de que se acercaba a mi granja y en ese momento, no era para un vaso de genciana. Esperé un poco para ver si se detenía, pero no fue así.

—¿Qué demonios pasa? —susurré, apretando los dientes.

Cogí mi escopeta que siempre guardo bajo mi cama. Si el lobo se atrevía a acercarse ahora que las ovejas estaban en el establo, se llevaría una buena perdigonada, y lo enterraría cerca sin decírselo a nadie. Puse el arma sobre la colcha mientras me vestía, revisé los cartuchos, lo agarré bien y, con las zapatillas puesta, bajé los escalones de piedra de la escalera. No encendí ninguna luz, para no prevenirlo. Casi estornudo mientras bajo a la cocina. No había nadie, por supuesto, solo la cocina en el medio de la sala y la chimenea clavada en el techo. *Guillaume* dormía a pierna suelta, no movió ni una oreja sobre su almohadón. Pegué mi rostro a las ventanas traseras, limpié la niebla. No vi nada excepto la nieve que volaba en la noche y cubría suavemente las heridas de la meseta. Las paredes de mi establo apenas se veían a unos metros de distancia. Volví hacia el centro de la casa. Mierda, pensé. Me puse las botas, me subía la cremallera del abrigo, me puse la capucha y encendí la luz del exterior. Abrí la puerta y el frío me encima como una losa tan pronto como salí la terraza, haciéndome temblar bajo el jersey. Por encima de mí, el viento silbó como algo de otro mundo alrededor del tejado de pizarra. Entrecerré los ojos y traté distinguir algo a la luz de la bombilla del porche. Estaba tan oscuro como en el culo de una oveja. Sostenía el cañón del rifle delante de mí.

—¡Eh! —grité.

Solo el viento me respondió.

Bajé los escalones y miré a ambos lados. Frente a mí, estaba el final del camino que llevaba a la casa, el que muy poca gente enfilaba. Di unos pasos y sentí la capa de nieve agrietarse bajo mis botas. Luego me agaché para observar el suelo más de cerca.

No lo había soñado.

Había marcas de neumáticos en la nieve. Y por lo que parecía, eran recientes. Pero no veía ningún coche por los alrededores. Busqué en la oscuridad, congelándome cerca de los muretes de piedra. Reflexioné. Debía ser un error, un conductor que se había equivocado de camino. No importa, son cosas que pasan. Di un bufido y di la vuelta, con el rifle bajo el brazo.

Pero antes de volver a cerrar la puerta, desde la terraza del porche, vi otra

luz a lo lejos.

En la carretera, al final del camino, dos luces rojas traspasaron la noche. Dos faros de automóvil, los que se encienden al frenar. Los vi menos de tres o cuatro segundos, como si me estuvieran mirando. No me gustó. De repente se dirigieron al sur, desapareciendo en la oscuridad. Fruncí el ceño, pero no tenía intención de perseguir al coche. En ese momento ni me imaginaba lo que era. Así que volví adentro, agradecido por volver al calor, y unos minutos más tarde estaba de vuelta en la cama.

No dormí demasiado. Después de media hora, otro ruido me lo impidió.

Abajo, en la cocina, el armario de mamá volvió a moverse de nuevo. O eso me parecía. Al principio era discreto, solo un pequeño crujido sofocado por la tormenta. Después de eso, se oyó un ruido tremendo, como nunca había oído antes. Me asusté y me quedé clavado bajo las sábanas. Habría jurado que alguien empujaba el armario en el piso de abajo. Todas las supersticiones de los ancianos volvieron a mí sin que pudiera ahuyentarlos. Cuando se oían ruidos nocturnos, suspiros, muebles crujiendo, sonidos de campanas en las chimeneas, decían que los muertos volvían a sus casas porque fuera hacía demasiado frío. Recuerdo lo que me contaba mi abuela. No se entraba en las casas con fantasmas, porque allí aún habitaban los miedos. Así lo decía, los miedos. No me gustaba cuando decía eso, pero esa noche se parecía mucho a lo que describía.

Pensé en mamá, en el vacío que había dejado al morir, y no pude evitar preguntarme si intentaba decirme algo.

No sé a qué hora me quedé dormido, pero fue poco antes del amanecer.

Apenas había dormido cuatro horas cuando abrí los ojos a un día blanco sin recordar claramente lo que había sucedido durante la noche. Me levanté y por la ventana vi que toda la nieve cubría la tierra, las rocas y los pinos. Debía haber unos treinta centímetros y todavía seguía nevando. Tomé un café en la mesa de la cocina tratando de sacarme el sueño de encima. Recordé que ese día solía venir la trabajadora social y nuevamente me dije que tenía que ponerle fin, que no me gustaba el papel que estaba jugando, el que me había asignado. Miré fijamente el armario durante largo rato. No se había movido una pulgada, por supuesto, seguía pegado a su pared y pensé, ya ves, está todo en tu cabeza. Vacíé el fondo de mi taza y me equipé para enfrentar el frío.

Ya había llegado el invierno, de eso no cabía duda. El viento barría los copos que aún caían desde arriba en remolinos y aumentaba el manto de nieve depositado en la noche. Golpeé mis guantes y soplé dentro, para calentarlos, y di varias patadas contra el suelo para que los pies también entraran en calor. Luego me dirigí hacia el granero sosteniendo mi capucha lo más cerrada posible contra

el viento. Incluso el perro estaba helado, caminaba con la cabeza gacha y la lengua recogida. Bajo la capa de nieve, el barro se congelaba conservando la huella de las ruedas del tractor. Tiré de la puerta de metal y un haz de nieve cayó desde el techo cuando el raíl se deslizó. En el inmenso espacio del granero, pegado al establo donde almacenaba el heno para el invierno, el frío estaba en todas partes: el agua en el fondo de los cubos se había convertido en hielo, había escarcha en los grifos. Fui a ver las ovejas. Trataban de mantenerse en calor amontonándose contra la verja, sin hacer demasiado ruido para no cansarse. Su piel de lana echaba humo, soltando una pequeña neblina en el aire. Me miraron con ojos asombrados como si la nieve las hubiera hallado desprevenidas. *Pégouse* se acercó a mí.

—Ahora vuelvo —les dije.

Fui a buscar tres paquetes de heno para esparcirlos en los comederos.

Me detuve.

Había algo en el exterior, detrás de la puerta del granero. No lo había visto al entrar. No era mío, estaba seguro de eso. Me quedé unos cinco segundos mirando el objeto, frunciendo el ceño. Era un saco grande, junto a los troncos que amontonaba bajo un pequeño techo y que luego usaba en las chimeneas. La nieve había cubierto la mitad del saco.

Me acerqué e incliné la cabeza para ver mejor. No sabía qué era ni de dónde venía, pero no me gustó. Me agaché y con el guante empujé la nieve. Era una lona gris con una cuerda atada alrededor. No me gustaba la forma que tenía, larga y estrecha. Dudé un momento antes de averiguar qué contenía. Miré a izquierda y derecha, pero era la única alma en kilómetros a la redonda, más aún en invierno que el resto del año. El único imbécil capaz de congelarse para alimentar a mis animales. Así que saqué un cuchillo y corté la cuerda para apartar el plástico. Encontré una manta, la moví, y se abrió.

Lo primero que vi fue un bulto de cabellos enredados.

—Joder...

Debajo del pelo, una cabeza. La cabeza de una mujer muerta. Lo que había allí, delante de mi establo como si fuera mío, era un cadáver, por el amor de Dios. Di un paso atrás, tropecé con el suelo helado y me apoyé contra la puerta de metal. Hubo un ruido terrible, y un montón de nieve me cayó encima.

Esperé un momento, tumbado en el suelo helado, a dos metros del cuerpo envuelto en su lona. Me preguntaba qué demonios hacía ese fiambre en mi casa, cuando hasta los vivos no se acercaban casa. Repasé mentalmente todo lo que había sucedido esa noche, los ruidos, los faros en la carretera, el armario que no dejaba de moverse. Detrás de mí, las ovejas comenzaron a gemir, querían heno y

el viento frío entraba a sus anchas por la puerta. Estaban inquietas.

Pero no me moví por eso.

En el camino, a lo lejos, se acercaba un automóvil. Era la trabajadora social.

Tenía que ser ella, me había pasado demasiado tiempo en el establo. Me levanté rápidamente y me puse a pensar a toda velocidad. Mi corazón latía desbocado contra mi camisa. ¿Qué iba a decirle si me veía con un cadáver? ¿Que había llegado solo hasta mi puerta? No, tenía que moverme, hacer algo.

—¡Joseph! —la oí.

Me buscaba, en unos minutos se acercaría al granero. Tuve que decidirme rápidamente. Puede que no fuera la mejor idea, pero agarré la lona con ambas manos, por las cuerdas, y saqué el paquete. Lo arrastré hasta la puerta del granero. Pesaba más que una oveja muerta. El plástico dejó una marca en la nieve.

—¡Joseph!

Estaba cerca de la casa, maldita sea. Pronto aparecería por aquí. Mis guantes resbalaban porque tenía la piel húmeda por debajo.

Tiré tan fuerte como pude mientras el viento me azotaba, abriéndome la capucha, mientras oía la voz de Alice acercándose. Tiré hasta que todo el fardo entró en el granero. Fue por muy poco que no me viera tirando del saco, porque cuando apareció yo apenas acababa de cerrar la puerta.

Siguió llamándome desde el exterior. Me retiré hasta el fondo, donde el establo, y miraba la puerta de metal y el paquete gris extendido en el suelo entre montones de heno y paja. No sabía qué hacer, pisoteaba el suelo para luchar contra el frío y cada vez estaba peor. A mi lado, los animales se quejaban. Tenían hambre y no entendían por qué no les traía su ración matutina, estando allí.

Esperé un poco a ver si se iba, me hice el muerto, vaya. Pero ella todavía me llamaba como si tuviera que verme, como si la tormenta no fuera razón suficiente para irse. Llamó a la puerta de metal, hizo que todo vibrara y a los animales no les gustó. Gritó de nuevo. Entonces decidí que no podía esconderme, que tenía que hablar con ella o se quedaría allí durante un buen rato. Traté de calmarme un poco, de no parecer presa del pánico, evité mirar a la mujer muerta y me acerqué a la puerta. Abrí el candado helado, hice girar la puerta unos centímetros y saqué la cabeza. Sonreía, pero por dentro no me sentía bien, no sabía qué hacer y solo quería que se largara.

Le dije lo primero que se me pasó por la cabeza, que estaba ocupado, que no tenía tiempo hoy. Sabía que a mi izquierda estaba la cabeza de la muerta que sobresalía de la lona, como si me observara.

Estuvo varios minutos insistiendo: incluso asomó la cabeza para ver el interior del granero, seguramente adivinaba que le ocultaba algo. No sabía qué decir, así que no le dije nada. Cerré la puerta suavemente, no sabía qué más hacer para darle entender que no era bienvenida. Su cara desapareció con la blancura del cielo y los prados de invierno y una ráfaga de copos arremolinados dentro del granero. La escuché resoplando detrás de la puerta de metal, pisoteando la nieve mientras pensaba: «Vete, vete», y sentía que mi corazón latía como un caballo. Finalmente se fue y me volví hacia la muerta.

Y ahora, ¿qué iba a hacer?

Habría podido llamar a la policía y contarles la verdad. Pero no lo hice. Primero, porque pensé que si la mujer estaba en mi casa, podría haber una razón. Yo quería entender cómo había llegado hasta allí, y además tenía la costumbre de arreglar mis problemas yo solito.

Terminé de alimentar a mi rebaño, los animales se hundían gozosos en el heno empujándose contra las barras de metal mientras Guillaume correteaba por el granero. Deshice la lona y la manta. Me senté en un viejo taburete de la época de mi abuelo, el que usaba para ordeñar, antes de que hubiera máquinas. A un metro de mí estaba el cuerpo, que había dejado reclinado contra un montón de paja. Estaba rígido, especialmente a nivel de los brazos y el cuello, en la parte inferior era más flexible.

Era una mujer rubia y a pesar de que su piel que había empezado a enfriarse y endurecerse, saltaba a la vista que era hermosa. Casi parecía dormida, incluso. Llevaba pendientes de oro que seguramente eran más caros que un tractor. Iba vestida para el invierno, incluso para hacer senderismo, pero con elegancia. Bueno, no soy ningún especialista, pero me pareció elegante, el cuello de tortuga blanco debajo de la parka. No olía mal todavía pero sabía que no tardaría en llegar el momento. Da igual si es un hombre, una mujer o una bestia, todos empiezan a apestar. Es así. Mamá tardó tres días, estaba tesa en la cama. Fue entonces cuando decidí telefonar al doctor. La entrada de la habitación olía horriblemente. Sobre todo porque era verano.

La observé un largo tiempo sin moverme, sin cesar de hacerme preguntas. Al menos, estaba seguro de que no conocía a esa rubia que nunca había visto en ninguna parte. Hay que reconocer que me pasaba el día encerrado en la granja no veía a muchas mujeres, así que no era probable que me equivocase.

No se había muerto sola. Había un rastro rojizo y un poco de sangre seca

alrededor de su cuello y no necesita haber visto muchas series en la televisión para saber lo que significaba. La habían estrangulado, estaba clarísimo. Un hombre o una mujer, pero me figuré que era un crimen más típico de un hombre. Debía ser el conductor del coche que había visto cerca de mi granja esa noche. Una historia de amor o dinero, algo así. y para deshacerse de ella, no había encontrado nada mejor que colocarla delante de mi granero. ¿Pero por qué yo? ¿Por qué aquí? ¿Qué significaba? No tenía vocación de enterrador.

Había mucho que hacer en la granja, así que al cabo de un rato me levanté y me puse a trabajar. Limpié los comederos, saqué el estiércol que se había amontonado en la pila de fuera, revisé el rebaño mirando con cuidado a las ovejas se acercaba el tiempo de los partos y era un momento sensible. Rasqué un poco las heridas que se habían hecho durante el verano y que aún no habían sanado bien. Especialmente las que les había causado el lobo, la noche en que clavó sus colmillos en la lana de mi ganado antes de ir a por el de los vecinos. Durante todo ese tiempo, por el rabillo del ojo veía de lejos la forma de la mujer muerta apretujada contra el pajar, y todo mi ganado detrás, los cientos de sacos cosechados en mis parcelas durante la primavera y en septiembre. Como el verano había sido muy seco, apenas tenía suficiente para pasar el invierno. Era una gran pila que subía hasta el techo, con algunos agujeros por donde había sacado algún saco de paja o de heno de vez en cuando, para darles de comer a los animales. Por el momento no me atreví a mover a la mujer, no sabía muy bien qué hacer con ella. Era extraño verla erguida contra el montón de heno, sin moverse, con sus ojos vacíos que parecían seguir todos mis gestos.

Al mediodía me tomé un vaso de genciana y me preparé una bandeja precocinada en la cocina. Sabía que no era un día como los demás. No lograba quitarme su cara de la cabeza. Pero no me asustaba, ni pensaba que fuera horrible o algo así. No era como en las películas de terror donde todo el mundo empieza a gritar a la primera de cambio. No, estaba tranquilo, había recuperado la calma: yo conocía la muerte. Solo me resultaba extraño que estuviera allí. Como si no fuera real.

Volví a verla por la tarde; no se había movido, por supuesto. Saqué más heno para las ovejas, que se arrojaron sobre él y limpié la nieve frente a la puerta porque estaba un poco atascada. La noche llegó rápidamente, me encontraba en el establo, iluminado por las luces de neón del techo y rodeado de oscuridad. Ya no nevaba. El cielo solo era negritud, y las formas un poco más claras de las nubes que se empujaban en las alturas. El frío me pellizcaba la cara. Era hora de

apagar la luz y volver a casa. Regresé al lado de la mujer muerta y me pregunté qué hacer. No sabía si era demasiado arriesgado dejarla allí, o si era algo que no debía hacer. Dudé un largo momento mirándola. Finalmente me decidí. La enderecé como pude, cosa que no fue fácil porque ya se había puesto bastante rígida, le quité las ramitas que se le habían pegado, y me fui hacia la salida. Cerré la luz y atranqué la puerta. Fuera, cuando encendí un cigarrillo, oí a las ovejas balar. Pero no como de costumbre: también sabían que algo había cambiado. Esa noche, no estaban solas.

Me desperté muchas veces esa noche. Imaginé a la mujer muerta sentada en la oscuridad de mi granero como si estuviera cuidando de los animales para mí. Abajo, el armario permaneció inmóvil.

—... víctima de la tormenta? Esta es la pregunta que los investigadores de la gendarmería se plantean, veinticuatro horas después...

No había caído. La radio por la mañana es más bien un ruido de fondo, como la televisión por la noche. Las enciendes para estar un poco menos solo. Los presentadores se convierten en parte de la familia, aunque a veces me gustaría que hablasen de mi mundo, el que a nadie le importa. La radio siempre está sobre la mesa cuando vuelves del granero, pero la oyes solo a medias. Es tu ventana en el exterior, hacia las vidas de los que vienen en verano, para que los hijos jueguen al aire libre.

—... Évelyne Ducat desapareció cuando...

Al escuchar el nombre, me di cuenta. Ducat. Me sonaba ese nombre. De hecho lo conocía muy bien. Subí el volumen.

—... Guillaume Ducat, oriundo de la región, no tiene noticias de su esposa desde el martes. Cuando fue a buscarla por la mañana, descubrió su coche abandonado en la entrada de la ciudad, al pie de una ruta de senderismo, e inmediatamente se puso en contacto con la policía para informar de su desaparición...

—Putá mierda... —dije en voz baja.

Volví rápidamente al granero y me planté frente a la cara helada de la muerta. La observé minuciosamente, a ella y a su cicatriz azul alrededor de su cuello, pero ya no como el día anterior.

Porque ahora sabía que era la esposa del pedazo de imbécil de Guillaume Ducat.

No había oído ese nombre durante quince años y esperaba no volver a oírlo

jamás. Pero aquí volvía, arrastrando consigo los viejos recuerdos familiares de mi bisabuelo.

Los Ducat habían sido nuestros vecinos. Como nosotros, llevaban décadas en la región y criaban las mismas razas de ovejas en la misma tierra pedregosa y agrietada. Hacían pastar a sus rebaños en los campos de al lado y nuestras parcelas y las suyas estaban mezcladas, un desastre. Podría haber ido bien, las dos familias se habrían dado la mano en los momentos de dificultad, compartido los materiales, ayudado mutuamente en nombre de la solidaridad campesina. Pero las cosas no fueron así. Más bien, entre las dos familias había odio. No sabíamos cómo empezó todo, alguien decía que se trataba del reparto del agua de un riachuelo, que los Ducats se habían desviado de uno de nuestros canales para alimentar su granja. Ellos afirmaban que no, que no provenía de allí, que mi bisabuelo ya respetaba los límites de sus tierras. No estaba claro quién tenía razón, pero lo que sí sabíamos era que nunca nos podíamos llevar bien con esos bastardos que no respetaban a nada ni a nadie, y ellos, sin duda, pensaban lo mismo de nosotros.

Solo recuerdo las malas jugadas que nos hicieron. La peor, quizá un día cuando era un crío, cuando una mañana dos ovejas de papá habían muerto retorciéndose de dolor en medio del rebaño. El veterinario había llegado, y había encontrado agujas en sus estómagos. Nunca lo confesaron, pero para nosotros no fue difícil adivinar que los Ducat habían sembrado de agujas el heno que habían comido. ¡Hay que ser hijo de puta, agujas en el heno! Entonces compramos un perro nuevo y lo llamé *Guillaume*. Como el hijo Ducat. Todavía veo a papá acariciando la cabeza del cachorro en los escalones de la casa. Sí, es el nombre de un bastardo, dijo fijando la mirada en los edificios de los Ducat, a unos cien metros del nuestro. Desde ese día, todos nuestros perros se llaman así, para no olvidar cuánto odiamos a nuestros vecinos.

Los años transcurrieron entre odios y conflictos cada vez más mezquinos, con los que crecí y no iba a ser yo quien lo cambiara. No en vano fueron los últimos en irse de aquí antes de que yo me quedara solo. Se aferraron a su dominio tanto como pudieron para no soltarlo. Pero Guillaume, que era hijo único, no quería trabajar en la granja. Tenía ambición, ganas de engañar, de ganar dinero, solo tenía esa palabra en la boca, y limpiar mierda de oveja no estaba hecho para él. Se fue a la ciudad, oí que había hecho una fortuna en París, incluso. Fingí que no me importaba, pero incluso cuando hablaban de él, prestaba atención, y me decía, mierda, ¿y yo que demonios hago aquí?

Cuando el viejo Ducat ya no pudo llevar la granja se fue a morir a una residencia de ancianos de cuatro estrellas en la costa, y vendió sus tierras.

Mierda, tendríamos que haberlas conseguido, porque nosotros estábamos allí desde siempre, junto a ellos, y a nuestra propiedad que se había ido fragmentando con los años le habría ido bien. Ya no hubiéramos tenido que mover el rebaño a izquierda y derecha cada primavera y cada verano. Papá y mamá ya estaban muertos, les habíamos hecho una oferta por sus tierras aunque no nos hacía ninguna gracia darles dinero a los Ducat. Pero antes de permitir que nosotros les compráramos la granja se habrían dejado arrancar las entrañas. Hicieron todo lo posible para asegurarse de que no sucediera, duraron dos años. Y lograron impedirlo. Las tierras se perdieron, las malvendieron a pedazos, algunas a granjeros de la otra punta de la montaña, los que compraban cualquier cosa para tener más superficie y aspirar a más primas europeas. Otras se vendieron al gobierno de la región, para no sé qué proyectos que nunca se llevaron a cabo, y el trozo más apetecible se lo guardaron y lo alquilaban a un muchacho que vivía en el pueblo de al lado. Un buen desastre, eso es lo que pienso del negocio. La casa permanecía vacía casi todo el año, y se convirtió en una segunda residencia. Cada verano aparecía alguien distinto, gente que se me acercaba a hablar conmigo con un enjambre de niños y que fingían interesarse por mi vida.

Pero Guillaume nunca volvió a poner los pies aquí. Quince años después no lo habíamos visto por las montañas. Ni siquiera sabía que se había instalado de nuevo en la zona, pensaba que se iba a quedar para siempre en la ciudad y la verdad, saberlo lejos no me iba nada mal. Era la única ventaja de vivir solo como un perro, al menos no tenía que soportar a los Ducat.

Excepto que ahora tenía frente a mí a su esposa muerta, recostada contra un montón de heno. Y mientras la miraba desde todos los ángulos como si fuera solo para mí, no adiviné qué hacía allí, finalmente. No soy muy bueno con las palabras, pero pensar se me da mejor. Guillaume se había casado con esa hermosa rubia que tendría nuestra edad, unos cuarenta y cinco años, diría. Probablemente había vivido con ella durante unos años, había disfrutado, había tenido hijos con ella. Y luego un día, dejó de funcionar. Siempre había sido así, tomaba lo que quería y una vez había terminado con eso, lo tiraba al suelo.

Así que debió ser él quien mató a su mujer, así de claro.

Tal vez por un capricho, una discusión que terminó mal, o tal vez llevaba planeándolo durante meses, no tenía ni idea. Pero sí le creía capaz de hacer algo así. Como su padre: de matar a dos ovejas con agujas a estrangular a tu mujer, creo que solo hay un paso. Excepto que cuando has estrangulado a tu esposa, y tienes el cadáver ahí tirado en medio de tu sala de estar, tienes que hacer algo al respecto. Puedes esconderlo en tu bodega o enterrarlo en el jardín, pero es

arriesgado. La policía terminará por encontrarla. Así que buscas una solución. Y de repente se te ocurre pensar en el viejo Joseph que siempre está allí en la montaña, solo en su aldea y con su perro, al que nunca has podido joder a fondo. Te dices que tu palabra de rico valdrá más que la de un campesino que hace cuatro días estaba con un cuadro depresivo y a punto de irse a la mierda.

Y no es cualquier campesino: es alguien que te odia desde que naciste, hasta el punto de que llama a su perro como tú. Hace mucho que no tienes contacto con él, pero seguro que sabe que has regresado a la región y, celoso y amargado, hay quienes creerán que él mató a tu esposa.

No lo piensas más. Dejas el cadáver en casa durante la noche. Al día siguiente denuncias su desaparición. Porque de una forma u otra, conoces a Joseph, y sabes que no le quedará más remedio. Que si llama a la policía, cuando encuentre el cadáver, serás el primero en acusarlo y recordar todo el pasado que muchos han olvidado. Habrá dos o tres ancianos para confirmarlo y también dirán que Joseph estaba furioso porque no quisiste venderle tus tierras años ha.

Estaba pensando a doscientos por hora. No había otra explicación. En ningún momento pensé que no lo hubiera hecho él.

El hijo de la grandísima puta me había tendido una trampa.

Los caminos de la meseta estaban resbaladizos, la nieve comenzaba a derretirse sobre el asfalto y era una capa gris capaz de hacerte bailar un vals sobre las parcelas que había al lado de la carretera, antes de que tuvieras tiempo de decir mierda. Conduje muy lentamente mientras me fijaba en los muretes de piedra a través de la niebla, en el parabrisas. El viento había esculpido ventisqueros detrás de cada relieve. Los criadores saldrían lo menos posible, esperando a que subieran las temperaturas, cuidando de su rebaño antes de que llegara el momento de que los animales parieran.

Llevaba dándole vueltas al asunto desde la mañana. Estaba convencido de que, de hecho, no tenía muchas opciones. Si llamaba a la policía, no tenía ni idea de dónde terminaría la cosa. Igual me colgaban el muerto, como pasaba en las series de la tele, y nadie me creería si les decía que la muerta había aparecido, ya tiesa, delante de mi granero. Si me plantaba en la mansión de Guillaume para pedirle explicaciones, igual. Y además. La verdad es que no quería. Probablemente ya lo tenía todo pensado, y sabía cómo poner a la gente de su parte, iría a ver a la policía y les convencería, o a los periodistas. Habría dado cualquier cosa por evitarlo. Allí, conduciendo por la meseta entre las tierras

cubiertas de nieve, haría lo que él hubiera hecho en mi lugar: ocuparme del cadáver. Solucionar el problema. Como siempre había hecho.

Sabía qué tenía que hacer.

La meseta es un verdadero queso de gruyer, en todas partes hay gargantas, agujeros excavados por la lluvia en la piedra caliza y que conectan la superficie con las profundidades. Allí, antaño, creían que estaban las puertas del infierno, y que al lado de los cadáveres de perros, ovejas, niños y ancianos que se habían precipitado al fondo de las gargantas sin prestar atención, también había espíritus y monstruos. Decían que por las noches se oían a todos los que estaban atrapados en el fondo quejándose, y que las voces de los muertos ascendían de las mismísimas entrañas de la tierra. Sabía de dos o tres que había cerrado para no perder ningún animal, porque me había pasado alguna vez. Así que pensé que era una solución, que si algún día tenía que hacer desaparecer algo, esas gargantas eran un alternativa.

Detrás del montículo donde algunos juraron haber visto al lobo el año pasado, bordeé las grandes rocas de formas extrañas, casi como hombres retorcidos y jorobados. Pero a la entrada de la carretera, tuve que detenerme.

Dos gendarmes que ya estaban allí.

Estaban envueltos en sus abrigo azules, charlaban alrededor de un mapa extendido en el capó de su auto. Cuando me vieron venir, me hicieron señas y se acercaron a mi ventana. Todavía sentía que mi corazón latía acelerado en mi pecho y un golpe de calor se deslizó por mis brazos. Abrí la ventana y el frío me cayó encima. El joven me dijo hola. Hice lo mismo. Se presentó: «Soy el mayor Vigier», lo dijo muy serio. Me preguntó si vivía en la zona, le dije que sí, que tenía una granja allí detrás. Tenía la cabeza de un niño, la piel suave debajo de su gorra y la cara puntiaguda, con pómulos y mentón señalados.

—¿Ha notado algo fuera de lo común desde ayer?

Fingí pensar, luego sacudí la cabeza.

—¿Buscan a la desaparecida?

—Sí —suspiró como si ya llevaran con el tema dos semanas—. Hemos desplegado las partidas de búsqueda en todas partes. Podría haber venido aquí, según lo que nos han dicho. Esperamos el equipo necesario y a nuestros colegas, para peinar las gargantas.

Mierda, pensé. Pero solo dije:

—Ah.

—Insisto, eh. Si ha visto algo, por insignificante que sea, podría ser útil.

—Sí. Pero es que no salgo demasiado, ¿sabe?

—Comprendo. Debe estar ocupado, supongo.

Vaya, se interesaba por mi trabajo. Se estremeció un poco, de frío, agarrándose el cuello con el guante. Luego me miró de nuevo.

—¿Dónde iba?

Dudé. No me gustó el tono de su pregunta.

—Allí. Iba a hacerme con una bala de heno, no se lo había dicho. Disculpe.

—De acuerdo. No le entretengo más.

—Vale.

Subí la ventanilla y volvió con su colega. Seguí por el camino, haciendo un gran desvío para que no me vieran. Bordeé hileras de pinos negros con las ramas hundidas por el peso de la nieve, las residencias secundarias abandonadas durante el invierno, las gargantas que se aún podían distinguir bajo la capa blanca de nieve. Y volví a mi granja. Me fumé un cigarrillo al bajar del coche, a pesar del frío. y al salir me fumé un cigarrillo en el frío.

Tenía que olvidarme de las gargantas, por el momento.

No tuve elección, la muerta tuvo que quedarse allí, al menos por un tiempo. Se acumularían las búsquedas, y un día decidirían que había desaparecido para siempre. Guillaume fingiría haberse resignado. Y todos seguirían adelante, y la radio encontraría otros temas más vendedores. Pero mientras tanto, el lugar más seguro seguía estando aquí. A mi casa no venía mucha gente.

Así que saqué el cuerpo del maletero de mi coche, lo llevé al establo y lo apoyé contra el silo. Era ligero, más fácil de transportar que el día anterior. No sé por qué, pero me parecía importante sentarla, no me parecía bien recostarla o dejarla tirada en el suelo, de cualquier manera. No era correcto, me dije. El perro no dejaba de dar vueltas a su alrededor, así que le grité que la dejara en paz. Todavía no olía mal, probablemente por el clima frío, y además con los animales justo detrás, el hedor de las bestias era más fuerte.

Fui a buscar el tractor que estaba guardado detrás del edificio, con las ruedas en la nieve. Subí a la cabina, me quité los guantes y encendí el motor. Lo hice entrar en el granero con la puerta abierta y dispuse los dientes de la parte delantera del vehículo. Era un enganche de tres puntas, usado, que había comprado antes de la muerte de mamá para facilitar mi trabajo. Me puse frente a la montaña de heno, empujé las puntas en los cubos superiores y comencé a mover los sacos mientras maniobraba en el suelo de cemento. Me acerqué, volví a clavarlas, y las deslicé hacia un lado. Me llevó tiempo pero sabía cómo hacerlo. Era como construir un castillo de cubos cuando era niño, tuve que

asegurarme de que no se derrumbara contra las paredes. Continué y, finalmente, después de un montón de viajes, había conseguido abrir un pequeño espacio detrás de tres filas de sacos y de rollos de heno, con una especie de pasillo de acceso. Así que salí de la cabina del tractor, fui hacia la muerta y la arrastré al suelo, volví con ella hasta el hueco de heno y la dejé allí sentada, en el agujero en medio de mis provisiones de invierno. Como una pequeña habitación solo para ella. A mano, cerré la entrada con algunos sacos apilados.

Volví a la pared del fondo y observé el resultado. Hasta parecía que tenía más heno. Pero si nadie te lo decía, era imposible adivinar que allí había una mujer escondida.

Me sentía muy orgulloso de mí mismo.

Pasaron varios días.

La nieve se derritió un poco y las estepas amarillas y grises volvieron a bloquear el paisaje como siempre lo habían hecho. La hierba se había secado por debajo, y los cardos apuntaban sus picas entre los montones de piedras. Logré sacar el rebaño para que las ovejas estiraran las piernas, porque pronto necesitarían sus músculos. Era un poco extraño, tener a esa mujer escondida en mi granero, no sabía explicar cómo me había cambiado. Pero no era horrible o desagradable. Cada mañana y cada tarde sacaba los sacos de heno, y cada vez dejaba cerrada la extraña puerta vegetal, que ocultaba el escondrijo. Intentaba imaginar cómo sería por dentro, en la pequeña cavidad que había hecho para ella.

No pensaba mucho en Guillaume ni en la jugada que me había hecho. No me importaba, ya no me interesaba. En los telediaros se hablaba mucho del tema, continuamente aparecían imágenes de la policía y los bomberos peinando las montañas o por los senderos de los valles con la esperanza de encontrar a la muerta entre los troncos de los castaños. De vez en cuando salía un fiscal o no sé quién y hacía un resumen de la cuestión, los periodistas se imaginaban la existencia de un asesino venido de otro lugar, los lugareños volvían a contar las viejas leyendas olvidadas, que causaban gran desazón entre la gente. Y a mí, de noche delante de mi televisor, me gustaba decirme que estaba en mi casa, que jamás iban a encontrarla, y que iba a convertirse en una especie de leyenda local. Y yo sería el único que sabría la explicación; bueno, yo y Guillaume. Eso me gustaba. Pero sobre todo prestaba atención cuando hablaban de ella. Porque quería saber a quién hospedaba en mi granero. Sabía que estaba muerta y que no tenía sentido, pero no importaba, me interesaba.

Évelyne, así se llamaba, y pensé que era un nombre bonito. Tenía cuarenta y nueve años, tres más que yo. Era una mujer de la ciudad, una urbanita que había venido a vivir a nuestro rincón perdido solo para seguir a su esposo, que quería comenzar un negocio en su región natal. Según decían, ella no trabajaba, los hijos habían crecido y estudiaban en las mejores universidades. Por eso cuando no los iba a visitar, se quedaba en casa. A veces le gustaba ir de excursión porque, a pesar de todo, era bastante deportista, se cuidaba. Enseñaban fotos de ella y la verdad es que sí era una mujer muy hermosa, como ninguna que hubiera conocido. Y sobre todo, como nunca hubiera podido aspirar a tener. No era una mujer que aguantara la vida en la meseta, seguro que no habría durado mucho tiempo. Supuse qué debía pensar de los campesinos de la zona, seguro que hablaba de nosotros con un rictus de desprecio o con la falsa amabilidad que yo conocía demasiado bien.

Pero todo eso era antes. Ahora estaba allí. Y nadie podía cambiar eso.

Cuando sonó el teléfono esa tarde, me sobresalté. No era habitual que me llamaran a casa. A veces los compradores de carne, preguntando por los corderos, pero la mayoría pasaban sin avisar, porque era más sencillo y yo siempre estaba allí. El sonido del teléfono llenó la cocina y fruncí el ceño. Me levanté y puse el tenedor sobre la mesa, caminé hacia el auricular conectado a la pared. Lo levanté. Al principio, no oí nada.

—Hola —dije. Nadie respondió—. Hola, ¿quién es?

Escuché la respiración de una persona, y por un momento imaginé que era Guillaume. No se había resistido a llamarme, el idiota, se moría de ganas de preguntar cómo me iba, qué había hecho con el cuerpo, por qué no le había dicho nada a nadie a pesar de que eso lo arreglaría todo. Porque cuanto más tiempo pasaba con su esposa muerta en casa, menos creerían los policías en mi historia, no me hacía ilusiones al respecto. Yo sería designado como el único asesino, estaba más claro que el agua, el que se inventaron los periodistas para asustarnos. El tipo raro, que vivía recluso en su granja y que se había vuelto loco, decidido a vengarse de su enemigo de la infancia.

Pero no era Guillaume.

—¡Hola! ¿Quién es? —repetí, más fuerte.

Y finalmente habló. Reconocí su voz de inmediato.

—Joseph. Soy... soy yo. Alice.

Alice, la trabajadora social. Su voz temblaba un poco, como si fuera a

llorar. Me quedé en silencio durante unos segundos.

—Joseph. ¿Qué pasa?

Exhalé lentamente.

—¿Por qué no me dices nada?

No sabía qué responderle. No quería hablar. Le di varias excusas, de un tirón.

—Estoy ocupado, tengo mucho trabajo con los animales.

—Lo sé, Joseph. —Repetía mi nombre, un truco de psicólogos que siempre había empleado. No me engañaba—. Pero hay algo más, ¿no? ¿Hice algo que te disgustó?

—No.

—¿Puedo ir a verte? No sé, ¿mañana, por ejemplo? Podríamos hablar.

Fingía preocuparse por mí, pero me pareció que era ella la que lo necesitaba más que yo.

—No, mañana no tengo tiempo.

—Joseph...

—Lo siento.

Insistió de nuevo y yo realmente no sabía cómo explicarle que no quería volver a verla. No quería decirle algo desagradable, porque siempre se había portado bien conmigo. No tuve elección.

—Adiós —dije. Y colgué.

Volví a sentarme, encendí un cigarrillo y por un momento no me moví. No lo entendía. Nunca había entendido qué sacaba ella de su historia conmigo. Pero lo comprendía aún menos, ahora: por qué estaba tan ansiosa por verme cuando tenía a su esposo en casa. Me parecía un comportamiento muy extraño, y al reflexionar sobre ello, me pregunté si todas las mujeres serían iguales. Si las relaciones entre hombres y mujeres siempre eran tan complicadas.

De repente, me levanté. Cogí la lata de conservas, con el tenedor clavado dentro, y salí de la habitación. Dejé al perro en la casa para relajarme un poco y fui hacia el granero. Allí me acerqué a la montaña de heno, que había disminuido un poco en los últimos días, y aparté los sacos que ocultaban el escondite. Me metí dentro, hasta el hueco donde descansaba Évelyne Ducat. Con el almuerzo en la mano, me senté frente a ella.

Contemplé de nuevo a la mujer cuyo rostro comenzaba a ponerse verde y cuyos cabellos se caían, mezclándose en el suelo con los tallos de heno. No quedaba mucho de la bella parisina que se había casado con Guillaume. Ya empezaba a oler mal y una sustancia desagradable fluía de su nariz. Pero no me importó. Enderecé su pecho, me apreté contra una esquina, le coloqué mejor el

suéter sucio y arrugado que aún la cubría. Entonces me di cuenta.

La bola de angustia de mi estómago, la que me seguía a todas partes, que nunca me abandonaba y que me dolía, ya no estaba allí.

Seguro que suena extraño, lo sé. Pero desde que decidí ocultar el cuerpo en mi casa, e instalarlo en mi granero, desde que estaba cerca de mí cuando volvía de cuidar de mi rebaño, me sentía menos solo. De hecho, no sé si debería decirlo, pero hacía mucho tiempo desde que me sentía tan bien. Estaba tranquilo y casi relajado. Era como si Évelyne Ducat me perteneciera un poco más a mí y menos al hombre que la había abandonado en mi puerta. Como si ella me necesitara.

Nunca había logrado vivir con una mujer. Nunca había entendido lo que esperaban de un hombre, ni con Sophie ni con la trabajadora social que se aferró a mí por una razón que aún no comprendo. Me entristecía un poco confesarlo, pero en el fondo, quizá esa era la única relación que podía tener. Cuidar de una muerta como ya había hecho antes con mamá.

Pégouse fue la primera en dar a luz. Un pequeño cordero que salió sin problemas, como ya anticipaba, y por eso no me preocupé demasiado. Pero aun así, me quedé cerca, no sabes lo que puede pasar. El parto es un momento difícil, siempre hay que estar disponible para llamar al veterinario si hace falta una cesárea. Incluso por la noche, a menudo te levantas para verificar que todo esté bien. Los que se lo pueden permitir instalan cámaras en los establos y vigilan así a los animales, desde su habitación. Pero yo hago lo mismo que mi padre: no me muevo del establo. Perdí dos o tres animales así, cuando no me ocupaba de la granja, y ahora soy más cuidadoso. De día, vivo en medio del rebaño, y también como con ellas. Y por la noche, me siento encima de un montón de paja, en una esquina. Por supuesto, con el ruido que hacen, duermes a medias, pero al menos estás cerca de las bestias. Hay noches en que las odias, y les sueltas un buen golpe, deseando que se callen y te dejen tranquilo un momento. Otras veces te aguantas porque sabes que es así todos los años y todo volverá a ser igual el próximo invierno.

Pero ese año no fue así. Pasaba las noches allí, daba vueltas sobre mi pequeño montón con paja, que se metía bajo mi jersey y me picaba, y entreabría un ojo tan pronto como una oveja se ponía de parto.

Entonces, vigilaba el nacimiento de los corderos, y me aseguraba de que las madres los dejaban mamar. Solo que a veces, cuando el sueño no llegaba,

mientras el viento hacía que las paredes de metal vibraran y los corzos aullaran, me dirigía al montón de heno, abría el escondite e iba a sentarme cerca de la puerta, al lado de los restos de Évelyne. Me quedaba allí, silencioso como siempre he sido. Me gustaba. Estaba más cómodo sin hacer nada con ella, que buscando qué decirles a las demás mujeres. Era lo que necesitaba, en cierto modo. La cuidaba un poco, apartaba el heno que le había caído encima, alisaba los pliegues de su ropa cuando esta se había arrugado. Era muy consciente de que estaba muerta, porque ya olía a carroña, como los animales medio devorados por los lobos que a veces encontraba en mis tierras. Me daba cuenta de que su cuerpo se descomponía día tras día, que ya no tenía ojos en sus órbitas huecas, que sus venas negras eran visibles bajo la piel de su cuello, que su cuerpo soltaba líquidos y sustancias que fluían de ella y que empapaban su ropa. Gracias al frío, la descomposición era tan rápida como pudiera imaginarse, y yo era capaz de soportarlo. Todos los días sacaba varios sacos de heno, con los que alimentaba a las ovejas. Los iba sacando de los lados del escondite, maniobrando el tractor en el establo, girando alrededor de la cavidad para que no se cayera. A medida que la temporada avanzaba, mis pilas disminuían, y los bordes se acercaban lentamente a lo que estaba ocultando tras ellas.

La casa estaba en silencio, no volví a oír ruidos procedentes del armario durante la noche, cuando volvía a mi habitación. Parecía que la presencia de Évelyne lo había calmado todo, que ninguno de mis fantasmas tenía nada que decir al respecto. Me tranquilizaba, especialmente los días en que me preguntaba si no estaría volviéndome loco, por convivir con un cadáver como si me hubiera casado con él.

Quizá sea difícil de creer, pero fue un período más dulce que otros años. A menudo pienso en ello.

La televisión volvía a comentar el caso de vez en cuando, porque ahora que ya no había nieve, habían reemprendido la búsqueda, pero el misterio permanecía intacto. Ya no creían en la posibilidad de encontrarla. Una vez, la policía pasó por mi casa. Habían avanzado un poco más en la investigación, sabían que los Ducat habían vivido en la casa de enfrente, hacía tiempo. Pero no tenían nada contra mí, por supuesto. Guillaume no les había dicho nada. Me hicieron preguntas, respondí, pero no fue muy lejos. No me preocuparon. Todavía no, en todo caso.

Lo que sí me preocupaba, en cambio, era la trabajadora social. A veces, por la noche, sonaba el teléfono y cuando descolgaba, no me contestaba nadie. Sabía que era ella y me preguntaba por qué lo hacía. No la entendía. Algunos días incluso la veía en la meseta, con su coche. Aparcaba en la entrada de la carretera

y se quedaba allí sin hacer nada, observando mi granja desde lejos y lo que yo hacía. No pensé que sospechara nada, pero temí que, al observarme, descubriera mi secreto. Y que se convirtiera en un problema.

Porque, aparte de ella, me aseguré de no ver a nadie. Los nacimientos de los corderos de ese año se quedarían entre mí, las bestias y la muerte.

Sabía que no tendría suficiente heno; lo sabía desde el comienzo del invierno. El verano había sido demasiado seco, y no había podido cosechar lo que necesitaba para pasar el año. Mis sacos de paja salieron uno por uno de los estantes, hasta el comedero de las ovejas, y el montón se encogió sin que pudiera evitarlo hasta que un día ya no me quedaba casi nada. Eran más de treinta sacos apilados que formaban un cubo de aspecto minúsculo bajo el techo del granero. Justo detrás de la primera fila, estaba el escondite. El cubo era la casa de Évelyne, y de ahí procedía el olor a muerte. No tardaría en verme obligado a extraer el heno de esa última pared.

No me quedó elección.

Una mañana, descolgué el teléfono, aunque no me gustaba, y llamé a mi proveedor para advertirle que iba hacia su almacén. Enganché el remolque al tractor y sin pausa tomé el camino hacia el valle. Había pasado un tiempo desde que me alejara de la meseta, y se me hacía extraño irme, dejar mi casa sabiendo lo que había en mi granero. Todavía no era primavera, pero ya el cielo era menos gris. Entre las piedras asomaban verdes los matorrales de hierba pastarían las ovejas en el verano. En el cielo, los buitres parecían esperarlas mientras giraban en silencio. La alondra había regresado de su viaje, lo divisé en las piedras, sus colas rojas saltando entre los enebros. Observé las rayas blancas a través de las ventanas sucias de mi cabina, con la chaqueta puesta y los dedos aferrados al volante. A esta velocidad me llevaría tiempo llegar, lo sabía, tenía una hilera de coches pegada a mi parachoques que debían estar acordándose de mí. El tractor rugía en las curvas.

Siempre compraba heno al mismo tipo, un granjero que posee una hermosa área de hierba en la ladera de la montaña y junto al río. Nunca me hacía demasiadas preguntas, y eso me convenía. Me ayudó a cargar los sacos adicionales en el remolque, lo dejé todo bien atado para que no se deslizara en la carretera y volví a poner en marcha el motor del tractor. Conduje durante dos pequeños kilómetros siguiendo el curso del río y pensando en Évelyne, sola en la montaña. Dejé atrás un desvío. Entonces, me detuve de inmediato al borde de la carretera.

Reconocí perfectamente el camino que ascendía por una pequeña colina con una roca blanca en la entrada. Lo había visto en la televisión.

Ahí vivía Guillaume. Y tal vez fue allí donde mató a su mujer.

Pasaba a menudo por allí cuando bajaba de la granja, pero nunca había reparado en ese sitio. Desde que Évelyne estaba en casa, no había querido abandonar la montaña. Pero ahora que estaba allí, con el camino justo frente a mí, era diferente. De repente, tuve curiosidad. Quería saber en qué tipo de mansión se había instalado ese bastardo al dejar la capital. Y, sobre todo, quería ver dónde había vivido su esposa antes de morir. Para conocerla un poco mejor. Dudé unos segundos en la cabina del tractor, mierda, era una estupidez que lo iba a joder todo. Pero finalmente salí. Estacioné mi vehículo y el remolque un poco más lejos, al final de una pequeña pista que no se veía desde el camino, y volví a la entrada.

A ambos lados de la carretera que iba a la casa de Guillaume había un pequeño bosque. Me adentré entre los troncos grises de los abedules, oculto. El suelo era suave y estaba cubierto e hojas descompuestas. Avancé unos cincuenta metros aproximadamente. Detrás de los árboles, divisé la casa. Menuda choza. Un engendro arquitectónico con el techo plano y con las paredes forradas de tablillas de madera verticales, y también un gran ventanal que daba a todo el valle. No tenía nada que ver con la barraca en lo alto de la meseta, no lejos de la mía, en la que había crecido. Debió haberle costado un ojo de la cara. Había un 4x4 aparcado delante, pero al principio no vi a nadie, y seguí observando escondido desde los árboles. Vi la terraza en el piso de arriba y traté de imaginar a Évelyne bebiendo vino o fumando un cigarrillo allí, sentándose como una elegante burguesa y disfrutando de la vista o los pájaros que volaban de rama en rama. Fue agradable pensar en eso, como si así la ayudara a vivir de nuevo. Continué mi recorrido alrededor de la casa. Incluso habían construido un pequeño edificio auxiliar, un garaje o una sauna, qué se yo. Miré la hora. No debía perder el tiempo, mis ovejas no tardarían en tener hambre. Estaba a punto de irme cuando oí su voz. Me di la vuelta.

Guillaume estaba allí, en los escalones de su castillo moderno.

A unos metros de mí.

Estaba llamando a alguien desde el móvil. Había cambiado, sin duda, pero no me habría costado reconocerlo. Tenía una gran protuberancia en la frente y parecía orgulloso de eso, no trataba de ocultarlo. Casi no tenía pelo en el cráneo. Vestía tejanos y una camisa blanca, como las personas de aspecto elegante. Recordé cómo éramos de pequeños, las rencillas entre nuestras familias, el momento en que el viejo Ducat nos había impedido el paso por sus tierras y todo

nuestro rebaño se había tenido que conformar con la carretera. Para él, que había vivido en otro lugar, esa época debía quedar muy lejos.

Me acerqué, sigilosamente, y en el silencio, logré escuchar su conversación.

—Sí, me gustaría que vinieras... Sí, estoy seguro, te necesito.

No era difícil adivinar que estaba hablando con una mujer. Con otra.

—Todavía no lo han encontrado, y ya no creen que sea posible... Eso es lo que me dijeron.

Fingía no saber dónde estaba. El muy mentiroso.

—Reservaré tu billete. ¿Vendrás aquí, de acuerdo? Estarás bien, ya verás. Vamos a...

Se detuvo en seco. Miraba en mi dirección.

Sin darme cuenta, había pisado una rama y desde el bosque, oyó el ruido.

Dejé de moverme y también de respirar. No podía verme, entre los troncos y el follaje. Sabía que no podía verme, me repetía a mí mismo. Se movió y seguía escudriñando el bosque. Duró varios segundos.

—Discúlpame —dijo finalmente a su interlocutora—. Creí... No, no es nada.

Se apartó y comenzó a hablar de nuevo.

Creo que no me vio, debió creer que el ruido procedía de algún animal oculto entre los árboles.

Esperé nuevamente para asegurarme. Se dirigió hacia el otro extremo de la casa. Me retiré al pequeño bosque, aplastando las hojas en el suelo. Me mantuve a una distancia segura, y volví al camino pensando en Guillaume, que no había tardado mucho en reemplazar a su esposa, por lo que parecía. Confirmó la opinión que siempre había tenido de él.

Me apresuré a volver al tractor.

Me llevó más de dos horas regresar a la meseta. Al tractor, inclinado con el remolque lleno, no le fue demasiado bien el ascenso. Cuando pasé por los acantilados que se levantan al borde de la meseta, y volví a las carreteras que se cuelan a través de las tierras que siempre han sido mías, no estaba enfadado. Abajo, no me sentía a gusto, mucho menos ahora que había vuelto a ver la cara de Guillaume.

Divisé mi granja desde la distancia, y la cruz que se yergue en la entrada a la carretera. Tenía prisa por llegar. No esperaba cruzarme con la trabajadora social. Me dejó atrás con su automóvil y vi que había reconocido mi tractor.

Esperaba que siguiera su camino, pero no lo hizo. Dio la vuelta y se quedó pegada detrás de mí. No me gustó. Tenía que ocuparme del heno y no quería que entrara en el establo. Era arriesgado, por el olor y la pila de paja en el medio del establo. Así que avancé, y aparqué. No me gustaba ser grosero, pero hice mi trabajo como si ella no estuviera allí. Saqué los sacos del tractor un por uno y los llevé al granero. Los coloqué al lado del escondite de Évelyne, como si nada.

La trabajadora social apareció en el portal. Era la primera vez que nos veíamos desde el día en que descubrí la muerta en mi casa. Apenas la reconocí. Parecía nerviosa y me seguía a todas partes. Volvió a descargar una batería de preguntas que yo no quería escuchar. «Tenemos que hablar», repetía, como si hablar fuera a cambiar algo. No me gustaba su comportamiento, cada vez entendía menos lo que pretendía de mí, por qué actuaba como actuaba. ¿Qué había hecho yo? Ni siquiera la entendí cuando me soltó una frase que no tenía sentido para mí:

—¿Por qué le hiciste eso?

Pensé que estaba loca. Seguí trasteando con los sacos de heno, mientras todo mi cuerpo me gritaba que debía conseguir que se fuera. Hice cinco o seis viajes así.

Al cabo de un momento, me siguió hasta el granero. Eso me asustó. Sí, me preocupaba que descubriera lo que ocultaba. Sé que no estuvo bien, pero le grité. «Vete de aquí —le dije—. ¡Vete de una vez!» Estaba más molesto de lo que pensaba, porque la imaginaba en el establo, y ese lugar era solo para mí y para la muerta. Entonces se dio cuenta de que algo no iba bien, de que había pulsado un nervio. Giró la cabeza en dirección al heno y juro que mi corazón pareció salirse del pecho. Ya está, me dije. Ya lo sabe. Debió percibir el olor de Évelyne.

Fue entonces, cuando la trabajadora social miró a mis espaldas, cuando sentí que se acercaba el fin.

Transcurrió una semana y todos los días volvía al escondite para quedarme un tiempo con Évelyne. Estaba ya irreconocible, su piel se había ennegrecido y estaba seca, como el cartón, en algunos lugares incluso se había despegado. Sus dedos estaban descarnados, como las puntas de los guantes. No era agradable verlo. Afortunadamente, el olor era bastante menos fuerte que antes. Tenía la impresión de que su cuerpo comenzaba a desaparecer y eso no me gustaba. Me entristecía, porque no había manera de detenerlo, y me había acostumbrado a su

presencia, junto al rebaño. Todos los corderos ya caminaban y merodeaban entre los pies de sus madres. Sabía que algún día tendría que dejarla, que no podría quedarse allí para siempre porque algún día alguien la encontraría, y al final daría con mis huesos en la cárcel por algo que no había hecho. Pero no podía decidirme, cada vez postergaba el momento. Venga, un día o dos más, me decía.

Recuerdo la última noche, justo antes del final. Cuando llegó el momento de ir a la cama, no subí a mi habitación. Me vestí de nuevo para salir, encendí un cigarrillo, y caminé hacia el establo con una linterna que dibujaba un círculo amarillo en el barro. No había una nube encima de mí, veía todas las estrellas perforando el cielo en un billón de pequeños puntos blancos. Llegaba el ulular del viento en la noche y la extraña canción del sapo partero en algún lugar de los pastos. Tiré de la puerta. Las ovejas me oyeron llegar, estaban agitadas tras la pared del establo.

La pila de heno había menguado de nuevo. Abrí la puerta del escondite y entré. No iluminé la cara de Évelyne, sabía muy bien qué aspecto tenía ahora. Apestaba cada vez menos. Apilé un poco de heno del suelo y me estiré allí en la oscuridad. Esperé largo tiempo a que el sueño se apoderara de mí, diciéndome que era una de las últimas noches de esta temporada, tan diferente de las demás. Que pronto mi vida volvería a su curso normal, que nuevamente sería un campesino solitario sin esposa, sin hermanos ni parientes con quien compartir el tiempo.

La ventaja de vivir por aquí es ves venir los problemas de muy lejos. A menudo es un coche desconocido y al que ves llegar desde que deja atrás los bloques de piedra caliza. Tienes tiempo para prepararte, para sacar el rifle si no te fías. Así, cuando aparcen frente a los escalones de tu puerta, estás listo para darles la bienvenida adecuadamente.

Reconocí de inmediato el coche azul de la policía, después de que girara hacia mis tierras, con el chasis demasiado bajo que rozaba todos los baches. Era el final de la tarde, acababa de regresar con el rebaño, había recorrido el camino detrás de los pinos. Fumaba un cigarrillo en mi terraza y me puse de pie cruzando los brazos, para que quedara claro que estaba en mi casa y no quería problemas.

Aparcaron a través, antes de subir los escalones.

—¿Señor Bonnefille?

—Sí.

—Soy el mayor Vigier. ¿Me recuerda?

Asentí. Era del mismo tipo que la otra vez, el que estaba cerca de las gargantas, con su colega. Pero esta vez, estaba más serio. El otro era un joven que no pronunció palabra.

—¿Podemos entrar? —preguntó el mayor.

—¿Hay algún problema?

Lo dije sin mirarlo.

—Prefiero que hablemos dentro, si no le importa.

No me gustaba. Miré a mi alrededor, y vi dos buitres leonados en la distancia dando vueltas alrededor de una carroña.

—O.K.

Me agradeció el gesto y nos instalamos en la cocina. Resoplé, esperando a que soltara lo que había venido a decir. No me gustaba ver uniformes en casa, pero no tenía otra opción.

—Señor Bonnefille, ¿le dice algo el nombre de Évelyne Ducat?

Dudé. Entonces dije:

—¿No es la mujer que desapareció?

—Sí, es ella. ¿La conocía?

Negué con la cabeza para decir que no.

—No me andaré por las ramas. Guillaume Ducat, su esposo, afirma que en el pasado, sus dos familias no se llevaban demasiado bien.

Me pasé la mano por la barbilla, buscando qué decirles.

—No es mentira, pero de eso hace mucho tiempo. ¿Qué tiene que ver eso con su esposa?

—No sé, ¿se le ocurre algo?

—No.

Tosió. Con voz muy seria, me soltó:

—¿Puede decirme qué estaba haciendo la noche del 18 al 19 de enero?

—Durmiendo —respondí de inmediato.

—¿Alguien puede confirmarlo?

Suspiré. Como si no supieran que vivía solo.

—Mis ovejas.

Se miraron el uno al otro con el aire de pensar que lo tenía crudo. Volví los ojos hacia un lado y, a través de la ventana, vi el establo detrás de la casa.

—Verá, hace unos días, Guillaume Ducat afirma haber recibido una visita a su casa. Al parecer, un hombre se escondió en su propiedad. Según él, ese hombre era usted, señor Bonnefille.

—¿Ah, sí?

—Eso es lo que dijo.

Hijo de perra, pensé para mí.

—Bueno, pues menuda burrada. No ha cambiado tanto, por lo que veo.

Nadie dijo nada más. Yo porque no quería, ellos porque pretendían que me pusiera nervioso, como hacen los policías de la tele.

—¿Le importa si hacemos un pequeño recorrido por su propiedad, señor Bonnefille?

—Un poco.

—¿Por qué? ¿Tiene algo que esconder?

—No.

—¿Incluso en el granero?

Otro silencio. La trabajadora social. Seguro que había hablado con ellos.

Se levantaron y el mayor asintió con la cabeza hacia la puerta, como si dijera: «Venga, vamos». Pensé un poco, y finalmente los seguí afuera. Los tres nos dirigimos hacia la parte posterior de la granja. Sus grandes botas dejaban profundas marcas en el barro de la carretera.

—Abra la puerta —dijo frente al portón de metal.

Dudé, mirándolo fijamente. No me dio la menor opción. Tiré de la manija y la pared comenzó a resbalar crujiendo. Entraron como si fuera su casa. El mayor levantó la cabeza.

—Es grande.

Me encogí de hombros. Como si nunca hubiera entrado en un granero. Pisó el cemento, echó un vistazo a las ovejas detrás de la barrera. Tampoco parecían complacidas por la intrusión.

—¿Cuántas tienes?

—Hay 240 madres.

Hizo ademán de estar impresionado. Se acercó a la pila de heno mientras el otro lo seguía. Rodearon las paredes de sacos apiladas, pasando sus manos sobre ellos.

—Me han dicho que este año has tenido que comprarlo.

No respondí. Mientras guardaba silencio, empujaba los sacos de heno aquí y allá, para ver si se movían. No lo hacía por casualidad. Buscaba algo, y terminó por encontrarlo.

Tres grandes cubos se hundieron hacia el interior de la pila. Los dos se miraron como si acabaran de encontrar un tesoro.

—¿Que es eso?

—Un agujero —dije.

—Voy a ver qué hay, ¿te parece? Tengo un presentimiento sobre lo que escondes ahí.

No tenía nada más que decir. Movié los sacos y avanzó por el pasadizo de heno mientras el joven esperaba fuera, vigilándome. Se oían sus pasos sobre el cemento y luego sobre el heno que cubría el suelo.

—Mayor, ¿ve algo?

Desde el fondo del escondite, el comandante no respondió.

—Mayor, ¿qué hay?

—...

—¿Mayor?

Finalmente salió. Esperó, y dijo:

—Nada —le soltó a su colega—. No hay nada en absoluto.

Parecía decepcionado. Me dirigió una mirada acusadora, y yo me encogí de hombros.

—Solo es un agujero.

Sacudí la cabeza con un suspiro. Dio otra vuelta por el granero, observó el silo, mis botas de nieve descansando en una esquina, los sacos de grano. Con los pies, rascó el piso de cemento. Se volvió hacia mí.

—Entonces, ¿no conoce a Évelyne Ducat?

—Eso es.

—De acuerdo. ¿El nombre de Michel Farange le dice algo?

Me tocó a mí sorprenderme. No veía ninguna relación.

—Le refrescaré la memoria. Es el marido de tu trabajadora social.

—Sí. Sí, lo sé. Pero hace mucho que no me cruzo con él.

—¿Está seguro? Ella afirma que lo golpeaste, recientemente.

¿Golpeado? ¿De qué me estaba hablando?

—No, no. Eso es un error, yo jamás haría algo así.

—Claro. Y tampoco tiene nada que ver con su desaparición.

Estaba realmente perdido. No sabía qué decir.

—Encontramos su coche abandonado esta mañana. En el mismo lugar que el de la señora Ducat.

Contemplé el coche de los policías abandonando a trompicones mi camino entre las hiniestas que no tardarían mucho en florecer. Estaba seguro de que volverían.

Por el momento no tenían nada contra mí, solo sus conjeturas y las de la trabajadora social. Sin un cuerpo, no tenían víctima y sin víctima, no había asesinato: lo había aprendido en la televisión. Pero si no tenía cuidado, el viento podría volverse contra mí. Era muy arriesgado. Nunca podría hacerles creer el cadáver que había conservado durante tanto tiempo a mi lado no lo había matado yo.

Eso no fue todo. También estaba lo de la desaparición del marido de la trabajadora social. No lo había visto venir, y no lo entendía. ¿Por qué Guillaume habría matado a ese tipo que, por lo que yo sabía, no tenía nada que ver con él? ¿O simplemente lo hizo para aumentar las sospechas contra mí? Era retorcido, pero no tanto. No, no lo creía. Pero lo cierto es que eso no me ayudaba en absoluto. Pensé en Michel Farange, cuando lo vi en la reunión de la asociación de Jóvenes Agricultores. Su aire distraído sin prestar atención al funcionario que hablaba sobre la nueva política agrícola. Y la foto que sostenía de una chica, mirándola como si estuviera enamorado. Me había causado una extraña impresión.

Esperé hasta que oscureció sin hacer gran cosa. Esta vez, no me quedaba más remedio que poner fin a la historia con esa mujer que no debería haber empezado. No tenía ningún sentido, lo sabía desde el principio, pero me había permitido embarcarme en la extraña idea que podría haberse quedado más tiempo, casi a vivir conmigo mismo, por así decirlo. No me gustaba la idea de despedirme de ella. No sabría explicar por qué, pero me entristecía. Como si fuera el final de algo, de una época en la que era casi feliz y que nunca volvería. Como cuando eres un niño y te dices que la meseta es el lugar más bonito del mundo, sin ver el futuro que se prepara, sin saber que más adelante no podrás contemplar las interminables estepas sin tener ganas de vomitar. Volví a notar los nudos de la soledad retorcerse en mi estómago. Para infundirme valor, bebí dos vasos de genciana.

En la oscuridad recorrí el establo con las botas puestas y un par de guantes. Un autillo chilló, no muy lejos de mí, tal vez me observaba mientras hacía lo que no me apetecía nada, y se burlaba de mí por ello. Agarré una horca de camino, arrastrándola por el suelo. Llegué frente a un montón de estiércol. Era toda la mierda de las ovejas que todos los días limpiaba de los edificios y acumulaba en una losa de cemento, antes de decidir qué hacer con ella. Apestaba, pero estaba tan acostumbrado al olor que ya casi ni lo notaba. Me coloqué a un lado y suavemente puse las puntas de la horca en la pila. Arrastré hacia mí. Empecé de nuevo varias veces. Apareció la ropa elegante de Évelyne: sus pantalones de excursionista, su jersey de lana, que ya no era blanco. La había arrastrado bajo el

montón de estiércol cuando vi llegar a los gendarmes, casi me pillaron con ella en medio del establo. Lamenté tener que ponerla allí, me costó, joder. Pero era la única idea que se me ocurrió. Lo hice rápido, asegurándome de que no asomara ningún pedazo.

Aparté el estiércol y la saqué de allí.

No era una estampa agradable: tenía la piel pegada a los huesos y estaba cubierta de mierda. Era un espectáculo que no le habría gustado a mucha gente. Y sin embargo, solo con esta mujer me había sentido un hombre feliz. Lo que sentí por este cadáver desecado fue quizás lo más cercano a amar, ese amor que mamá dijo que nunca encontraría porque era demasiado romántico. Porque las mujeres no eran como yo pensaba y hasta que no me diera cuenta de eso, no encontraría una que se quedara conmigo.

Desplegué una lona e hice rodar el cuerpo sobre ella. Luego la cerré, atándola con cuerdas. Lo que quedaba de su rostro desapareció bajo el plástico azul. Lo llevé hasta el maletero de mi auto y encendí el motor, pero no los faros. Conduje lentamente en la oscuridad, a la luz de la luna para iluminar mi camino. La noche era fresca y seca, el viento doblaba la hierba, y notaba el cabello de los ángeles ondeando por toda la tierra. No había ni un coche, la meseta estaba en silencio sepulcral. Nadie me veía.

Aparqué, saqué a Évelyne del maletero y la arrastré hasta el suelo. Las fibras de la lona se quedaban atrapadas en las rocas afiladas, tirar de ella no era tarea agradable. A mi alrededor adivinaba los montículos y los sumideros que dibujaban curvas en la noche.

Llegué al borde de la garganta.

Era como un círculo de piedras hundidas en medio de un prado. Bajé haciendo rodar el paquete, muy despacio para que no se abriera. Despejé la entrada del agujero moviendo algunos pedazos de rocas. Unas semanas antes, los gendarmes habían regresado allí con todo su equipo, buscando en las cuevas para encontrar a Évelyne. Apostaba a que no lo harían de nuevo, porque ya estaban convencidos de que ella no estaba allí. Me incliné hacia el fondo y vi la más absoluta oscuridad. Eran las entrañas del Causse, y caían a plomo: detrás de las rocas había un agujero de unos treinta metros. En el fondo había al menos dos o tres cadáveres de ovejas, los que mis antepasados habían perdido. No estaría sola.

Coloqué el cuerpo en la entrada. Dudé por un momento, era como una separación que me llenó de una emoción que no podía describir. Melancolía, creo que es la palabra correcta. Encendí un cigarrillo y esperé tanto como pude, recostado contra las piedras afiladas con Évelyne a mi lado bajo las estrellas.

Y finalmente la empujé hacia el agujero.

El paquete se deslizó de inmediato, sin aferrarse ni nada. Ni siquiera se oyó el final de su caída. Escuché, quizás para percibir los gemidos de los muertos porque los ancianos decían que a veces ascendían desde las profundidades, el principio del infierno donde las almas perdidas se cruzaban con monstruos y con demonios. Pero no había nada más que el silencio, que me recordaba que volvía a estar solo. Que no tenía a nadie con quien hablar, al lado de quien llorar o estar vivo a mi lado.

El armario hizo ruido esa noche. Trataba de conciliar el sueño pero se me resistía, y todos los ruidos de la noche llegaban hasta mi cama. Debajo de mi habitación, comenzó a moverse. No me asustaba, no eran ruidos violentos. No, era como si el armario se moviera sigilosamente sobre las piedras de la cocina. Escuché, mirando la viga sobre mí, con los ojos abiertos. Pensé que significaba algo. Que no eran fantasmas que deseaban ningún mal, o que mamá estuviera atrapada en la casa. Solo eran el recuerdo de Évelyne, que venía a despedirse y a agradecerme que la hubiera cuidado. Pasé buena parte de la noche así, despierto mientras todo seguía quieto a mi alrededor y fuera solo había silencio. Era una atmósfera a la que iba a tener que acostumbrarme de nuevo.

Pensé en Guillaume, en los policías, en la asistente social y en su marido, que había desaparecido. Me dije que tal vez me había despistado, que de hecho no había entendido nada y que no era Guillaume quien había matado a su esposa. Quizá era más complicado que eso. Mientras le daba vueltas a todo y adivinaba que no iba a poder descansar hasta la mañana, de repente recordé una imagen. ¡Maldita sea, eso es!

Me levanté, me abrigué para no tener frío, encendí la luz y bajé los escalones. Miré de reojo el armario que no se había movido de su lugar, enorme contra la pared trasera. En la pequeña habitación que hace las veces de mi oficina, encendí mi ordenador. Abrí internet y busqué un poco antes de encontrarlo.

Eso es todo, la tenía delante de mí.

La imagen de la chica que Michel Farange miraba como si fuera su amante. Era ella. Se llamaba Alicia More, y no estaba muy orgulloso de confesar dónde la había visto, más de una vez. Era... Bueno, era...

Una actriz de películas porno. Eso era.

Michel Farange bebía los vientos por una actriz porno.

Maribé

Yo la maté.

En esta historia, hay muchas cosas que todavía no tengo claras, pero si hay algo de lo que estoy segura es que sé más que nadie en ese valle donde pasé unos meses. Y sobre todo, más que los polis, que no se enteran de nada.

Hoy trato de no pensar en eso, en lo que viví allí.

Me duele demasiado, joder. Sin embargo, creo que si ella regresara, sería capaz de olvidarlo todo para estar a su lado. Porque la echo de menos, muchísimo. Es culpa mía, es de locos lo culpable que me siento. Porque es verdad: yo la maté.

Si el día en que nos conocimos nunca hubiera existido, ella seguiría viva.

Sucedió al final de mi vida número tres.

Durante el interminable período en el que esperaba la próxima, como si fuera la llegada de un maldito mesías. Porque la vida que tenía, en serio, era un desastre, algo imposible, y ya tenía ganas de que terminara.

No sé cómo es para los demás, pero a mis veintiséis años tenía la impresión de haber vivido varias veces. En mi cabeza, una vida tenía dos o tres años, nunca más y más bien menos. Era un chico o una chica con quien compartía mis días y creía en el amor. Era un nuevo mundo, lo más alejado posible del anterior, para marcar el cambio. Pero, sobre todo, era un comienzo, un encuentro en el que finalmente esperaba encontrar lo que estaba buscando desde que tenía dieciséis años; y un final, generalmente el día en que lo mandaba todo a la mierda, causando un torbellino de problemas. Era una especie de pequeño suicidio, de hecho, porque era una vida que terminaba odiando tanto como me había enamorado al principio. Cada vez me pasaba lo mismo.

Y sin embargo, cada vez volvía. Me tiraba al vacío esperando que alguien me recogiera, y cuando lo encontraba, me agarraba a mi salvador como a una boya en el naufragio, convencida de que esta vez era para siempre.

Para toda la vida, quiero decir.

Lo sé, lo sé. Soy inestable, sugestionable, demasiado así, muy poco así. *Borderline*. Gracias, me conozco el sermón, mi madre me lo sirvió durante años,

ella y su terapeuta, que se interesaba más por mí que por ella. Y no por eso sus análisis me ayudaron a encontrar el camino.

Joder.

Así que entonces, en lugar de aprovechar mis estudios y encontrar un puesto de diseñadora en alguna tienda de alta costura, como le hubiera gustado, me dedicaba a hacer lo que me venía en gana, mientras superaba la ruptura con Fred, deseando que a él le costara más que a mí. Antes de dar el portazo, me calmé los nervios a golpe de billetes, los que me saqué revendiendo su equipo de grabación, el que acababa de comprarse después de emborracharme durante seis meses, mientras se dedicaba a navegar por foros de internet. La tarjeta de sonido, el micrófono, el preamplificador, no me dejé nada de nada, cinco mil pavos al bolsillo. Ya podía despedirse de sus maquetas, sus instrumentales asquerosos y su voz blindada con el Autotune, al menos pude saborear esa pequeña victoria, cada vez que hacía balance de la vida que habíamos compartido.

Dos años a la mierda.

Volví a tener migrañas, golpeándome el cráneo todo el día. No salía mucho de mi estudio, solo para arrastrarme por tiendas de segunda mano. Ni siquiera quería escuchar música: el rap me recordaba demasiado a ese gilipollas al que acababa de darle una patada antes de que a él le salieran pelotas para hacerlo antes. Dibujaba vagamente fumando cigarrillo tras cigarrillo, diseñaba ropa improbable que luego nunca se convertían en vestidos.

Pero lo peor no era quedarme sin dinero o hundirme en la oscuridad entre cuatro paredes. Estoy acostumbrada. No, lo que me daba más miedo era estar sola.

Realmente sola.

Después de la sensación de libertad, volví a sentirme como la vez anterior.

Una angustia brutal. No ver a nadie, instalarse indefinidamente en la soledad, se me hacía aterrador. Como si estuvieras hundiéndote en un túnel del que nunca volverá a salir. Después de una semana, estaba en caída libre. Y esperaba con impaciencia que se abriera el paracaídas.

El comienzo de mi vida número cuatro.

Cuando empecé a salir, no me costó nada encontrar hombres para pasar la noche, eso nunca fue mi problema. En los bares, un par de tetas como las mías los atrae enseguida, me miran de lado y merodean a mi alrededor como chacales hambrientos. Sé que están babeando, los muy cerdos. Lo sé perfectamente. Y dos o tres veces no dije que no, los seguí hasta sus casas. Incluso pasé algún buen rato sus apartamentos de *hipsters* con vistas a los muelles y duchas de diseño.

Pero me bastaba con verles la cara de adolescentes por terminar al día siguiente: solo tenía ganas de salir corriendo. Porque detrás de sus sonrisas atractivas y su charla, no había ni sombra del principio de uno de mis futuros.

No, lo que yo esperaba era que alguien me tomara de la mano.

Y le tocó a ella. Sin rodeos.

—Son las ondas.

Así es como se acercó a mí, sus primeras palabras fueron esas: Son las ondas.

Giré la cabeza y la vi, como si acabara de aparecer a mi lado, con el vaso de mojito en la mano izquierda. Es gracioso, pero recuerdo muy bien la primera idea que me cruzó la cabeza al verla. Algo así como ¿qué está haciendo aquí una tipa como ella? El bar se llamaba Los Piratas, uno de esos lugares para estudiantes de primer año de la universidad donde pasada la medianoche tenías un chupito gratis si le enseñabas el sujetador al del bar. Incluso yo me sentía demasiado mayor a veces, cuando estaba allí. Así que ella...

En retrospectiva, lo comprendí: estaba allí por mí, me buscaba. Vamos, buscaba a alguien como yo, y también le habría valido otra persona.

En ese momento, guardé silencio. Ella insistió:

—He visto que te masajeas las sienes. ¿Tienes migrañas, verdad?

Respondí que sí, frunciendo el ceño. Es cierto, cuando empiezan, tengo que salir e irme para casa. Era lo que estaba a punto de hacer.

—Son las ondas electromagnéticas. En las grandes ciudades, hay en todas partes. Probablemente eres hipersensible.

No acabo de entender lo que dice. Es al menos veinte años mayor que yo, se nota enseguida. Es guapísima, bien conservada como se suele decir, una dama, rubia, distinguida. Una burguesa que lo sabe y que se codea con la gente sencilla cuando cae la noche. Del tipo que no es mi tipo en absoluto, vaya.

Sonrío, porque la situación es improbable.

—¿Qué pasa? —dice, alisándose el cabello—. Te lo juro, deberías informarte.

Parece tranquila, hablando con calma de sus extrañas ideas. Vuelve a dirigirse a mí, me dice que por eso ya no vive en la ciudad, que estas ondas nos matarán lentamente. Y rápidamente, dejo de sonreír. La escucho, no sé por qué, porque en realidad no me interesa, pero la escucho. Bueno, sí, lo sé: en sus palabras hay algo tranquilizador. Un no sé qué cálido que emana de ella. Obviamente está muy cómoda en este bar para gente joven, se funde con nosotros con naturalidad que desarma. Mira hacia arriba, esboza una sonrisa que significa «eres guapa» y me ofrece tomar algo. Se ha calmado mi migraña, así le

digo que sí, una cerveza mientras detrás de mí se oye a Bowie, uno de esos artistas que viajan por las generaciones. Como una señal de que no hay ninguna barrera entre las dos.

Sigue diciendo tonterías, hablándome de aceites esenciales y para qué sirven, de semillas y cereales para comer, cosas de viejos *hippies*, me habla del valle donde vive. No me pregunta nada sobre mí, mejor, estoy entre dos vidas, no hay nada que decir, solo hay que tener cuidado y no perderse la llegada del tren. Pero a medida que pasan los minutos, me doy cuenta de que la miro de manera diferente, que estudio su boca, que observo sus manos bailando entre nosotros como si fueran dos gorriones cortejándose. Bebo mi cerveza, me limpio los labios y eso la hace sonreír de nuevo.

Ha pasado algo.

Joder. Lo estoy pensando en serio.

Sí, es difícil de explicar, pero es así: hace unos minutos, apenas me hacía sonreír, todo parecía separarnos y de repente me gusta. Incluso su edad me gusta, maldita sea. Es un hilo que nos conecta. Supongo que ya no dormiré sola esta noche.

Salimos a fumar un cigarrillo. Chupa su Vogue, y me mira en silencio, sus ojos recorriéndome. Me gusta.

—¿Dónde vives? —pregunta, arañando los adoquines con el talón.

—Al norte.

Levanta las cejas: está lejos.

—Tengo una habitación en el hotel, a tres calles de aquí.

Por encima de nosotros, la noche de verano se instala suavemente entre las paredes amarillentas a causa de las luces de la ciudad. De esta gran ciudad de la que estaba a punto de huir, llena de gente y llena de ondas.

¿Cómo cuento lo que pasó esa noche en su habitación de cuatro estrellas?

No puedo, no hay palabras para eso. Pero sé que fue una locura. Jamás me había sentido así, ni con un hombre ni con una mujer. Parecía saberlo todo de mí, conocer mi cuerpo como si fuera suyo, la sensibilidad de cada fragmento de piel, los territorios donde detenerse, los que debía mimar. Sus manos, sus labios sobre mí, nada era torpe, todo era dosificado, firme cuando sea necesario, suave cuando volvía a bajarme el pulso.

Me abandoné a ella. Sí, frente a ella, me rendí.

Literalmente. Fue como descubrir de verdad qué significa hacer el amor.

Empezar de cero.

Después por fin llegaron las palabras. Precisiones casi innecesarias después de la intimidad que habíamos compartido.

—Me llamo Évelyne.

Évelyne: mi madre podría haberse llamado así. La verdad es que tenía algo de ella, una burguesa sin complejos. Lo pensé, y durante un segundo eso me dejó flipada.

—Maribé —dije yo, en voz baja.

Frunció el ceño.

—¿Maribé? ¿Es un apodo?

—Sí, todos me llaman así. Y créeme, es mejor.

—¿Mejor que...?

Sonrío.

—¿Maria Benedicta? —Digo que no con la cabeza—... ¿Maria Beatriz? ¿Maria... Brigitte?

Dudo, porque mi nombre no me gusta nada. Entonces me digo: venga, suéltate un poco.

—Maria Berenguela.

—¿Ma-ri-a-Be-ren-gue-la? No, te burlas de mí.

—Ojalá...

—Menudo nombre de clase alta, preciosa...

Me encojo de hombros, no quiero hablar sobre la familia contra quien he luchado durante años, del pabellón chic suburbano, de todo el dinero en una cuenta de ahorros que nunca usaré, aunque estuviera a punto de morir de hambre.

Évelyne no insiste, me mira con una sonrisa. Eso me molesta.

—¿Qué?

—Nada —esquiva ella.

—No, ¿qué? Está claro que te estás partiendo de risa.

—No, es solo que tu nombre, no pega nada...

—¿Con qué?

—...

—Vamos.

Duda.

—Vale, vale, te lo digo. ¿Sabes a quién te pareces?

Frunzo el ceño, espero lo peor.

—Con tus tetas de silicona y tus ojos traviosos, me haces pensar... Me

haces pensar en esa actriz porno.

Deja pasar un momento y con su voz más sensual pronuncia el nombre:

—Alicia More.

—¡Qué chorrada!

—Sí, es verdad. More, more, more...

Se echa a reír y yo también, para no romper el ambiente, aunque admito que no me gusta mucho esa comparación. Pasa sus dedos sobre mis pechos demasiado redondos, los recorre dibujando ocho con su dedo índice.

—¿Por qué lo hiciste? Estoy segura de que no lo necesitabas.

—Un error de juventud. Ya está hecho.

Guarda silencio, me entiende: no tengo ganas de hablar de eso. Las tetas de silicona es lo único que queda de mi vida número dos. Richard, la atmósfera de Brasil, a él también se lo habría dado todo cuando nos fuimos a vivir juntos. Quería que lo hiciera, yo me derretía por él, un poco más y me tatúo su nombre encima de los dos obuses. Creí en él, igual que me pasa cada vez.

Todo había terminado en un drama, por supuesto.

Excepto que el bastardo, ahora tiene hijos y familia. De locos.

—¿Cuándo nos volvemos a ver?

Hago la pregunta y me doy cuenta de que hay fiebre en mis palabras. De que Évelyne ya me tiene en sus manos, que tengo ganas de ella, de pertenecerle, de estar a su lado y no dejarla ir. Tengo pánico, miedo de que se deslice entre mis dedos.

—Cuando vuelva a tu megalópolis. En un mes, creo.

Mi cara se descompone. Ella me recoge la mecha negra que cae sobre mi mejilla.

—No serás de esas que se tira de cabeza, ¿verdad, preciosa?

Por supuesto que lo soy. Ya me he ido, joder, estoy en pleno vuelo.

Entonces dice algo que no debería haber dicho:

—Basta con que vengas a vivir cerca de mi casa. El aire puro te sentaría bien.

Ella lo decía para relajarnos, para quitarle importancia al momento. Acabábamos de conocernos, no había nada serio entre nosotras. Para mí, fue la señal.

No sabía nada de ella, pero en mi cabeza ya había hecho las maletas.

Me pasé varios días encerrada en mi estudio reviviendo sin parar mi noche con

Évelyne. Soñaba con ella, me acompañaba como un ángel guardián, siempre a mi lado. Había reemplazado mi angustia con un inmenso deseo. Sí, soy así: cuando llega, ya no puedo dejar de sentirlo. Es la obsesión.

Me pasé horas en internet. Miré cosas de la actriz porno. Era italiana. Su biografía decía que solo había rodado unas pocas películas, que todavía era una principiante. Me preguntaba cómo la conocía Évelyne. O quizá soy yo la rara, porque no me excitan nada esas películas formateadas solo para tíos. Es verdad que había un pequeño parecido: aparte de las tetas, tenía una cara larga, un poco como la mía, y cabello largo marrón. Pero tampoco éramos gemelas. Era la primera vez que me habían comparado con una estrella del cine porno.

Me puse a leer artículos sobre lo de las ondas, sobre hipersensibilidad y las migrañas. Había mucha cosa. La idea de que hubiera personas afectadas por esta mierda tenía sentido, gente con problemas mucho más serios que los míos.

Entonces las palabras de Évelyne que en el bar me parecieron tan extrañas empezaron a imponerse en mi mente como una verdad oculta. Como si de repente tuviera acceso a un conocimiento secreto. Por supuesto, tenía razón, de venían las migrañas: era hipersensible. Había por todas partes: el wifi de todos los apartamentos del edificio, los ordenadores portátiles, todas esas cosas asediaban mi cerebro. De repente los sentía a mi alrededor.

Lo sé, lo sé, soy demasiado impresionable. Pero aun así, eso lo explicaba todo, y hay que entender en qué estado me encontraba en ese momento.

Y tenía sentido. Fred, el rap, la gran ciudad, con demasiada gente, el frenesí que se apoderaba de mí, y ahora las ondas. Todavía tenía un pie en mi vida anterior, por eso las cosas no iban bien. Tenía que salir de allí, irme y dejar esta mierda para siempre. Tenía que irme al campo, eso es lo que tenía que hacer, joder, volver a la vida sencilla, a lo natural, a los aceites esenciales, las semillas y el aire puro. Era obvio, una necesidad. Por supuesto, mi verdadera razón era Évelyne, pero había encontrado otras mil para que mi proyecto fuera un poco más razonable. Y para explicárselo a mamá también. No, no, no es un capricho, llevo mucho tiempo pensándolo, me sentará bien.

Dos semanas más tarde, me iba al volante de mi Twingo, cargado hasta los topes. Una maleta, mi máquina de coser, la Singer, dos bolsas de basura llenas de viejos retales y sobre todo, mi maniquí encajado entre los dos asientos. De hecho, era toda mi vida, además de un montón de aceites esenciales, la religión a la que me acababa de convertir.

Estaba convencida de ir hacia la felicidad.

Cuando lo pienso, fui realmente estúpida.

Era magnífico. Sí, al llegar a la región no me decepcionó, era exactamente lo que esperaba la urbanita cargada de clichés que yo era. Una ciudad minúscula, con calles peatonales, un río en medio del pueblo, tiendas pequeñas, hermosas casas de piedra antigua y tejados de pizarra. La calma, finalmente la calma, que me sentaría de fábula. Todo lo que había a mi alrededor era el valle. Las laderas boscosas corrían por las cornisas, los caminos que colgaban de las montañas se revolvían sinuosos, las cumbres desgarraban el cielo, las gargantas caían en vertical sobre los torrentes. Por la noche, las estrellas invitaban oscuridad. Estarás bien, me dije los primeros días, lo vas a reconstruir todo.

Por una cuarta parte de lo que pagaba por mi estudio antes, encontré un bonito apartamento de dos habitaciones con vistas a la calle, cerca del centro de la ciudad.

Bueno, el centro de la ciudad: la plaza principal, mejor dicho. Y desde la primera noche, sola en mi habitación apenas amueblado, con mi máquina de coser instalada en una mesita camilla, volví a coser de nuevo. Me sentí bien, joder, creí en mi nueva vida, el renacimiento que tanto había tardado en llegar. En una hora convertí una sudadera usada en una túnica de lo más *sexy*.

Con una energía que me sorprendió.

Al día siguiente empecé a frecuentar el pueblo. Había un *bistro* cerca de la fuente, junto al río, el sitio donde los lugareños parecían encontrarse por la mañana. Y mientras bebía mi primer café, envuelta en mi chal porque el otoño, allí, llegaba con severidad, se me acercó un tipo, con el cigarrillo en los labios, para hablar conmigo. Por supuesto, estaba el efecto tetas grandes, porque las mías no eran habituales por ahí, pero si lo que trataba era de ligar, empezó muy suave. No se parecía a los babosos de la capital que ya no soportaba.

—¿Eres nueva por aquí?

—Sí, me dedico a diseñar ropa —mentí como si solo hubiera venido por eso—. Me gustaría tratar de vender mis vestidos.

—Ah, ¿de qué estilo son?

—Un poco de reciclaje: recupero ropa usada y trato de devolverle su valor. La personalizo, vaya.

Dicho así, parecía serio, hasta creíble. Dado el aspecto del tipo, que llevaba un suéter grande raído y unas rastas hechas un asco, no tenía sentido preguntarle por Évelyne.

—Genial... Pues bienvenida a casa. Soy Pom. Si te interesa, estoy en un colectivo, una pequeña asociación. Somos veinte, y nos echamos un cable,

¿sabes? Cada uno en su tema: diseño, jarabes, mermelada, un poco de todo. Hay quien hace serigrafías, también. A veces le compramos un cerdo a los criadores para compartirlo, cultivamos el huerto, vaya, nos espabilamos. Yo tengo una cervecería artesanal en el valle, vendo mis cervezas en el mercado. En serio, si necesitas ayuda, no lo dudes.

—Vale, tomo nota, muchas gracias.

—¿Tienes alojamiento? Si no, hay habitaciones libres, ¿sabes?

—Sí, ya encontré un sitio. Pero muchas gracias, eres muy amable.

Era sincera, por una vez. No insistió ni nada, simplemente me dejó un número de teléfono y se alejó, sonriendo. La cosa prometía, había imaginado un aterrizaje más caótico.

Esperé una semana, solo para situarme e instalarme con calma.

Y una noche, decidí hacer lo que había venido a hacer, el único motivo por el cual lo había dejado todo. Respiré tres gotas de aceite esencial de pino escocés contra la ansiedad, me tragué dos de estragón con aceite de oliva, en lugar de un cigarrillo. Luego descolgué el teléfono fijo y marqué el número de Évelyne. Joder, tenía la garganta seca. Mi corazón estaba a dos dedos de explotar, como si fuera a pasar un interrogatorio.

—¿Hola?

Su voz, enseguida, que me excita y me petrifica al mismo tiempo. Cálmate, mierda, me repito. Eres demasiado emocional.

—Soy yo. Maribé.

—Oh, ¡preciosa! ¿Estás bien? Me alegra escuchar tu voz.

¡Y a mí la suya! Tengo las manos sudorosas, las palabras no salen como querría.

—Yo... Estoy aquí.

—¿Cómo?

—Bueno, me he venido a vivir al pueblo... Hace una semana. Ya sabes, como me dijiste que me sentaría bien, por las ondas y todo eso. Pues bueno, lo hice. Vaya, que estoy aquí.

Largo silencio.

—Évelyne, ¿sigues ahí?

—Sí, sí.

Pero ya no tan entusiasmada.

—¡Me estoy espabilando, eh! No te pido nada.

—¿Qué? No, no es eso. Es que no me lo esperaba. Es genial, una gran noticia, cariño.

Un poco forzado, ese cariño.

—Entonces... ¿Podemos vernos?

—Sí, claro que nos veremos... Déjame arreglar un par de cosas. Te devolveré la llamada, ¿de acuerdo?

—... Está bien.

—Besos.

Cuelgo, más calmada.

Y pienso: es verdad, ni siquiera se lo había advertido, debe haber sido una sorpresa que apareciera así en su vida. Para relajarme, vuelvo a inhalar un poco de aceite de pino. Coso, termino un vestido.

Fuera, no se oye ni un ruido, ni un coche. Solo la calma de un pueblo sumergido en la noche de otoño. Por la ventana, adivino la cumbre de la montaña al borde del cielo.

Évelyne me llamó a medianoche. Qué ganas tengo de verte de nuevo, preciosa, me encantó pasar la noche contigo, su tono había cambiado. Podíamos vernos en tres días, sugirió. Pasaría a recogerme por mi casa.

—Yo me ocupo de todo, tu solo piensa en ponerte guapa, ¿de acuerdo?

Una sonrisa de niña se dibujó a pesar mío en mi cara.

Esa noche, me quedé dormida alrededor de las dos de la mañana, con la cabeza llena de estrellas.

Lo sé, soy demasiado ingenua.

—Dime, ¿te gustan las vistas?

—Sí. Son... espléndidas.

¿Qué más podía decir? Casi no había paredes, un gran ventanal recorría toda la longitud de la sala de estar. Detrás del vidrio, después de la terraza, el valle se extendía hacia el sur, y se adivinaban los meandros del río enroscado en su lecho. A la derecha, los acantilados se erguían, empinados y grises, hasta el borde de la meseta extendida a ras de las nubes.

Lo contemplaba todo con mi vaso de vino tinto en la mano, vestida como una adolescente que quiere pasar por mayor, mientras lo miraba todo, la mansión de Évelyne, llena de cosas de madera por todas partes, muebles imposibles de meter en un apartamento como el mío.

Joder, menuda choza, ni me atrevía a imaginar lo que costaba. Más de un millón, seguro. Pero estaba claro que ella tenía cien veces más pasta que la casa donde yo había crecido.

Este universo, el dinero, la comodidad... Había pasado años tratando de separarme de él, y allí estaba de nuevo. Y ahora sí me gustaba. Sí, lo sé, siempre quise todo y lo contrario. Pero creo que allí, lo que me atrajo fue la sensación de entrar por mi propio pie. Como si fuera por la fuerza, mandando al infierno a Fred y a sus rimas de mierda. Y a todos los demás antes que él. También a mi madre.

Sí, había un poco de eso, acostarme con una tía rica y mandarlos todos a freír espárragos. Porque no importaba lo que dijeran o pensara, estaba claro que a Évelyne yo le gustaba de verdad. Me encantaba ver cómo me comía con la mirada desde el sofá. Me gustaba eso, estar con una mujer veinte años mayor que yo, me sentía por encima de los demás.

Importante.

Volví a acurrucarme contra ella, con el cuerpo aún húmedo por lo que acabábamos de hacer en la sala de estar abierta al mundo. Me apretó contra ella, hundió su rostro en mi maraña enredada.

—Maria Berenguela... —susurró con su cálida voz.

Me puse rígida.

Y descubrí la otra cara. Bueno, descubrí... Digamos ella me explicó lo que ya había adivinado sin querer admitirlo.

He aquí el tema: Évelyne estaba casada. Su marido se llamaba Guillaume. Habían tenido dos hijos juntos. Todo el dinero era de él. Tenía una empresa internacional, financiaba proyectos de estructuración en países en desarrollo, eso dijo aunque yo no entendía muy bien qué significaba eso. Pero en mi opinión, parecía un tipo más interesado en el dinero que en lo humanitario. Se habían conocido en París, y habían vivido allí hasta que los niños tuvieron la edad suficiente para dejar el nido familiar. Entonces se construyeron esa casa. Para él, era una forma de volver a empezar en su lugar de nacimiento, y tal vez de hacer nuevos contactos para desarrollar su negocio. Ella solo quería irse de la capital. Llevaba desde muy joven viviendo en las grandes ciudades, y no podía soportarlo más. Como yo, en realidad. Su marido vivía a caballo entre la casa y el tercer mundo, e inevitablemente ella se quedaba sola a menudo. Pintaba, paseaba, iba a ver a sus hijos de vez en cuando y pasaba unos días en algún hotel mientras los visitaba.

—¿Y nunca has trabajado?

—Sí, dos o tres años. Pero creo que el trabajo y yo no nos llevamos bien. Y no veo qué ventaja tendría un salario...

Hombre, visto de esa manera...

—Por cierto —preguntó ella— ¿cómo vas de dinero?

—Bien, bien. Ya sabes, necesito poco, mi alquiler es muy bajo.

—Dímelo, si tienes problemas.

—De acuerdo —dije, pero nunca me imaginé pidiéndole dinero—. Y... dime. Tu esposo, ¿sabe que ...? Bueno, ¿sabe que te ves con otras personas cuando él no está?

—Digamos que le conviene no saber. Y a mí también: ya no me pregunto qué hace él durante sus noches. Es un acuerdo tácito entre nosotros. A los dos nos va bien así.

Dudé, luego en voz muy baja, me atreví a decir:

—Pero no tienes ninguna intención de dejarlo por una chica como yo, ¿verdad?

Silencio. Una pequeña sonrisa.

Sus ojos se pasearon por mi cara, observándola minuciosamente, como si fuera una obra de arte demasiado frágil. Entonces, por toda respuesta a mi pregunta, me besó. Y yo dejé que lo hiciera.

Con la boca abierta, a su merced.

¿Qué me imaginaba, joder? Salgo pitando, de repente, para ir a buscar a una mujer de la que solo conozco el cuerpo. ¿Qué pensaba que pasaría? ¿Qué era soltera, que estaba esperando como yo? ¿Qué vivía sola en su casita de la montaña, que su única razón para vivir era esperarme, a mí y a mis tetas de actriz porno?

Pues claro que no, ya sospechaba que tendría una vida, tampoco era estúpida del todo. Pero aun así, había una pequeña parte de mí que esperaba otra cosa. No sé, un divorcio difícil, una muerte reciente tal vez. Una situación dolorosa donde podría haber un lugar para mí.

Un mínimo de reciprocidad en la necesidad que sentía por ella y que no me dejaba vivir.

Pero la verdad era que desde el principio, nuestra relación fue desequilibrada: Évelyne estaba al timón, y yo remaba tras ella.

Dictaba el calendario de nuestros encuentros: nos veíamos cuando su marido estaba de viaje, cuando los hijos no la necesitaban para que solucionase sus problemas de adultos principiantes. Otros habrían dicho que no, la habrían mandado a la mierda, no soy tu zorra, a ver si te decides de una vez.

Pero no yo, no en ese momento, en cualquier caso.

Yo acepté conformarme.

Acepté las migajas de amor y los placeres fugaces que me concedía como cuando se alimenta a un animalito abandonado. Quizá esperaba algo más, después, del rollo si eres paciente, llegará tu hora, no sé. Lo único que recuerdo es cuánto me enganchó. Parecía que Évelyne me tenía embrujada, joder, no podía sacármela de la cabeza.

Y al fin y al cabo, las primeras semanas, creo que fui feliz.

Sí, con toda la incertidumbre auestas, me gustó esa vida con Évelyne, igual que me habían gustado mis vidas anteriores antes de la implosión. Las noches en su palacio, los despertares por la mañana frente a las murallas del Causse, sin nada más que hacer excepto disfrutar los instantes antes de que volviera su familia, fueron momentos hermosos.

Me hacía bien, tan segura de sí misma en sus dos vidas separadas, sin remordimientos o dudas. De hecho, decidía por mí: ven a verme, guapa, te lo pasarás bien, ya verás.

Y también amor, aunque fuera a cuentagotas. También me dio amor. Porque joder, ella me quería, estoy segura de eso, la excitaba con mis curvas que debían ser las suyas veinte años antes, con mi juventud en la que gozaba perdiéndose.

A veces íbamos a pasear juntas durante el día, me hizo descubrir los senderos que recorrían las mesetas, las tierras áridas donde pastaban las ovejas de los criadores en las brumosas alturas, la montaña y el dulce olor de la hiniesta arracimada alrededor de los macizos de rocas. Los buitres leonados giraban sobre nuestras cabezas, buscábamos al quebrantahuesos, soñábamos con cruzarnos con un lobo.

Un día de finales otoño, nos acariciamos allí arriba, mientras a nuestro alrededor no se veía nada más que un desierto mineral y algunos mechones de hierba secos. Y ese día, aisladas de los asaltos del mundo exterior, unida a Évelyne por ese deseo irracional, creí en nuestra historia.

Si no era amor, ¿qué era, joder?

Lo sé, lo sé, me hago películas, estaba condenado desde el principio. Pero, tan pronto como me tocaba, me olvidaba de eso y lo borraba de mi mente, como si fuera una bestia sucia que nada tuviera que hacer en mi cabeza.

Yo también llevé dos vidas paralelas. Fue necesario porque al final, estaba más a menudo sin Évelyne que con ella.

Todo comenzó con Pom, el tipo que se me había acercado en el *bistro*. Era

un chico agradable, benevolente, que nunca buscaba su interés. Vivía de acuerdo con sus principios: de hecho, no hay tanta gente como él. Me introdujo en su mundo, el colectivo que reunía a todos los que vivían por allí y que querían salir adelante, construir su futuro en lugar de sufrirlo. Había belgas, parisinos, era un poco como la segunda generación de neorrurales, decididos a hacer lo que sus padres no habían tenido la valentía de emprender. Gente muy distinta de la que había conocido, que me aceptaban por quién era, que nunca me juzgaron por mis orígenes burgueses a los que había dado la espalda.

Ayudé a una chica a vaciar su casa, porque se mudaba al sur del valle, para establecerse en una granja, y a cambio me dejó la mitad de sus muebles. Así de sencillo.

Me involucré un poco en la asociación, participaba en los encuentros, organizaba las fiestas y las veladas. Un sábado al mes, en un local que nos prestaba el ayuntamiento en el Causse. Música electrónica, rock, latina, variaba según el responsable que lo organizaba, pasamos buenos momentos allá arriba, eran buena gente, aún si no a todo el mundo le gustaba. Alguna noche se presentaron un puñado de campesinos armados con sus escopetas, para echarnos. También se nos fue de las manos un par de veces, teníamos un par de alcohólicos incontrolables. Los que estaban allí para huir de algo, y no para construir nada.

Pero en conjunto el colectivo no quería armar bulla, ni causar líos. Al contrario, el objetivo era vivir en ese rincón de Francia que los habitantes de las ciudades solo conocían durante el verano. Tratábamos de promover la economía local, boicoteábamos los supermercados a favor de los productores locales. Carne, verduras, miel, bebidas, encontrábamos todo lo que necesitábamos.

Para mí fue otro mundo, un verdadero descubrimiento.

Conocí a una pareja que también estaba en el sector textil. Hacían serigrafías: ella diseñaba la ropa y él imprimía los patrones con pigmentos orgánicos. Cosas bastante elegantes. Hablábamos, empezamos a imaginar proyectos conjuntos. Me ayudaron a que pudiera abrir una parada en el mercado y eso cambió muchas cosas. Mi ropa reciclada, contra todo pronóstico, fue bien recibida. No ganaba tanto como para comprar el palacio de Évelyne, entendámonos, pero sí, me ganaba la vida.

Una vez a la semana me plantaba allí, en medio de la calle peatonal con mis planchas de madera doblándose bajo las telas que había trabajado durante las últimas semanas. Las mujeres de la zona venían a verme, les gustaba mirar mis vestidos, faldas y camisetas, porque eran originales y se salían de lo común. Yo las imaginaba con mis creaciones puestas, tal vez con la esperanza de reavivar el

amor de su pareja, que pendía de un hilo.

Recuerdo la vez que vino a verme la trabajadora social. Bueno, entonces no sabía quién era, ni tenía idea del lazo incomprensible que nos uniría, más adelante. Estaba revisando mis perchas y casi a punto de probarse un vestido, cuando una amiga la interrumpió. Todavía la veo, dándose la vuelta de inmediato, avergonzada, y no sé por qué, pero en ese momento, me dije, esa tiene un amante. Quizá jamás sabría la verdad, pero creo que ese día estuve cerca.

En serio, estoy segura de que todo empezó con eso. Pero no solo venían mujeres a comprar, los hombres también se cobraban lo que pagaban. No podían evitarlo, como si estuvieran enfermos. No se cortaban nada: me miraban los pechos, enfundados en jerséis ajustados cuando se acercaba el invierno. Sentía sus miradas sobre mí desde la pequeña multitud de los clientes del mercado que pasaba frente a mí, con sus esposas colgando del brazo, como si arrastraran un peso, mientras soñaban con la juventud de mi cuerpo.

No estoy ciega, me daba cuenta de los golpes de mentón y las sonrisas hambrientas de cincuentones mal follados y agricultores solitarios. En el fondo, no me molestaba tanto. Me reía de ellos, con Pom y los demás. Porque el deseo que sentían no era malsano.

Muchas veces, cuando caminaba por la calle, me daba la impresión de que me observaban. Sentía una presencia, cerca de mí, como si alguien me siguiera. Pero no presté atención.

Pensé que era parte de la atmósfera local. De la decoración.

De nuevo, fui demasiado ingenua.

Cuando encontré el primer sobre debajo de mi puerta, no lo entendí.

Fue una mañana, a finales de noviembre. La nieve aún no había asomado la punta de su nariz, pero el frío ya estaba allí. Descubría lentamente lo que significaba vivir aquí todo el año, ver a turistas abandonar la región, que la velocidad del tiempo se redujera, y el cielo se calmara como si quisiera encerrarnos en nuestro pequeño mundo, más aislado que nunca. En las laderas de los valles, los árboles grises y desnudos me recordaban a las barras de celda. Salíamos cada vez menos, nos recluíamos en el interior de las casas, mientras en las alturas los vientos se rompían contra las cumbres.

A pesar de mis ventas en el mercado, y a pesar de la solidaridad que había dentro del colectivo, la verdad es que mis finanzas no iban viento en popa.

¿De qué vivía? Bueno, era un equilibrio inestable entre el subsidio de renta garantizada, la venta de mis diseños y algún que otro trabajo en negro con los agricultores del valle, cuando era tiempo de cosecha. Lo suficiente para pagar el alquiler, la comida y algunos extras aquí y allá. No tenía intención de tocar el dinero de mi madre, que dormía en una cuenta a mi nombre desde hacía años. Alguna vez había hablado de eso con Évelyne, pero trataba de hacer lo que me parecía correcto. Creo que sabía distinguir las comodidades que disfrutaba cuando estaba con ella y la precariedad de mi situación. Y a pesar de que quizá me paraba a pensar en ello, nunca le habría pedido dinero.

Estaba bebiendo mi café, con las manos pegadas a la taza caliente, la nariz congestionada a pesar del aceite esencial de eucalipto que inhalaba todo el día, cuando vi el pedazo de papel blanco debajo de mi puerta, al lado de mis bolsas de tela. Fruncí el ceño, preguntándome qué demonios era.

Dudé un momento antes de levantarme, por el frío, y finalmente destapé la manta y fui a recogerlo.

Era un sobre.

Sí, era un sobre blanco, sencillo, que alguien había deslizado bajo la puerta que se abría directamente a la calle. Lo observé entre mi dedos, sin sello, sin dirección, segura de que no lo había traído el cartero. Lo abrí.

En el interior, había dos cosas: un pedazo de papel con un gran corazón dibujado con bolígrafo.

Y un billete de quinientos. Nada más.

Me quedé un instante clavada, con la pasta en la mano.

Nada más, ni palabra, ni explicación. Bueno, no hacía falta ser un genio. Para mí era obvio que el dinero venía de Évelyne. Me parecía extraño que hubiera llegado hasta la puerta de mi casa, en mitad de la noche, sin llamarme para pasar un buen rato en la cama, pero si no era ella, ¿quién más podía ser? Ninguno de los amigos de Pom: vale, uno o dos no le harían ascos a acostarse conmigo, pero no tenían dinero.

Me senté, y estuve a punto de descolgar el teléfono. Decirle gracias, escuchar su voz calentando mi mañana, solo pensarlo me hacía sonreír, incluso antes de marcar el número. Sabía que su marido estaba en la región, pero con suerte igual podría dedicarme una hora.

Sin embargo, me detuve.

Era una mala idea. Si me había hecho llegar el dinero tan discretamente, era por algo. Para evitar que tuviéramos que hablarlo. Para ayudarme, ahorrándome una conversación que me habría hecho sentir como una pobre vagabunda.

Sí, debía ser por eso.

El billete permaneció veinticuatro horas descansando sobre mi mesa, al lado de mi máquina de coser, como un regalo prohibido. Me molestaba, no quería tocarlo, al fin y al cabo era capaz de defenderme sola. Me recordaba a mi madre, a la familia a la que no quería deber nada.

Pero cambié de opinión. Quinientos pavos era una gran ayuda.

Y para ella, no era tanto. Más me valía utilizarlos, y después de todo, yo también le daba mucho a Évelyne. De hecho, se lo daba todo: le pertenecía. Así que al día siguiente, me dije, bueno, qué coño, y deslicé el billete entre las monedas de mi monedero.

Nunca dudé que la pasta provenía de Évelyne. Bueno, hasta... al menos enero. Cuando lo pienso, joder, qué burra fui.

Pero en serio, ¿por qué razón iba a conectar las miradas lascivas de los hombres con el dinero? ¿Por qué iba a dejarme un tío un sobre lleno de pasta, sin nada a cambio?

Sucedió tres veces.

Tres veces encontré un sobre debajo de mi puerta en la mañana, depositado por mi ángel guardián durante la noche. Así que me acostumbré. No me iba nada mal, lo admito, doscientos euros por aquí, quinientos por allá, no vivía precisamente inundada de lujo. A veces solo estaba el dinero, otros días una pequeña sorpresa, una flor seca, una brizna de hierba.

Era bonito, tenía la sensación de descubrir otra cara de Évelyne, un lado más íntimo. Trataba de usar bien el dinero, quería que se diera cuenta de que no me había dejado ir. Pero nunca le mencioné el tema. Fue como un secreto que las dos fingíamos no conocer, aunque nos conviniera a ambas.

De hecho, no se lo dije a nadie. A Pom y los otros, no podía decírselo, ni tampoco hablarles de ese amor que me había llevado hasta el valle, y del cual no sabían nada. Eran dos mundos tan opuestos que no lo entenderían, y aún menos habrían aceptado saber con quién pasaba mis noches. Para ellos, con todos sus ideales, Évelyne y su marido el empresario eran la mismísima encarnación del demonio. Que si los multimillonarios de las ciudades estaban fagocitando las tierras locales en detrimento de los habitantes de toda la vida, que si la multinacional desplegaba sus tentáculos para hundirlos en las regiones más pobres. Me imaginaba su reacción perfectamente.

Así que cuidé de mantener una frontera estanca entre mis dos vidas. Y jamás iba con Évelyne al pueblo. A ella también le convenía.

Un grupo me ofreció dejar mi departamento para unirme a una comuna que se iba a abrir en una enorme construcción de piedra típica de la región, renovada con respeto a las tradiciones arquitectónicas de los valles, un tipo de viviendas comunitarias donde treinta personas se organizaban al servicio de un proyecto común. El ser humano y la naturaleza por encima de todo, era su lema. Entendía la idea, y hasta me resultaba atractiva, iban a elaborar su propia cerveza artesanal. Pero les dije que no. Estaba en el medio, entre dos mundos, no podía comprometerme. De hecho, creo que ni siquiera compartía sus ideas anarquistas o de extrema izquierda (nunca supe ver la diferencia). No estaba lista para sacrificar mi pobre yo en nombre del colectivo.

Lo sé: era egoísta.

Pero en mi interior, a pesar mío, le pertenecía a Évelyne más que a mis nuevos amigos. Para bien y para mal, diría yo.

Mi idilio no podría durar para siempre, debería haberlo sabido. Sin embargo, lo admito, no pensé que iba a deteriorarse tan rápido. Esperaba, bueno, no sé, que nos amásemos lo suficiente como para que aguantase. Estaba equivocada: cuando llegó la Navidad, mi vida número cuatro ya no parecía gran cosa.

Como todos los años, mamá se despertó a principios de diciembre. Venga, una vez al año, sería bueno si estuviéramos todos juntos, tu hermano, tu abuelo que nunca te ve, nos encontramos en casa. La casa era un pabellón exclusivo en las afueras de la ciudad del que había soñado con escapar durante diecinueve años. Avenue du Château, pura clase. La mera idea de quedarme allí una noche me sacaba de quicio. Y ¿para qué? Para contestar a sus preguntas, decirles de qué vivía, hablarles de mi comunidad de neosesentayocheros, de mi aventura con una mujer veinte años mayor que yo, y casada, de propina. Genial. Prefería quedarme en el valle.

Joder, que no, y no me preocupé de guardar las formas, tampoco.

—¡Mierda, me tiene harta!

Es lo que dije al colgar el teléfono, justo antes de masajearme el tórax con aceite esencial de mejorana para superar la ira.

La banda de Pom estaba preparando un gran evento en el Causse. Se habían unido con otro colectivo del valle vecino: muchos medios, sonido imponente, incluso juegos malabares con fuego, vamos, el completo.

—¡Será la hostia! —me dijo Pom, explicándome el proyecto, emocionado

como un niño bajo su montón de rastas—. ¿Vendrás, eh?

—Yes, a fondo. No me lo voy a perder.

No sé si fui convincente en mi entusiasmo simulado. Sabía que iba a terminar yendo a su fiesta de Navidad y estaba seguro de que iba tendría éxito.

Pero, de hecho, lo único que deseaba era pasar esos momentos con Évelyne. Lo sé, es estúpido. Además, las fiestas de fin de año nunca me han gustado, con su júbilo obligatorio, las típicas preguntas, ¿qué haces por Año Nuevo? Joder, el año anterior con Fred habría dado lo que fuera por estar sola esa noche, en lugar de pasarla en una velada hip-hop con sus colegas raperos. Ahora, simplemente deseaba estar con Évelyne, no sabía por qué.

Quizá porque ansiaba calidez, comodidad, comer bien con ella, las dos solas.

Tenía ganas de Évelyne, eso es, de hecho, la quería como si nosotras fuéramos una pareja como cualquier otra, una familia en formación y no esa cosa precaria que ella me había impuesto.

Así que una noche, acostada contra ella sobre las sábanas arrugadas, el aire de nada, se lo dije.

—Podría estar bien, ¿no?

Sonrisa de Évelyne. Esa sonrisa que aprendí a descifrar, que me hacía reír tanto como sufrir. Porque lo que quería decir era, qué guapa eres, pero estás soñando, preciosa. Me recordaba a la triste realidad: yo era sexy, emocionante, estaba buena, todo eso, y le daba más placer en la cama del que nunca había disfrutado con su marido. Pero en su vida, solo ocupaba un lugar muy pequeño. Y por nada en el mundo iba a cambiar eso por mí.

Ese había sido el trato, desde el principio, y lo acepté. Como una imbécil.

—¿Quieres tomar algo?

Mientras lo decía, se vistió para ir a la cocina. La seguí, muda y crispada. A uno y otro lado de la barra de roble macizo, frente a las crestas afiladas que bloqueaban el cielo nocturno detrás de la ventana de la bahía de ventanales, nos bebimos el vino de pie. Ella lo probó como una experta, lamiéndose los labios. Con expresión seria, como si le diera vueltas a mi pregunta.

Como si hubiera cruzado una línea prohibida.

Miró la noche, o evitaba mis ojos, no sé. Y anuncia lo que para mí es como un castigo.

—No estaré aquí en Navidad. Me voy durante dos semanas.

—Ah... ¿Pasas las vacaciones con tu familia?

Se pellizca la boca y, con los ojos aún clavados en la montaña, asiente.

Por supuesto, ¿qué me imaginaba?

Cuando me fui esa noche, cuando me dejó frente a mi casa y nos besamos, sabía que el final estaba cerca. Sentí que era la última vez que nos sentiríamos bien juntas. Y mientras yo seguía loca por esa mujer, por su seguridad, su clase, la superioridad que desprendía, ella ya estaba cansada de mí. Me di cuenta, joder, y habría hecho lo que fuera para evitar lo que se estaba dibujando lentamente, pero cuanto más lo intentaba, más la molestaba.

No podía hacer nada: se alejaba de mí.

Entonces, cuando al día siguiente encontré un nuevo sobre debajo de mi puerta con un centenar de euros, todo parecía terriblemente claro. No era una disculpa, ella no era de ese tipo. No, la pasta, como todos los pequeños obsequios que me concedía con clemencia, era una forma de retenerme. Para calentarme y enfriarme según le conviniera, y tenerme a su merced.

Eso: Évelyne era perversa. Lo que más le excitaba era saberme suya.

Y joder, vaya si lo era.

Negó en Navidad. Los copos empolvaban las cimas de la montaña bajo un velo blanco que se iba a perder en la niebla. Pom se quedaba maravillado frente a los paisajes en blanco y negro, ese valle que ya no era el mismo cuando llegaba el invierno, que revelaba sus riquezas más íntimas a los que aceptaban dejarse domesticar. Y su noche improbable en el medio de las estepas de la Causse, en una sala sin apenas calefacción alrededor de la cual soplaban los vientos, fue un éxito. Éramos unos doscientos tal vez. Sí, doscientos locos, mitad borrachos mitad tirados, disfrazados casi de Papá Noël punk, totalmente consagrados a celebrar la fiesta católica que para nosotros solo representaba una oportunidad de desahogarnos cuando la vida, allí, se ponía en cámara lenta.

Era como si los chavales esperaran la llegada del Año Nuevo con impaciencia, como si de verdad creyeran que iba a irles mejor que el último. Como si este mundo mejor, más solidario, más equitativo, que creían construir, hubiera tenido la oportunidad de nacer de veras algún día. Siempre tenían su utopía en la línea de visión, siempre en la cabeza a pesar de las mil contradicciones que se esforzaban por minimizar.

Yo estuve allí, por supuesto. Incluso bailé, con chicos, con chicas. Rechacé algunos avances en el medio de la noche. Uno fue de Pom, por cierto. No lo culpo, estaba borracho cuando trató de besarme. Era guapo, incluso, cuando miro hacia atrás, en sus ojos borrosos había un deseo que me hizo pensar en mi primer amor adolescente. Tal vez en otras circunstancias me habría ido con él

para divertirme, para pasar el rato. No habría sido la primera vez.

Pero no tenía ganas de divertirme. En medio de esa banda de idealistas intoxicados por su vida fuera del sistema, no me sentía en mi lugar.

En mi cabeza, soñaba con un mundo inconfesable. El de Évelyne, a kilómetros de distancia.

De hecho, durante esas dos semanas de invierno que ella pasó lejos de aquí fue la depresión total. Me chutaba con aceites esenciales, infusiones de verbena de limón para el humor, estragón mucho más allá de las dosis recomendadas para evitar volver a fumar, pero todos los días me hundía en un estado de ánimo negro. Imposible ser positiva, concentrarse en lo que era hermoso en estas paredes de roca y moteadas de nieve que rodeaban la ciudad. Era como si hubiera olvidado todo lo que me gustaba cuando llegué aquí, y casi empezaba a arrepentirme de mi vida anterior. Me pasaba horas frente a mi máquina de coser, fijándome en el movimiento hipnótico de la aguja en la tela que puntuaba los minutos, las horas, la espera sin fin. Sí, era mi única ocupación, al final: esperaba el regreso de Évelyne regrese como un niño que espera a su madre, con impaciencia y miedo al mismo tiempo.

Adivinaba el final de esta vida recién comenzada, y me daba cuenta de que lo que más me asustaba en el mundo había sucedido: a pesar del puñado de gente agradable y loca a mi alrededor, me sentía más sola que nunca.

Sin noticias.

Cuando regresó, no me llamó, ni una palabra, nada. Cada mañana miraba debajo de mi puerta, salía lo menos posible para quedarme cerca del teléfono, esperaba la menor señal de vida repitiéndome que ya había llegado el día, me había olvidado. Y cada día que pasaba, después de la tristeza y el miedo, montaba en cólera. La conocía bien: era la ira que sentía al final de mis aventuras, cuando todo se iba a la mierda. La que se comió Fred el día de nuestra separación, cuando pateé su equipo, y le daba golpes con mi bolsa. A pesar de los masajes de mejorana, la sentí venir, y mis amigos también, me hicieron pequeñas observaciones, como que parecía menos relajada, y a veces me peleaba con Pom, sin motivo.

Pobre, no tenía la culpa de nada.

Así que, finalmente, una mañana, como si nada, la llamé.

—¿Évelyne?

Tenía la voz de una niña.

—Sí.

—Yo... Esperaba tu llamada, ¿has vuelto hace una semana, no?

—Sí. Sí, lo siento, no he tenido tiempo.

No había tenido tiempo. No había tenido tiempo, me repetí.

—Ah. ¿Quieres que nos veamos? No sé, podríamos ir a pasear uno de estos días, ¿no?

Silencio, suspiro, luego con una voz fría como una piedra del valle:

—Yo tampoco lo sé. Estoy un poco ocupada ahora mismo. Más tarde, ¿de acuerdo?

Guardé silencio un momento antes de intentar un:

—Oye, ¿hay algún problema?

—No, no.

—Pero sí, ¿qué te pasa? Pareces enfadada.

Mierda, hablo como mi madre cuando nos vemos.

—Te digo que no. Bueno, te dejo, nos llamamos, ¿vale? Besos.

Besos, joder, ha dicho besos.

Ya no soy su cariño, su guapa, su bonita, su maravillosa Maribé. No, está claro que mi llamada la ha molestado, basta oírla para darse cuenta. Y me duele, joder, vaya si me duele comprenderlo. Cuelgo. Miro fijamente la pared, con el aparato aún en la mano.

Estoy furiosa y desorientada al mismo tiempo. Aprieto los dientes.

Y sale de golpe.

Tiro bruscamente el cable del teléfono y lo hago saltar por la mesa y se derrumba sobre las piedras frías. En pedazos.

—¡Putas! —Grito, sola en mi diminuta sala de estar—. Joder, joder, ¡maldita puta!

Y no sé si es a ella o a mí a quien me refiero.

18 de enero. La fecha fatal. Recuerdo cada una de las palabras que nos cruzamos esa noche.

Dejé el local del colectivo. Nos habíamos pasado la tarde pegando etiquetas en tarros de miel para un apicultor de la montaña. Así recaudábamos un poco de dinero para los gastos de la asociación, para poder al menos pagar el equipo de sonido.

Me relajaba.

Una chica había venido a vernos, estaban preparando una manifestación

para el fin de semana delante de la comisaría, una acción agresiva y pacífica al mismo tiempo, en contra de las autorizaciones de perforación en busca de gas al sur de la región.

—No es con proyectos así como desarrollaremos el territorio. El gas debe permanecer bajo tierra, ¡no tiene sentido!

No lo hacía mal, estaba muy motivada. Dije que vería, pero sabía que no iría. Estaba más bien de acuerdo con ella, era cierto que se trataba de un escándalo, el ministro había firmado los permisos dos días antes de su salida del gobierno. Pero no llegaba a sentirme implicada. Planeaba quedarme en casa.

Caminaba por las calles peatonales de la ciudad, con las manos acurrucadas en lo profundo de los bolsillos de mi chaqueta, hacía uno de esos días helados. En la tele habían anunciado nieve y nuevas tormentas para la noche, que empezaba a apoderarse del cielo. No había ni Dios, la gente se había encerrado en casa, pegados a su televisor, en familia. Para volver al apartamento, pasé por la calle que marcaba la frontera entre la ciudad y la montaña. A mi izquierda se elevaban los empinados terraplenes, hasta los acantilados que parecían mirarnos con lástima. Todo desaparecía lentamente en la oscuridad naciente.

Iba sola, a buen paso.

Al principio oí un ruido detrás de mí, y volví a sentir la impresión de que me seguían, como me había pasado ya varias veces durante las últimas semanas. Me volví pero no había nadie. Tonta, imaginaciones tuyas, Maribé. Así que seguí adelante.

Entonces la vi.

Un poco más lejos, a veinte metros frente a mí, reconocí la silueta segura de Évelyne. Sí, era ella, con botas de montaña, una parka sobre los hombros, y una mochila llena. Volvía de excursión, como si no estuviéramos en pleno invierno.

De repente, me congeló. Se acerca a mí, y no tiene aspecto de estar feliz de haberse cruzado conmigo.

Mi garganta se tensa.

—Hola.

Sonrisa forzada

—¿Qué haces ahí?

—Voy a por mi coche —dijo—. Está en la entrada del pueblo.

—¿Te habías ido de excursión? ¿Con este tiempo?

—Sí, he subido a los picos, para relajarme un poco.

—¿Sola?

Asiente.

—¿Por qué ...? ¿Por qué no me has avisado? Hubiera podido ir contigo.

Frunce el ceño.

—Quería estar sola.

—¿Quieres decir sin mí, verdad?

—No, quiero decir sola. Eso es todo.

Su voz es seca como una rama muerta.

—¿Tenías intención de devolverme la llamada?

—Claro que sí. ¿Qué es este interrogatorio?

—¿Cuándo?

Suspiro.

—¿Cuándo? Respóndeme.

Cuanto más insisto, más se impacienta. Está claro. Tiene ganas de deshacerse de mí. Lo estoy mandando todo a la mierda. Pero es más fuerte que yo, mi corazón se aplasta entre mis pechos. Se enciende un cigarrillo.

—¿Qué está pasando, Évelyne?

—Nada, ¿quieres parar?

Inhalo una gran bocanada de aire, y mientras las lágrimas acuden a mis ojos, lo remato.

—¿Has conocido a alguien? —Sin respuesta—. ¿Quién es? Es un hombre, ¿verdad? ¿Qué edad tiene?

Da una calada, el aliento en la oscuridad nos rodea poco a poco.

—¿Sabes qué? —dice, con una calma escalofriante—. Me tienes harta, ¿entiendes? No tengo ganas de contestarte. ¿Acaso yo te pregunto con quién te acuestas?

—¡Con nadie! ¿De qué hablas?

—Tu banda de PLP, ¿no haces nada con ellos?

—¿Mi banda de qué?

—Esos amigos tuyos, pseudoanarquistas, tus barbudos. ¡Tus vagabundos!

Silencio. Sigue fumando frente a mí, llena de desprecio, imperial. No la reconozco.

Siento que me sube la ira por la garganta, en ese momento la odio tanto como la amo, tengo las mismas ganas de arrojarme a sus pies que de pegarle. Al otro extremo de la calle se oyen ruidos, pero apenas los oigo, ya no estoy allí.

Mi voz suena estrangulada cuando vuelvo a hablar. Bueno, cuando le grito, porque ya he perdido el control de mí misma.

—¡Eres un monstruo, Évelyne! Tú... ¿Te das cuenta de lo que haces? Joder, ¿te das cuenta?

—Para... —dice ella, apenas alterada.

—¡Para tú!

—Madre mía, no puedo creerlo... Bueno, tengo que irme. Ya hablaremos cuando estés más tranquila, ¿de acuerdo?

—¡No! ¡No, no puedes dejarme así!

—Sí. Te calmas y nos llamamos mañana. Estoy cansada, ¿sabes? Ahora no puedo con esto.

Ahora no puedo con esto. Sus palabras son como jodidas puñaladas que se clavan en mi corazón. Mi interior arde en un incendio y todo se derrumba. Ella aplasta la colilla sobre las losas heladas de la calle y se gira para dejarme atrás. La agarro de la manga.

—Eres...

Se zafa, avanza por el callejón oscuro. Ya nos separan varios metros cuando grito esas palabras que lamentaré durante días:

—¡Eres una verdadera puta, joder! ¡Te odio!

Se da vuelta, me mira con lástima en sus ojos. Y allí, furiosa, me acuerdo de los sobres debajo de mi puerta. Busco en mi bolsillo, saco dos billetes.

—Y aquí tienes tu dinero. ¡Ya no lo quiero! Toma, ¡quédatelo!

Arrojé los billetes, que se quedaron en el suelo, empapados de aguanieve.

Recuerdo muy bien su mirada, en ese momento.

Su última mirada. Bueno, creo recordarla, tal vez con el tiempo he reconstruido la realidad para encajar con lo que sucedió después. Pero los tengo clavados, son sus dos ojos claros y de repente, tranquilos, en la noche. En serio, por un momento, estoy seguro de que ella dudó de si volver y caminar hacia mí, tomarme en sus brazos y dejar atrás nuestra pelea. Todo habría sido diferente, sin duda.

Pero no lo hizo.

Desapareció en la oscuridad de las calles mientras le gritaba una última vez:

—¡Évelyne!

Fue la última vez que la vi.

Yo la maté.

No sé qué le pasó a Évelyne esa noche, probablemente no lo sabré nunca. Pero hoy tengo algunas ideas sobre el tema. Creo que está muerta. Pensar en eso me encoge el corazón, y una bola de pena asciende por mi garganta. Pero no veo ninguna otra explicación. Está muerta. Y con el tiempo, terminé persuadiéndome de que fue culpa mía.

Sí, en cierto modo, soy en parte responsable de su muerte.

Además, lo admito, la hubiera matado de buena gana.

De verdad: si ella hubiera estado frente a mí cuando llegué al apartamento después de dejarla, creo que podría haberla golpeado. Estaba temblando, fuera de mí. La rabia. Me desahogué con mi maniquí de costura, el pobre: era lo único que tenía a mano. Rompí la ropa que acababa de terminar. En esos momentos, es mejor no estar cerca de mí, todas mis exparejas pueden dar fe de ello. Puta, puta, puta, lo repetía en voz alta. Recordaba todo lo que habíamos vivido juntas y que ella acababa de borrarlo de un plumazo, como si nada hubiera existido.

Sí, solo tenía un deseo, y era golpearla. Expulsar todo lo que me destrozaba el vientre, matar ese amor sin sentido en el que me había sumergido como una adolescente. Poner fin a mi vida número cuatro, con violencia, como siempre. La maldije toda la noche.

Lo sé, lo sé: demasiado impulsiva.

Demasiado sensible también, joder.

Cuando me enteré de su desaparición, la noche siguiente, enseguida lo relacioné con nuestra disputa. Primero, pensé que se había largado con el otro, del que no me había querido hablar. Me lo imaginaba: durante sus vacaciones, había encontrado otra presa, una jovencita tan ingenua como yo con quien engañar a su marido. Y como la había enfurecido la otra noche, se había largado con ella.

Para hacernos mierda a mí, a su esposo, a todos. Encajaba, era su estilo, provocarnos así.

Pero los días pasaban y ella no aparecía. Salía por todas partes, en los periódicos. Hablaban de sus cualidades, idealizándola como si ya estuviera bajo tierra. Mi banda de PLP, como los había llamado, se reían de ella, se inventaban escenarios improbables, tragedias familiares dignas de las peores series de televisión, maquinaciones políticas, cosas que solo les pasan a los ricos. Los escuchaba, obligándome a sonreír, manteniendo en secreto mi relación con ella, con esta mujer de clase alta a la que despreciaban tanto como ella los despreció.

Por primera vez, vi a su esposo, Guillaume Ducat, cuando los periodistas lo entrevistaron. Miré durante largo tiempo su rostro en la fotografía del diario, su aspecto de cincuentón satisfecho de sí mismo, al menos eso es lo que pensé. Me preguntaba si sabía de mi existencia.

Y durante ese tiempo, cuando todo el mundo buscaba a Évelyne, caí en lo que parecía una depresión. Me pasaba el día rumiando en todas las contradicciones que anidaban en mi alma, que se empujaban entre sí: la ira, la tristeza, el odio y el amor, la incomprensión y culpa; me torturaba. Tenía la

impresión de que mi vida número cuatro había sido cortada de raíz antes de que pudiera escapar, que me habían robado el suicidio. Y joder, echaba de menos a Évelyne, era de locos. Una sensación de abandono tan brutal, estaba como perdida sin ella por allí: incluso despreciativa y distante, cuando sabía que estaba en su casa, me sentía segura con su mera existencia.

Dejé de salir. Me encerré en casa, haciendo oídos sordos a las llamadas de Pom, de los demás, de mi madre también seguramente, abusando de los aceites esenciales sin respetar las dosis recomendadas.

Es culpa tuya, es culpa tuya, le daba vueltas una y otra vez, reflexionaba sobre las cosas que nunca debí haberle dicho. Eres una imbécil, lo has mandado todo a la mierda, es lo único que sabes hacer.

Con los gendarmes, me hice la inocente.

Vinieron a verme una mañana a mi apartamento. «Mayor Vigier», dijo, y cuando vi el uniforme, me puse rígida. Sabía que me encontrarían con los registros telefónicos, antes de que Évelyne se distanciara de mí nos llamábamos muy a menudo. Ya tenía mi discurso preparado.

Un cuento como una catedral.

—Sí, nos conocíamos un poco, ella y yo. Nos habíamos conocido en el mercado, estaba interesada en mis diseños. Habíamos simpatizado.

El tipo alzó las cejas. Es extraño, parecía superado por la magnitud del caso.

—¿Simpatizó? ¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, está claro, ¿no? Éramos amigas, nos veíamos de vez en cuando. Como pasaba mucho tiempo sola y yo acababa de instalarme en la zona, a veces íbamos de paseo juntas. A ella le gustaba mucho salir a caminar.

—Ya veo. Y el 18 de enero, ¿estabas con ella?

Suspiré, con aire desolado

—No, llevábamos casi un mes sin vernos. Imagino que salía a caminar sola, a veces le daba por ahí.

—Hmm... ¿Estabas con alguien ese día? Quiero decir... —Dudó un poco —. ¿Alguien puede confirmar que no habías salido a pasear con ella?

—Sí, sí. Estuve en el local de mi asociación. Éramos al menos diez.

Era algo que podía comprobar, y también que Évelyne y yo casi no nos habíamos llamado desde Navidad. Se contentó con eso, no preguntó mucho más. Será que soy una buena mentirosa. No me pareció prudente decirle la verdad.

No, a la poli nunca. Me habría convertido en sospechosa, la que se acostaba con la desaparecida, la última que la había visto con vida, vamos, que terminaría jodida con toda seguridad.

Y además, sabía algo que nadie más sospechaba.

Los rumores decían que Évelyne había quedado atrapada en una tormenta. Que se había aventurado a una caminata que era demasiado arriesgada, que los vientos y la nieve la habían sorprendido en la meseta. Lo más probable era que un caminante o un pastor encontrara su cuerpo en primavera, cuando la nieve se hubiera derretido, y todo el misterio que había crecido a su alrededor caería como un soplo. Solo serviría para recordar a los incautos de los peligros que nos acechan en las cumbres.

Pero lo que todos parecían ignorar después de su caminata, Évelyne había regresado. Yo me había cruzado con ella a su vuelta, cansada pero viva. La tormenta no tenía nada que ver con su desaparición.

Por la prensa, me enteré de que su coche había aparecido en la entrada de la ciudad, es decir, donde lo había dejado ella antes de internarse por los senderos.

Seguía dándole vueltas en mi cabeza, buscando otras opciones, pero solo se me ocurría una explicación: si algo le había sucedido, tenía que haber sido en ese lugar, en el camino donde nos discutimos, y en el tiempo que tardó en llegar a su coche. Por eso me sentía culpable.

Y eso no era todo.

Recordé un detalle de nuestra disputa. Un detalle que me había pasado casi desapercibido, al que no había prestado tanta atención de tan furiosa que estaba con ella.

Un ruido de pasos al final de la calle justo antes de que empezara a gritarle. Joder, pensé cuando lo recordé.

La calle estaba desierta, pero no estábamos solas. Había alguien más, observándonos. Y si el tipo (o la tipa, pero yo me imaginaba más bien un tipo) no había hablado con la policía, para mí solo significaba una cosa. Que era él.

El que había impedido que Évelyne llegara a su automóvil.
Su asesino.

Debería haberme largado en ese momento.

No tenía nada que hacer allí, en ese valle hundido en un invierno sin fin, con la nieve derritiéndose y regresando antes de que tuviéramos tiempo de olvidarla. De hecho, creo que nunca debería haber venido, que fue un error desde

el principio.

Pero no podía irme: no sé, seguía esperando, soñando con el regreso de Évelyne, era más fuerte que yo.

Sí, eso era: es la duda me retenía.

Solo la duda.

Algunos días, también jugaba a investigar, conducía hasta los senderos de las montañas, los valles, en el Causse, escudriñando el paisaje en busca de la mujer que amaba. A veces, me acercaba a su mansión, y espiaba las idas y venidas de los visitantes. Su marido salía poco, su 4x4 estaba aparcado en el césped al pie de la casa donde habíamos hecho el amor Évelyne y yo. Una vez, recuerdo haber visto a un campesino entrar en la propiedad, a pie, como un ladrón.

En ese momento, me dije: ¡Es él!

Pero no lo era, como iba a averiguar más tarde.

Repasé los pocos meses que llevaba en la región, analizándolos una y mil veces para tratar de entender lo que había sucedido. Y semana tras semana, veía las cosas de manera diferente. Pensaba en el asesinato de la calle, y también en las miradas lascivas cuando vendía mi ropa en el mercado, los tipos que me miraban los pechos, como objetos de deseo prohibidos. Eso es, me dije. A alguno se le habrá subido a la cabeza. Y me di cuenta de que muchas veces, cuando paseaba por el pueblo, sentía como una presencia, como si me siguieran.

No, te lo estás inventando, para convencerte de que las cosas fueron de otra manera.

Y sin embargo.

Llamó a mi casa una tarde, cuando el nombre de Évelyne ya no aparecía con tanta frecuencia en los periódicos. Tres golpes contra el vidrio. Estaba en mi habitación, acostada en la cama y mirando el espacio en blanco del techo.

Me levanté, caminé hacia la sala de estar, frunciendo el ceño. Me pregunté quién podía ser. Pom, tal vez preocupado por mí, es muy amable.

Pero tan pronto como vi la silueta borrosa detrás del cristal, supe que no era Pom. Era un armario, metro noventa y corpulento, llenaba toda la puerta. Al lado, mi maniquí de costura pegado a la pared se veía muy pequeño.

Volvió a llamar.

Dudé, inquieta.

—¿Quién es?

Pasó un instante, y dijo:

—Soy yo.

¿Yo? ¿Quién eres?

—Abre, por favor.

Hablaba como si nos conociéramos. Me quedé un momento detrás de la puerta, con la mano en la boca, rebuscando en mi memoria, barriendo las caras de todos a los que había conocido allí, en mi *stand*, en la asociación. Finalmente, abrí.

Y he aquí al tipo que tenía plantado en el umbral de mi apartamento.

Un tipo cuadrado, de tejanos gastados, camisa a cuadros de tela gruesa. Un rostro grande, una barra de pelo en lugar de cejas. Pero nada amenazador, todavía no en todo caso, hasta parecía agradable. Un poco perdido, diría. Se pasó los dedos por el labio inferior, se aclaró su garganta como si estuviera buscando las palabras.

—Lo sé, querías que esperáramos —dijo finalmente, en voz baja.

No pude evitarlo.

—¿Cómo?

Me causó una impresión muy extraña. No lo conocía, pero me sonaba de algo. Tenía un físico que me resultaba vagamente familiar, como si me lo hubiera cruzado por el pueblo, en el mercado. Varias veces, incluso.

De hecho, es extraño, pero era como si formara parte del paisaje.

Como si siempre hubiera estado allí, en los alrededores. En mi vida.

Continuó:

—Yo... Necesito que me expliques.

—¿Qué...?

—El tipo que me llamó el otro día. Era un policía. Me habló de ti, sabía tu nombre. Era una broma, ¿verdad?

Lo miré, completamente perdida.

—No entiendo qué... No entiendo nada, ¿vale?

Se pasó una manaza por su cabello, con la mirada preocupada.

—Por favor, dime que fue una broma.

Al decir eso, veo que le tiembla el labio. Su mirada tiene algo que reconozco. No es solo deseo, es más fuerte que eso. Parece amor, algo poderoso, como si hubiéramos compartido una vida. Me incomoda. De repente, siento la necesidad urgente de que se vaya. Empiezo a cerrar la puerta suavemente.

—Esto es un error. No tengo nada que...

—Espera.

Con el pie encajado en la abertura, me impide cerrar. Frunzo el ceño, y sigo empujando la puerta con fuerza.

—Bueno, basta. No sé quién eres, y empiezas a asustarme.

Apenas me escucha, está lanzado.

—Pero... no puedes hacerme eso. Después de todo lo que nos hemos dicho, todo lo que he hecho por ti desde el principio. No...

—Estás completamente loco.

Guarda silencio unos segundos, sorprendido, más confundido que nunca. Tratando de entender. Me digo a mí misma: «Tranquila, se largará». Pero no, al momento siguiente mira hacia abajo. Joder, me está mirando los pechos, mierda, los mira como dos melones en una exhibición de supermercado. Con un deseo que no me gusta en absoluto. Su expresión ha cambiado, ya no está perdido, sino hambriento. Puedo sentir la tensión, lo veo en sus ojos, está a punto de romperse.

Y se arroja sobre mí.

Me toma en sus brazos, yo me echo hacia atrás, la puerta se abre de par en par.

Interpongo los antebrazos entre él y yo, trato de rechazarlo mientras su boca busca mis labios. Lucho tanto como puedo, pero con su tamaño, hará lo que le dé la gana. Joder, va a violarme, ese tarado va a violarme. No presto atención a nada de lo que dice, me esfuerzo por alejar su torso cerca del mío, aparto la cabeza en todas direcciones para evitar su beso. Me inclino hacia atrás y los dos nos balanceamos, su hombro golpea la mesa, mi Singer cae al suelo. Me agito bajo su peso, él me atrapa las manos, aprieta mis muñecas entre sus dedos ásperos.

Grito, lo insulto, a punto de ceder.

No sé cómo logro levantar una rodilla y poner mis piernas entre nuestros cuerpos. Y entonces empujo. Con todas mis fuerzas, empujo y grito. Su pecho se aparta de encima de mí, y rodamos de lado.

Vuelvo a arrojar el pie, una patada tras otra.

Con una fuerza que me sorprende.

En la cara. Su cabeza sale disparada hacia atrás y golpea la pared. Aprovecho para alejarme de él, tanto como sea posible, me refugio en la esquina opuesta.

Gime, con la mano en el rostro, desplomado. Se frota el ojo derecho.

Silencio en mi sala de estar.

No me atrevo a moverme. Espero.

Cuando finalmente mira hacia arriba, veo un gran morado en la parte superior de su mejilla. Algo feo, no había fallado. Evitaba mirarme. No era el mismo hombre, ya no había rabia ni peligro. Estaba hundido. Miró distintos puntos de la sala con una tristeza inmensa, con los labios apretados. Ya no tenía miedo. Había acabado.

Un momento pasa así.
Se levantó, murmuró una disculpa, lo siento, algo por el estilo.
Desapareció por la puerta abierta.

Me fui del valle una semana después de la agresión.

Al menos me ayudó para eso, para que me fuera, de lo contrario tal vez habría terminado mi vida en ese lugar perdido donde nunca volveré a poner un pie.

Me fui una mañana, con mis máquinas y mi maniquí en el asiento trasero, con mis vestidos inacabados en el baúl, dejando atrás la vida número cuatro, que preferiría no haber vivido. Con tanta amargura como incompreensión.

No pude guardarme para mí lo que había sucedido, y después de una noche sin dormir llamé a Pom, ¿puedes venir, por favor? Tengo que contarte algo. Y se lo conté todo, bueno, casi todo. Me ayudó a recuperarme, me escuchó, de buena fe. Era lo que siempre me había gustado de él. Y conocía mejor a los campesinos y agricultores de la zona, y gracias a él supe más sobre el hombre que casi me violó. Su nombre era Michel Farange. Tenía un rebaño de vacas en la montaña, estaba casado con una asistente social. Un tipo bastante tranquilo, según Pom. No encontramos ninguna explicación para lo que había intentado, pero estaba claro que su vida se había ido a al mierda, en algún lugar de las cumbres.

Sin duda su pareja ya no tal.

Había perdido la cabeza.

Debería haberlo denunciado, por supuesto, eso es lo que Pom me aconsejó hacer. Pero no quería. Mi nombre en boca de todos, mis asuntos en los periódicos, mi historia con Évelyne revelada, no, gracias. Y finalmente, había pasado más miedo que otra cosa, pero al final todo había quedado en nada, el tipo trató de besarme.

Le pedí a Pom que fuera discreto. Y creo que hasta ahora, ha cumplido su palabra.

Incluso cuando me fui.

Incluso después, cuando Michel Farange desapareció.

A menudo todavía pienso en Évelyne, y debo admitir que sigo echándola de menos. Tenía algo que nunca encontré en nadie más, una forma de hacerme creer en la vida, en la felicidad, en el amor, en todos estos ideales que nunca he dejado de perseguir.

Estoy segura de que está muerta. Sin embargo, a veces sueño que sigue

viva, que reaparecerá. Para llevarme de vuelta debajo de su ala. Porque el resto de mi vida, no fue más brillante. Me instalé en la costa, un poco al azar, donde conocía dos o tres personas que podían acogerme. Pasé días en busca de un futuro, vaciando los paquetes de cigarrillos igual que me había dado a las botellas de aceites esenciales, y me dediqué a llorar por mi destino, con esa sensación de abandono tan familiar.

Nuevamente en caída libre, esperando que un héroe me salvara.

De la vida número cinco.

Sin embargo, nunca olvidaré la agresión, el miedo que sentí cuando pensé que iba a violarme, con los muslos abiertos por la fuerza de un extraño. Y sobre todo, aún me perturba la impresión extraña que tuve al leer la mirada de Michel Farange.

Porque el tipo no estaba loco.

No, estoy segura: es una locura, pero él realmente creía conocerme. En sus ojos, antes de que viniera abajo, había un brillo dichoso. Un amor profundo y sincero. Me tomaba por otra, por una mujer a la que le había dado su corazón y seguramente mucho más que eso. Era imposible saber quién era la chica. Donde estaba, lo que le había hecho.

Solo sé su nombre.

Porque en un momento, cuando estaba encima de mí, lo pronunció.

Amandine.

Armand

—Qué guapo, y siempre tan bien vestido...

Era viernes por la noche, en el bar. Tiempo de fiesta, vamos.

Todo el barrio había venido a disfrutar de la noche iluminada por los puntos multicolores. El *coupé-décalé* salía por los altavoces y explotaba en los bares de al lado. El polvo salpicaba la calle, las motocicletas estaban estacionadas en todas las direcciones a lo largo de las paredes del perpiaño. Las gacelas balanceaban sus petas en la terraza, con los tacones en el suelo, agotadas como princesas y miraban a los hombres, que fingían no estar interesados.

Y verdad de la buena: allí, el príncipe de la noche era yo.

Sí, el DJ hablaba de mí. En el pequeño escenario, con el micrófono.

—Un jugador, como siempre... Y además, listo.

Más abajo en la multitud vi a mi pandilla bebiendo cerveza. Sylvestre, Driss, Moussa, Christian, todos me observaban desfilar, caminando a lo largo de los bafles chisporroteantes, con la sonrisa de un rey. Un cigarrillo colgaba de mis labios y toqueteé mi cadena de oro, la hebilla de mi cinturón, mi hermoso reloj, mi camisa brillante. Para que quedara claro que me iba de puta madre.

Todo el rato, el DJ repetía mi apodo.

—El General CFA, es el General CFA, ya lo sabéis... Se volverá loco... Me llenará de billetes...

Y, mirando a Monique, que se apoyaba en la barra mientras rechazaba los avances de los tíos que no sabían que estaba conmigo, comencé mi *travaillement*. Metí las manos en los bolsillos de los vaqueros, saqué los billetes y los arrojé al aire. Uno por uno, los hice volar sobre el escenario, por la terraza. Había muchos más, lloviendo por doquier, y caminaba por encima como si no los viera, mientras los demás recogían lo que había caído al suelo. Ni siquiera sabía cuánta pasta había, pero era realmente mucho, de eso estaba seguro. Eso es el *travaillement*: pavonearse y gastar lo más rápidamente posible lo que has ganado durante la semana. Para que vean cuánto tienes.

Duró un buen rato, que saboreé antes de bajar a reunirme con mis amigos. El DJ había dejado de hablar, estaba pinchando para ambientar al público. En la barra, con el pecho inflando mi camisa, deposité un nuevo paquete de billetes. La camarera, una preciosa modelo que Sylvestre intentaba ligarse desde el comienzo de la tarde, trajo una botella de champán, y la puso frente a nosotros

con una sonrisa impresionada. Procedí a llenar todas las copas a mi alrededor, sin prestar atención a lo que caía al suelo y empapaba la tierra gris.

Después, con Monique, fui a bailar a la pista. Los demás, celosos, nos miraban. A mí me seguían por Facebook. Habían visto todas las fotos que publicaba, acostado en la cama *king size* en la habitación de mi hotel, mis dedos señalando el objetivo y hundiéndose bajo docenas de billetes esparcidos en las sábanas. A Monique la miraban porque era la gacela más hermosa del maquis con su falda corta y su corpiño forrado con diamantes falsos que le apretaban los pechos. Monique se movía demasiado bien, frotaba sus nalgas contra mí, me seducía. Me encantaba.

Me lo pasaba de muerte con ella.

Por supuesto, esa noche, también gozaba con esa prosperidad que era mía, el dinero que cada viernes desperdiciaba en los bares más famosos de la ciudad. Fingía como si mi gloria fuera eterna. Como si todavía fuera una máquina tragaperras, que era lo que todos pensaban de mí que. Sudaba bajo la luz de los focos y solo pensaba en la fiesta.

En todo caso, trataba de no pensar en nada más.

Porque después de esa noche, nadie podría imaginar que para mí ya había llegado el final. Que mi negocio estaba jodido, que había pasado mucho tiempo desde la última inyección de pasta. Que iba a perder a Monique en muy poco tiempo.

Y que si había bebido tanta cerveza y champán esa noche, fue para olvidar lo que me esperaba al día siguiente. Algo terrible que llevaba semanas evitando, pero que tenía que conseguir si quería remontar.

Al día siguiente tenía que asesinar a un niño.

¿Cómo llegué allí? Hacía un año, nadie se habría imaginado que iba a convertirme en uno de los tíos más forrados del barrio. Ni a qué prácticas diabólicas tendría que dedicarme. En ese momento, me parecía más bien a un esclavo de galeras.

Recuerdo el día en que quedé con la pandilla para beber la cerveza en el *Dynamique*, el bar que era nuestro cuartel general. El gerente hacía allí sus negocios, se creía el director de un hotel de lujo detrás de su barra de piedra llena de botellas tambaleándose sobre tablas desvencijadas mientras en la cocina del fondo freían allicos y apestaba a plátano frito. Comíamos pollo a la parrilla y fumábamos cigarrillos liados a mano contándonos nuestros pequeños *business*,

los últimos golpes exitosos.

Acababa de llegar cuando Sylvestre me miró con una sonrisa. Levantó las cejas y señaló las mesas de plástico al otro lado de la terraza.

—Mira allí, allí. Esa chica es demasiado hermosa, me está matando.

Él era así, nunca se detenía.

Nos giramos para mirarla. La gacela estaba sentada cerca del bar, con dos amigas. Se reían mientras comían un *attiéké* de pescado en platos desechables. Bueno, Sylvestre tenía razón, era una belleza, con las nalgas redondas y la boca hecha para besarla de inmediato. Llevaba tacones, bolso de cuero, un vestido que moldeaba sus formas peligrosas, joyas, todas las opciones, vaya. Se hacía la orgullosa como si no nos hubiera visto, casi como si fuera de París.

—Oye, amigo —dijo Driss—. Desde que te compraste la camisa nueva, vas loco, tío.

Sylvestre no le hizo caso. Bebió un sorbo de su Castel, se enjuagó las manos con la olla de agua en el suelo. Luego se levantó, se metió la camisa en los pantalones vaqueros y caminó hacia la chavala, avanzando entre las mesas blancas y las sillas rotas. Ella lo miró de pies a cabeza, moviendo sus pendientes dorados. Los miramos con nuestras botellas en la mano. Driss se inclinó hacia mí.

—Si ni siquiera puede con la primera y ya quiere abrir segunda oficina.

A Driss le gustaba hablar sobre los demás, no se mordía la lengua. Pero estábamos acostumbrados, y también nos hacía reír.

No oímos todo lo que Sylvestre y la chica se dijeron, pero las últimas palabras que le soltó ella llegaron hasta nuestra mesa:

—Ya tardas en largarte, ¿vale? ¡Va, que me estás haciendo perder el tiempo! ¡Tchrrr! —Driss estalló en carcajadas golpeándose la rodilla cuando nuestro amigo volvió hasta nosotros, arrastrando sus zapatillas de deporte por el suelo. La chavala lo había echado sin miramientos, ya no le hacía ni caso y estaba hablando con sus amigas.

—¡Ya nos enseñarás tu técnica, tío!

—Oye, cierra tu puta boca —replicó Sylvestre mientras se terminaba la botella y pedía otra—. Chico, otra cerveza, ¡aquí!

Se sentó en la silla, se llevó una mano a la boca y se calló mientras esperaba que le trajesen la botella. Lo conocíamos bien, sabíamos que estaba enfadado, pero ya se le pasaría.

—¿Y tú, Armand? —me dijo Moussa—. ¿Cómo vas?

Moussa es mi amigo. Nos conocemos desde siempre, nuestras familias son del mismo pueblo. Ya de niños jugábamos juntos, corríamos por las calles del

barrio. Bueno, él no habla mucho, hay quienes lo encuentran extraño porque no le interesan las chicas. A menudo Driss se metía con él, decía que era *woubi*, que le gustaban los hombres, vamos. Pero eso no es cierto, él es así, no es raro. Solo es discreto, no le gusta pavonearse delante de la gente. A veces no dice nada porque está pensando en el Señor, no hay nadie más creyente que él.

—¿Armand?

Con los dedos en el pollo, no respondí. Tenía la cabeza en otro lado, estaba pensando. Ya estaba harto de todo eso, de trabajar como un esclavo para que las gacelas se burlaran de nosotros como esa *freshnie* con Sylvestre. Sí, ahí fue cuando tomé mi decisión. Esta vez ya no era negociable. Nuestros pequeños golpes ya no eran suficiente para mí. Me había prometido a mí mismo apretar el acelerador.

Convertirme en el más famoso estafador del distrito.

El último y mejor.

Porque acababa de conocer a Monique. Y estaba loco por ella.

Al día siguiente, me levanté temprano para ir a trabajar. Motivado como nunca.

Bueno, aún vivía con mi viejo, mi hermana Fabiola y mis hermanos, con quienes quedaba todos los días en el patio para beber té bajo el árbol de mango con sus amigos. Era una casa sencilla, dos habitaciones, una sala de estar y un baño donde, los días en que cortaban el agua, utilizábamos el cubo de plástico. Dormíamos todos en la misma habitación en colchones de espuma y todas las noches nos peleábamos para que el ventilador soplara en la dirección de cada uno.

Cuando salí, Fabiola ya barría la tierra mientras esperaba que su novia se peinara.

—Hola, Armand. ¿Adónde vas así?

—Voy a pringar. No me quedo a tomar el sol como vosotras, chicas.

Enarcó las cejas.

—Tchrrr... Estafar, sí, ¡ese es tu trabajo! Verás cuando el viejo se entere de cómo ganas el dinero.

—¿Qué? ¿Se lo vas a soltar tú? Va, venga, sigue con lo tuyo.

Salí de la casa y encendí la motocicleta pensando en mi padre. Fabiola tenía razón, sabía muy bien lo que pensaba del trabajo con el que yo quería ganar una fortuna. Me había soltado su lección de moralidad docenas de veces. «Si robas dinero, un día te matarán —dijo, mirándome con sus ojos grandes y enojados—.

Pero si lo ganas honestamente, lo que es seguro es que tu vida está en tus manos. Cuando lo gastes, estarás orgulloso de ti mismo». Le hubiera gustado que me hiciera mecánico como Désiré, mi hermano mayor, al que un garaje del barrio había contratado.

Pero yo había tomado otra dirección.

Conduje sobre el alquitrán en medio de los coches que corrían en todas direcciones y levantaban el polvo de la mañana. Bordeé las fachadas de los bares alineados uno al lado del otro, el Cheese, el Charming (abierto hasta el amanecer hasta que te canses), Chez Erneste. Pasé frente a las cabañas cerradas con lonas negras y neumáticos en el techo, sabiendo que detrás a menudo estaban los jóvenes que se jugaban el dinero o se drogaban sin que los vieran. Cerca del mercado, los niños corrían por los callejones y por los canales con sus sandalias estropeadas, la ropa sucia, y cuencos sobre las cabezas llenos de jabón o *kleenex* que ofrecían a los transeúntes.

Llegué a la entrada del cibercafé, era el primero.

Kouassi abrió la reja blanca delante de mí. Llevaba una camisa bien planchada sobre su gordo vientre. Me sonrió, revelando su diente de oro.

—Vienes a trabajar temprano, Armand. Está bien.

—Sí, lancé el formato ayer.

Sabía lo que eso significaba, por supuesto, era nuestro *chairman*. Él nos entrenó antes de ser autónomos. Durante seis meses, le hacíamos el trabajo. Todos los días nos encontrábamos en su villa detrás de la estación de autobuses. Éramos una decena, instalados en su sala de estar entre los ventiladores, tumbados sobre las frías baldosas o apoyados en los cojines de cuero de su sillón de marca. Teníamos un ordenador por persona, un portátil nuevo con conexión de banda ancha, vamos, todo lo que hacía falta.

Durante siete horas al día, sentado en el sillón frente a nosotros, Kouassi nos enseñó los fundamentos del trabajo. Bueno, ahora se quedaba con el 70% de lo que ganábamos para él, nosotros solo éramos lanzadores de robots. Buscábamos direcciones de correo electrónico, preparábamos documentos, clasificábamos fotos, enviábamos los mensajes. Pero tan pronto como se volvía serio, cuando había que convencer a los clientes para que pagaran, tomaba las riendas. Lo escuchábamos cuando hablaba por uno de los teléfonos móviles, cambiando la voz; no nos perdíamos ni una de sus palabras porque sabíamos que pronto haríamos lo mismo.

En cualquier caso, verdad de la buena, sabía lo que se hacía, no en vano su apodo era Le Millionaire. Cada vez, tenía éxito y llegaba el dinero. Su escuela de formación era famosa en toda la ciudad.

Entré en el ciber y fui a sentarme en el mismo lugar de siempre. Estaba en el fondo de la sala, un ordenador entre dos paredes de madera contrachapada. Hacía calor, ya estaba sudando mi polo, pero me gustaba porque estaba cerca de la puerta trasera. Por si acaso. La máquina se encendió, la unidad central en el suelo comenzó a vibrar contra mi pierna y cuando se encendió la pantalla, Driss y Sylvestre ya habían llegado.

—Hola, tío, ya estás aquí, ¡joder! ¿Vas a venir esta noche?

—No, esta vez no, seguiré trabajando.

—Tú mismo, Armand. No sabes lo que es vivir bien.

Giré mi cabeza hacia mi pantalla. Los iconos de Bill Gates se mostraban uno por uno, el dispositivo era viejo. Mientras mis dos amigos se instalaban, abrí mi correo. El día anterior, había pasado mucho tiempo escribiendo mi formato. Quería que fuera perfecto, lo pasé varias veces por el corrector automático porque a menudo cometemos demasiados errores y entonces no funciona. Lo leí de nuevo.

¡Hola, hola!

Aquí está mi presentación. En la cual te escribiré con sinceridad y franqueza. Mi nombre es Amandine Milan y tengo la nacionalidad francesa de origen. Tengo veintiocho años y me gustaría hacer contactos con el propósito de encontrar al hombre de mi vida. No quiero dar con malas personas, porque estoy soltera. Tengo una altura de 175 cm y peso 54 kg haciendo 38 tamaño 39 ojos y pelo negros.

Viví con mis dos padres en la calle Issy-les-Moulineaux 50 Yerevan, pero ahora han pasado tres años después de la muerte de mi padre y desde que mi madre y yo dejamos Issy-les-Moulineaux para irnos a Canadá. Dos años después perdí a mi madre, no tenía a nadie en este mundo y estaba sola, así que tuve que buscar trabajo y unos meses más tarde conocí a un hombre que me traicionó y defraudó y así es como las hermanas de un orfanato me ofrecieron un trabajo en África como costurera en una asociación y como no me quedaba nadie, decidí irme para trabajar en este país. La distancia no es un problema cuando amamos y estaría dispuesta a dejar este país por el hombre de mi vida. No fumo, soy generosa, honesta, cariñosa, apasionada, sensual y tranquila.

He aquí el recorrido de mi vida que puede darme un deseo de tener éxito en el futuro. Hoy busco sinceramente al hombre de mi vida, puede ser que el buen Dios me haya reservado uno, pero ¿por qué no puedes tú? Sí,

un cómplice para mis afinidades, para compartir sensaciones recíprocas de la verdadera felicidad de la vida de una pareja. Y si soy tuya por esta nota, es por un amplio conocimiento sincero con el único propósito de tener una relación coherente y sincera.

Gracias por tu comprensión y esperando leerte.

Amandine Milán.

Elegí ese nombre, Amandine, porque se parecía a Armand, para evitar equivocarme. El mensaje se había enviado a 800 direcciones de correo electrónico recuperadas de sitios de citas con Extractor, el *software* mágico que todos usamos. Había franceses, belgas, canadienses también. Blancos que tenían dinero, vamos.

Ese es nuestro trabajo: el pastoreo. El único trabajo que deja pasta en esta ciudad. Estábamos empezando, por el momento no ganábamos mucho. Pero ya nos sabíamos los trucos, y cada uno se había especializado en un campo. Driss y Sylvestre, cuyos dedos volaban por el teclado al lado, como eran más hábiles con el ordenador, falsificaban documentos oficiales, manipulaban imágenes con Photoshop y engañaban a los clientes con ganancias falsas en la lotería. Christian se inventaba historias de herencia complicadas. Moussa tocó un poco de todo.

Pero mi especialidad, con lo que me sentía más cómodo, era el amor.

Había reflexionado mucho y estaba seguro de que era lo que podía darme más. Es la ley del mercado: cuando algo escasea, se vuelve más caro. Y del amor, los europeos nunca tienen suficiente, eso lo que más extrañan porque permanecen encerrados en sus casas y nunca salen. Tienen dinero, mucho dinero y fuegos artificiales en París, viven en hermosos apartamentos y beben vino añejo. Pero eso no les sirve de nada, siguen sin estar contentos. Sueñan con el amor, el amor sincero como dicen ellos, de noche, a solas en sus camas grandes. Así que estaba listo para darles más amor del que jamás hubieran imaginado.

Iba a inundarlos de amor sincero.

Pero eso tenía un precio, no hay nada gratis en la tierra. No hay rosas sin espinas.

Porque yo necesitaba dinero.

Tenía cincuenta mensajes de respuesta para Amandine, un poco menos de lo que esperaba, pero suficiente. Empecé a leerlos, casi todos venían de Francia, especialmente. Bueno, todas más o menos iguales, estaba acostumbrado. Eran respuestas de blancos, ¿no? Preparé mi segundo mensaje. Era importante, el que tenía que enganchar al cliente.

—Oye, Driss, ¿tienes fotos de chicas?

—Sí, espera —dijo sonriendo—. Tengo un montón de hermosas gacelas blancas, ya verás.

Se acercó a mi silla con su llave USB. Driss era un campeón en la búsqueda de imágenes en internet. Abrió sus archivos y me mostró sus últimos hallazgos. Miraba la pantalla muy de cerca, con la cabeza inclinada hacia adelante. Vi el pedrusco que brillaba en su oreja desde que comenzamos a pastorear.

—Mira esto. La chica es hermosa, ¿no? Dios se lo dio todo.

Abrió las fotos, había cuatro. Era una rubia, primero con una bata y otra en traje de baño en un barco.

—No, es demasiado grande, parece una jirafa. ¿Tienes una con cabello negro? Y más joven.

—Vaya, sí que eres puntilloso, tío.

Sí, era puntilloso.

Abrió otros archivos, con jóvenes, maduras, altas, menudas, negras y blancas. Las miraba atentamente porque tenía una idea clara de lo que quería para Amandine. Y finalmente lo encontré.

—Para. Esta, aquí.

Una morena de pechos grandes, que nos miraba en las tres fotos como si fuera a devorarnos. Estaba acostada en su cama, de pie frente a un árbol, con gafas leyendo un libro.

—¿De dónde sale?

—Espera, lo miro. —Buscó un poco—. ¡Vaya! ¿Sabes qué? ¡La encontré en un sitio porno!

—¿Un sitio porno?

Se echó a reír, mostrando todos sus dientes.

—Sí, sí. Es una actriz, pero no es muy conocida. Su nombre es... Alicia More.

Alicia More. La miré de nuevo. Era perfecta. Era Amandine.

—Me la quedo.

—Eres tremendo, Armand —siguió riéndose—. No hay nadie como tú.

Cargué las fotos en mi ordenador y las añadí a mi mensaje. Después de unos minutos, todo había salido. Docenas de Amandine en dirección a Francia. Cuando mis blancos vieran a la chica, se iban a encoñar de inmediato, estaba seguro de eso.

Lo cierto es que lo hacemos todo por las chicas. Todo lo que es moralmente reprobable, todo lo que nos aleja de Dios y nos acerca al diablo, sea lo que sea, es siempre por ellas. Bueno, eso ya lo sabía, pero antes no era consciente de hasta dónde era capaz de llegar. Pensé que sabía el límite entre el bien y el mal, que tenía mis propios límites, vamos. Pero cuando conocí a Monique, todo cambió para mí. Es cuando de verdad deseé alcanzar la cumbre.

Por ella, estaba dispuesto a llegar muy lejos.

Monique no es como otras chicas. Ella es especial, está por encima de todas las demás. Tengo la impresión de que siempre nos hemos conocido. La recuerdo en el colegio, cuando ya cantaba en el patio de su casa, tendiendo la ropa. Cuando todo el vecindario la escuchaba y cuando su hermana decía que su voz era su visado, su pasaje para salir del país. Que era seguro, un día la descubriría uno de esos productores blancos que buscan talentos en las ciudades de África para hacer soñar a los europeos.

Y lo más importante, recuerdo mi primera vez con ella. Esa noche hicimos el amor detrás del mercado, encima de los tablones de madera que nos rascaban la espalda, con las estrellas del cielo sobre nosotros y los sonidos de otras parejas un poco más allá. Estoy seguro de que jamás lo olvidaré. Los días siguientes, con los demás muchachos del vecindario, solo hablaba de eso y todos estaban celosos, también les ponía la preciosa chavala. Excepto Moussa, tal vez.

Pero un día, se fue. Sus padres se mudaron a otra ciudad y no volví a saber de ella. Algunos decían que había ido a la escuela secundaria y que había realizado su sueño, cantando para los blancos, y que recorrió todo el mundo. Hubo quienes dijeron lo contrario, que estaba vendiendo el culo en los burdeles de la capital. Entonces me obligué a olvidarlo.

Hasta que la encontré de nuevo, completamente por casualidad.

Fue una noche en un bar donde la gente iba a escuchar música mientras bebían, sentados. No iba a menudo a estos lugares, era Christian quien me había invitado, quería hacer negocios, hablar de sus historias.

El grupo se preparaba, conectando los instrumentos. Y ella estaba allí delante, ajustando el micro, agitando sus pendientes dorados. No podía dejar de mirarla. La había reconocido, claro, pero se había vuelto deslumbrante. Alta, de pechos perfectos en su top negro. No me perdía ni uno de sus movimientos: cuando miraba hacia atrás, a los músicos detrás de ella, los gestos de sus dedos para recolocarse las largas trenzas detrás de las orejas. Incluso antes de abrir los labios, en medio de los sonidos de los clientes del bar, destacaba como si la noche fuera solo para ella.

Y cuando comenzó a cantar su repertorio africano, su voz de diva me

aplastó el corazón como un martillo mecánico.

Por supuesto, Christian se dio cuenta de lo que me pasaba. Pero inmediatamente levantó las cejas con un aire de compasión:

—Papapapa... Epa, amigo, ¡esa preciosidad no es para ti!

—¿Por qué no?

Señaló la calle a través de la ventana.

—¿Ves ese bonito coche de allí, al otro lado de la carretera? El 4x4 negro. Llegó con ese cochazo. La chica vive en una casa donde los ricos, ¿entiendes?

—Hum...

Entendí.

Monique había tenido éxito en la vida.

Esa noche, después del *show* solo cruzamos algunas palabras. Tenía que volver a su casa, cuidar de su hija, no pude hablar más con ella sobre lo que había sucedido durante todos estos años. Pero cuando me dejó su número, cuando me dijo con su hermosa sonrisa de anuncio de pasta de dientes que le gustaría verme alguna vez, supe que tenía una oportunidad con ella. Sí, cualquiera que fuera su situación, incluso si estaba casada con un ministro, tenía posibilidades.

Porque ella también recordaba nuestra noche bajo las estrellas.

Tres días después de enviar mi segundo formato, me quedaban cinco clientes. Cinco blancos que respondieron a Amandine y mordieron el anzuelo de sus grandes tetas morenas. Pero era solo el comienzo. El amor no es un negocio que pueda resolverse en unas pocas horas. Lleva tiempo, paciencia, varios meses a veces antes de que llegue el dinero. Y cuanto más aguantas, más puedes ganar. El blanco es tuyo, se convierte en tu esclavo. Dócil como un gatito, vamos. Es lo que había aprendido.

Y entre mis cinco blancos, uno que me interesaba particularmente. Desde su primer mensaje, había adivinado que iba a lograrlo con él.

Hola Amandine,

No sé cómo encontraste mi correo electrónico, pero recibí tu mensaje. Tu historia me parece muy triste, no sé qué puedo hacer por ti. Siempre he soñado con conocer África, si quieres podemos escribirnos.

Michel.

Michel, ese era su nombre. Al día siguiente ya estábamos en MSN y empezamos a chatear. Al principio, era necesario ir despacio, especialmente para hacerle preguntas y decir cosas sobre Amandine.

Michel: ¿Qué estás buscando aquí?

Amandine86: Como te dije, estoy buscando un hombre para compartir mi vida. ¿Qué haces en la vida?

Michel: Soy un granjero, crío vacas.

Amandine86: Ah, eso está bien. Me gustan los animales. Puedes preguntarme cosas también. No me importa que nos conozcamos.

Michel: Eres muy hermosa en las fotos.

Amandine86: Jijiji. Muchas gracias, me emocionas, me haces sonrojar. Pero lo importante es lo que está en el corazón y no lo físico.

A los blancos les encantan este tipo de frases, es importante saberlas para complacer a los clientes.

Tecleaba sin parar en el calor del cibercafé, con los ojos tan pegados a la pantalla que me picaban, con la mano en el ratón golpeando la pared de madera. En el ordenador de al lado, Sylvestre también estaba trabajándose a un incauto, haciéndole creer que tenía una gran cantidad de dinero de una lotería internacional, pero que para cobrarlo tenía que pagar una tarifa de gestión a un abogado. Ayer el tipo le había dado su número de teléfono, gritó de alegría y en la sala todos gritaron también para felicitarlo porque sabíamos que era una señal de que iba a tener éxito. Cuando tienes el número de tu blanco, ya lo tienes pillado por los huevos.

Pero yo, con Michel, quería ir más allá. Quería que me diera todo lo que tenía. Sí, quería sacarle toda su fortuna, que mi golpe fuera el mayor golpe del año, que todos hablaran del General CFA y que Monique se enterara, desde su casa con los ricos. Por eso, no era suficiente que Amandine le dijera cosas bonitas en el chat.

Escribí unas pocas frases más mientras le ponía la miel en la boca:

Amandine86: Tengo que dejarte. Debo ponerme a coser de nuevo.

Michel: Bien, lo entiendo.

Amandine86: ¿Estarás conectado mañana? Espero poder hablar contigo otra vez, me hace sentir bien, echo de menos el afecto de un hombre.

Michel: Sí, estaré por la noche después de ordeñar a las vacas.

Amandine86: Besos, corto.

Y apagué el ordenador. Pero antes de salir de ciber, fui a la trastienda. Era la oficina de Kouassi, que estaba allí, una habitación solo para él con barrotes en las ventanas, varias pantallas e imágenes impresas de él y sus mujeres. Un gran ventilador estaba encendido en el techo.

—Hola Armand, ¿cómo vas? —me saludó, haciendo brillar su diente de oro.

—Bien.

—¿Haces negocios con tus clientes?

—Sí, tengo varios, gracias a Dios el trabajo rinde.

Dudé, luego dije:

—Sabes, el tipo del que me hablaste...

—¿Quién?

—El tío ese. Papa Sanou.

En un momento me miró fijamente, frunciendo el ceño. Le devolví la mirada, serio. A mi espalda se oía el ruido del tecleo de los demás.

—Hmm... ¿Quieres dinero de verdad, eh? ¿Estás seguro de que quieres ir a verlo? ¿Sabes lo que eso significa?

—Sí. Sí, lo sé.

Se pasó una mano sobre la barbilla sin afeitarse.

—De acuerdo. Te diré dónde está.

Lo cierto es que no tuve elección.

Si realmente quería ganar dinero, prosperar y tener éxito, como Kouassi Le Millionaire, necesitaba un empujón.

Cada vez éramos más los que nos dedicábamos a eso y los blancos empezaban a sospechar. La policía les advertía, y ahora eran más cuidadosos que antes. Hace falta echarle mucha técnica. Y para que estén realmente listos, para que acepten de buena gana hacer lo que les pides, solo hay una solución: hay que

echarles bien el lazo. No hay otra solución, es lo que hay. Por eso, todos los que quieren tener éxito en este negocio ahora utilizan un brujo para hechizar a sus clientes.

Y a Papa Sanou se le consideraba el brujo más poderoso de la ciudad.

Podía hacer lo que otros no podían, cosas que nadie podía explicar. Decían que en una ocasión Papa Sanou había pasado todo un día sentado en un bar bebiendo cerveza sin orinar ni una vez, que eran los demás clientes los que se levantaban de la mesa e iban a hacerlo en su lugar, dominados por el poder de su genio. Kouassi había trabajado con él durante varios años, y gracias a su brujería se había convertido en uno de los estafadores más ricos de la ciudad.

Pero todo tiene un precio: y el de Papa Sanou era muy alto. Dinero, y también sacrificios. Tienes que saber lo que quieres, decía Kouassi. Él había pagado muy caro lo que quería: a cambio de su éxito, le había ofrecido a Papa Sanou su sueño, por las noches. Kouassi ya solo podía dormir de día, y unas pocas horas. De noche, seguía trabajando. Pero para otros, el precio fue más serio. El año pasado, un famoso contrabandista llamado Yoki International murió después de fuertes dolores de cabeza. Algunos decían que había firmado un pacto para hacerse rico y vivir en la opulencia durante dos años, pero que después, a cambio, sabía que perdería su vida. Es así: cuando abandonas a Dios y confías en el diablo, se queda con tu alma.

De todos modos, cuando fui a Papa Sanou por primera vez, no las tenía todas conmigo. Era consciente de que me estaba metiendo en algo serio, en fin, que era un riesgo. No se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Moussa, porque sabía lo que iba a pensar.

Tal vez no debería haber ido nunca, y me habría ahorrado muchas desgracias. Por supuesto, cuando pienso en el niño, me digo que debería haber renunciado desde el principio.

Estacioné mi motocicleta al borde de una zanja donde crecían arbustos gigantes en medio de basura que los habitantes del vecindario arrojaban en el agua, y avancé sobre la tierra seca. Era mediodía, el sol ardía en las terrazas de los maquis, no habíamos visto una nube en los cielos de la ciudad durante varios días. El callejón al lado del vendedor de electrodomésticos, eso es lo que Kouassi me había dicho. Vi al tipo debajo de su sombrilla con los teléfonos robados expuestos en su pequeña ventana, y me fui por detrás. No había ninguna señal, ningún cartel que indicara la presencia del hechicero, ensalzando su habilidad y prometiendo que te devolvería el amor de un ser querido, el éxito en el juego o la expulsión de los espíritus malignos. No, era solo un pequeño callejón que se hundía entre dos paredes de bloques de cemento.

Entré y bajé la cabeza para pasar por debajo de una sábana. La luz casi había desaparecido. Tuve la impresión de ir a visitar a los espíritus. Al final, a la izquierda, había una puerta y detrás, en una habitación diminuta con paredes de madera blanca cubiertas con inscripciones, rodeada de sartenes, pinturas de animales y estatuillas, estaba allí, sentado con las piernas cruzadas, como si me esperara.

Papa Sanou.

Era un joven morabito. Llevaba una camiseta sin mangas, un collar de semillas y un sombrero verde.

—Hola —dije—. Vengo porque me gustaría...

—Lo sé. Venga, siéntate allí.

Tenía una voz profunda. Me hizo preguntas y escuchó mis respuestas asintiendo.

—Hmmm... ¿Tienes una foto de tu blanco?

Saqué la hoja que había impreso. Arriba, estaba mi cliente, Michel. Era una imagen que me había enviado, en la que se veía su rostro. Tenía unas cejas muy grandes y no estaba sonriendo.

El brujo miró el retrato durante mucho tiempo.

En una pequeña bolsa agarró cuatro cauris, unas pequeñas conchas blancas, las sacudió en sus manos y me pidió que escupiera. Vacilé, pero lo hice, y escupí en sus palmas. Luego tiró las conchas en el suelo y arregló el dibujo que formaron. Lo estaba leyendo. Estaba claro. Leía y leía mientras movía la barbilla, y la disposición de las cuatro conchas le decía cosas.

—Hmmm...

Cerró los ojos. En voz muy baja, dijo:

—Este blanco quiere ayudarte... Sí, lo que le pides... él te lo dará.

Agarró mis manos, las apretó moviendo la cabeza y murmurando frases que yo no entendía. Luego sostuvo la foto en una mano, agarró una de sus muñecas en la otra y frente a él, con los brazos extendidos, los juntó, haciendo:

—Hmmmmmmmm... Tendrás la gloria... el éxito.

Lo miré en silencio, me concentré en mi cliente, recordando nuestra conversación del día anterior, imaginando todo su dinero y sus vacas y sus sueños de Amandine. Él no sabía lo que estaba sucediendo en ese mismo momento: Papa Sanou lo estaba cazando para mí.

—Pero para lograrlo, tenemos que hacer algo...

Sentí que mi corazón latía más rápido en mi pecho. Dejó pasar un momento, para hacerme esperar. Para crear suspense.

—Tienes que comprar una vasija y de noche, la rompes en la encrucijada de

dos caminos.

Hice lo que el brujo me pidió. Fui al mercado, compré uno de estos grandes recipientes de barro para transportar agua a las aldeas. Lo llevé en los callejones de mi barrio, mientras mis zapatillas se arrastraban por la tierra roja, y en el punto exacto donde se cruzaban dos caminos rompí el cuenco en el suelo para abrir mi puerta al azar, para deshacerme de todo obstáculo hacia mi fortuna. No fue difícil, casi nada incluso; cuando me lo dijo, me sentí aliviado.

En ese momento, no pensaba en lo que pasaría después. Porque la vasija fue solo su primera petición.

En cualquier caso, lo cierto es que, días después, el comportamiento de mi cliente cambió. Estaba loco por Amandine, era impresionante. Yo trabajaba duro, hacía lo que tenía que hacer, pero estaba claro que la magia del brujo funcionaba. No solo estaba colgado de mi chica, se había enamorado. Me decía:

Michel: ¿Qué te gusta de un hombre?

Amandine86: Mi ambición es encontrar un hombre serio, que escuche, agradable, para ser feliz juntos y una relación que perdure para siempre. ¿Estás casado?

Michel: Sí. Pero no he conocido el amor por mucho tiempo. Creo que tendremos que separarnos pronto y vender la granja.

Amandine86: Es triste.

Michel: Sí, es duro no poder dar amor a una mujer. Desearía poder verte.

Después de una semana, fue mío para siempre:

Amandine86: Realmente querría tener una relación seria contigo, cariño.

Michel: Sí, siento lo mismo, me gustaría estar cerca de ti.

Amandine86: Si Dios quiere un día, nos reuniremos. Mi sueño es ser la mujer de tu vida, la que te cuide bien para hacerte feliz.

Michel: Miro tus fotos todos los días. Las llevo a todas partes conmigo.

Amandine86: Tú sabes el valor de una mujer, mi bebé. Mi amor por ti

crece día a día.

Querida, cariño, mi bebé, en este momento de la relación había que ofrecer mucho amor al cliente, inundarlo con dulces palabras. Es lo que buscaba. También era necesario tranquilizarlo, darle más para que Amandine existiera. Por eso le había enviado más fotos de la actriz, cada vez más desnuda. Le pedí que encendiera la cámara y le ponía un vídeo donde se veía a la chica, un poco borrosa. A continuación decía que mi cámara no funcionaba bien, para cortar. Incluso le mandaba SMS, breves textos de amor que recibía todo el día, en su portátil.

Ahora, me pasaba unas diez horas al día en el cibercafé, con los dedos pegados al teclado cuyas letras se borraban, para preparar mis charlas con mi presa. Quería que todo fuera perfecto. Cuando un amigo me llamó al móvil, descolgué y dije:

—Estoy en una reunión, por favor llámame en diez minutos.

Significaba que no quería ser molestado. A veces Driss se me acercaba y me tocaba el hombro.

—Oye, Armand —decía—. ¿Vendrás a tomar una cerveza con nosotros esta noche?

—No, gracias, hoy no, me quedaré aquí.

—Deberías tomártelo con calma, estás pegado a la pantalla, como si fueras un chicle.

Apenas respondía de concentrado que estaba.

Por la noche me dolían los ojos cuando volvía a casa en moto. A veces encontraba a Fabiola con su amiga, siempre en el patio oscuro, liándola, o criticando a sus amigas. Me veían pasar como si fuera un zombi, me echaba sobre el colchón mojado y me quedaba dormido de inmediato, con la mejilla pegada a la espuma. Apenas abría los ojos cuando uno de mis hermanos llegaba a la habitación compartida. Por la mañana volvía al cibercafé, evitaba cruzarme con el viejo para que no me hiciera preguntas sobre mi trabajo. ¿Cuándo irás al garaje con Désiré? Tendrías que dedicarte a la mecánica.

Algunos días mi blanco me hablaba de sexo y me hacía sonreír:

Michel: ¿Puedo decirte algo íntimo?

Amandine86: Por supuesto, mi corazón, puedes contarme todo lo que quieras, yo valoro la sinceridad en mi relación.

Michel: Me estoy masturbando mientras pienso en ti.

Michel: Espero que no te moleste.

Michel: ?

Amandine86: No, pero debes tener paciencia.

Michel: Sí, discúlpame.

Amandine86: Me han lastimado tanto otros hombres en los que no puedo confiar. No quiero repetir el pasado y que me haga daño.

Michel: Lo siento. No soy así, puedes creerme.

Se había vuelto adicto, estaba claro. Le di las gracias a Dios y al brujo que lo habían logrado.

Por fin mi blanco estaba listo para darme el dinero que me merecía después de tanto esfuerzo.

Durante siglos, los blancos han saqueado África. Los negros fueron los esclavos de los europeos, vinieron a llevarse nuestra riqueza para desarrollar sus países sin que les costara dinero. Hoy siguen haciéndolo, ocupan nuestras ciudades con sus ejércitos para proteger sus intereses económicos y dicen que es para proteger a la población. Por eso, cuando dicen que África tiene una deuda con Europa, yo digo que no. Es mentira. Son ellos los que tienen una deuda con África, por todo lo que le hicieron a nuestros antepasados. Se llama deuda colonial. Sé que lo que hago no es honesto, que hacemos daño a los blancos. Pero es así: es la reacción. Porque Dios tiene razón. Poco a poco, cuando envían dinero a los estafadores, los blancos pagan la deuda colonial de sus países. Y eso durará mucho tiempo, mientras haya incautos en internet, ignorantes, seguirá habiendo estafadores.

Pensé en ello mientras buscaba un bar aislado, un lugar tranquilo con una sala interior para no escuchar los ruidos de los motores que invadían el vecindario. Elegí Chez Clint, un pequeño restaurante con aire acondicionado y ventanas cerradas. Me instalé y pedí una Castel. Hacía frío, se estaba de muerte. Un tipo ligaba con una gacela, no paraba de decirle burradas. Que era más hermosa que Rihanna, decía. Sonreí mientras miraba la cara de la muchacha.

Esta vez, había llegado el momento. Repetí varias oraciones en mi cabeza, luego saqué uno de mis teléfonos móviles para marcar el número de mi blanco, en Francia. Me aclaré la garganta.

—Sí, dígame.

Era la primera vez que oía su voz. Era masculina, directa e incómoda.

Detrás de él oí los sonidos de los animales.

—Buenos días, señor —dije lo más seriamente posible—. Me presento: soy el doctor cirujano Fontaine, ¿es usted el señor Michel Farange?

—Sí, soy yo, pero...

—Esta mañana ha ingresado en urgencias una chica que responde al nombre de Amandine Milan. Ha sido víctima de un accidente esta mañana, la ha atropellado un vehículo en una calle de la ciudad.

—¿Qué?

—Así es. Un accidente que podría haber tenido consecuencias muy graves si no hubiéramos intervenido a tiempo.

—Pero, ¿está seguro? ¿Desde dónde...?

—Preste atención —lo corté de inmediato—. Amandine tiene una lesión en la pierna. Tengo que valorar si la opero y, si Dios quiere, podrá volver a caminar dentro de un tiempo razonable. Por otro lado, esta operación representa un costo no despreciable.

—Esto una broma, usted es un amigo de...

—¡Le repito que preste atención! Cuando llegó a mi quirófano, antes de perder el conocimiento, Amandine me pidió que lo llamara a usted por teléfono. Nos dijo que solo lo tenía a usted, que era la única persona que podía ayudarla en este mundo.

Hubo un silencio. Solo se oían las vacas de fondo.

—Señor Farange, ¿entiende lo que le estoy diciendo? La operación debe llevarse a cabo lo antes posible.

—No estoy seguro... ¿Puede demostrarme que lo que dice es verdad? Es decir, una llamada así, y no sé quién es usted...

—Lo entiendo perfectamente, señor. Le enviaré mis datos profesionales y los documentos oficiales de mi departamento de cirugía.

—De acuerdo, estaré pendiente. Pero... ¿cómo está Amandine? ¿Puedo hablar con ella?

Sonreí para mis adentros. Estaba preocupado por ella.

—En este momento está inconsciente, pero esperamos que se despierte en las próximas horas.

Le expliqué cómo transferir el dinero. 950 euros, eso es lo que le pedí. Para una primera transferencia, ya era mucho. Tomó nota pero no prometió nada, solo dijo que vería lo que podía hacer. Terminé diciéndole:

—Muchas gracias, señor Farange. No lo olvide: usted es su única oportunidad.

Colgué. Apreté el teléfono con ambas manos y lo coloqué en mis labios.

Me lo imaginaba con sus vacas en su casa blanca. Debía estar aterrado, al menos eso era lo que esperaba.

Luego volví a cibercafé y Driss me ayudó a preparar los documentos en su *software* de edición: los datos de identificación de un cirujano con una foto encontrada en Facebook, y el informe de un experto médico, con el membrete oficial del hospital y una firma falsa.

—Genial, está perfecto, amigo —le dije, dándole las gracias.

Lo envié todo a la dirección de correo electrónico de mi blanco.

Una hora más tarde le envié un SMS desde el otro portátil:

 Mi amor, ¿te llamó el médico? Lo siento, me sentía perdida, no sabía a quién acudir. Te lo agradeceré mil veces, bebé. Algún día, cuando estemos juntos, te cubriré de amor y de besos.

Luego esperé a que llegara la noche mientras atendía a otros blancos, en el calor húmedo del ciber.

Tenía que hacer algo más, y estaba retrasando el momento tanto como podía. Sabía que tenía que hacerlo, pero no me decidía. Porque por la mañana, antes de venir a trabajar, había ido a ver al brujo. En su pequeña habitación, rodeado por sus paredes grises, había comenzado su ritual de nuevo. Convocó a mi genio sacudiendo su rostro, con los ojos cerrados.

—Tendrás lo que quieras, amigo mío... Pero hay algo que bloquea, ahí... Debes ganarte la oportunidad... Sí, debes atraer la suerte hacia ti.

De repente, abrió los ojos y clavó sus ojos en mí. Y lo que me dijo me heló el corazón.

—Tendrás que desnudarte y cruzar una plaza con mucha gente. Sí, eso es lo que debes tener en cuenta: cuanta más gente haya, más impactarás a los transeúntes, y más poderoso será tu embrujo.

Así que hice lo que me pidió.

Por la noche, cuando había más tráfico, fui en moto a un barrio lejos del mío, para no cruzarme con ningún conocido. Y allí, me desvestí y caminé por la calle con el culo al aire. Así es, lo hice, como había pedido Papa Sanou. Caminé entre los coches que circulaban en todas direcciones, en medio de los sonidos de las bocinas y los clubes nocturnos que comenzaban a llenarse. La gente me señalaba, gritando, alejándose de mí, me llamaban loco. Pero no los miré. En mi cabeza, tenía una sola imagen: el cuerpo de Monique. Seguía diciéndome que lo

hacía por ella. Y cuanto más me insultaban, cuanto más vergüenza me daba todo, sentía crecer con más fuerza el poder de mi embrujo.

—¿Qué, tío, cómo va?

Moussa me miraba con una sonrisa. Toda la panda estaba allí, en el Dynamique, bebiendo cerveza. Era mediodía, y como no había lugar a la sombra bajo la lona, se habían instalado cerca de los tabiques de madera, al lado de la calle que se veía entre las tablas. El sol caliente inundaba la terraza. Detrás de la barra, la cocinera aún freía los allocos, acuclillada al lado de la olla. Esperé unos instantes y metía la mano en el bolsillo trasero de mis tejanos para sacar la pila de billetes que puse en la mesa de plástico.

—¡¡West!!! —grité.

Todos se irguieron para felicitarme levantando las botellas de Castel.

—Oye, ¿te va bien!

—Top, top ¡General CFA! ¡No hay dos como tú!

West, por Western Union, significaba que acababa de llegar mi dinero. Mi golpe había tenido éxito, mi blanco estaba en mis manos: se había creído mis mentiras y había pagado. Casi mil euros de golpe, era demasiado bonito. Lo celebramos con nuestros colegas, pagué todas las cervezas y el pollo esa tarde. Les conté cómo había ido, lo del médico y los SMS.

Moussa me miró, parecía preocupado:

—¿Y el hechicero?

—¿De qué me hablas?

No les dije nada por Papa Sanou, no quería que lo supieran. Moussa, especialmente, porque sabía lo que me habría dicho, que tenía que tener cuidado para no vender mi alma al diablo. Dios te mira, Moussa no se la jugaba con esas cosas.

—Oye, ¿os habéis enterado? Nueva ley. Ahora, si la policía te pilla, puedes ir hasta veinte años a la cárcel.

Driss se echó a reír.

—¿Quién lo dice? Moussa, tú también tienes el corazón muerto. No te preocupes, la policía, con el dinero que cobran de los estafadores, seguirán dejándonos tranquilos durante mucho tiempo.

Ahora, la policía no era nuestro problema, ni les teníamos miedo. Yo solo disfrutaba de mi momento West. Los cinco nos quedamos un momento para contarnos nuestros movimientos, las últimas técnicas de moda, gastando el

nombre de nuestros blancos. Y finalmente, cuando estuve listo, cuando la cerveza me había emborrachado lo suficiente, hice lo que llevaba varias semanas deseando.

Llamé a Monique para invitarla a cenar.

Cuando llegó, lo juro, mi corazón casi dejó de latir.

Estaba congelado, como si todo el mundo hubiera sido diseñado por el Todopoderoso para darle la bienvenida. Se había puesto un vestido blanco de estilo europeo que abrazaba todo su cuerpo de mujer y resaltaba su pecho y sus hermosas nalgas. Caminaba, golpeando con sus tacones los dameros blancos y negros, y los ojos de los hombres se volvían hacia ella.

—Psst, preciosa— decían.

Pero ella los ignoraba. Porque caminaba hacia mí. La contemplé avanzando así, con sus hermosos labios estirados entre sus pendientes dorados y sus brillantes trenzas esparcidas sobre sus hombros. Me hubiera gustado decirle algo ingenioso, para cautivarla desde el principio, pero ella me tenía hechizado, y no encontraba las palabras. Estaba babeando por ella. Entonces, dije:

—Oye, Monique... ¡Eres demasiado hermosa!

—Gracias, Armand. Tú tampoco estás mal.

Bueno, en cualquier caso había hecho todo por intentarlo. Antes de ir al restaurante, había comprado unas bonitas zapatillas y una camisa impecable. Mi cadena de oro brillaba alrededor de mi cuello.

Lo que era seguro es que estábamos en uno los restaurantes más caros de la ciudad, no había dudado en tirar la casa por la ventana. Un camarero que llevaba camisa blanca y corbata nos acompañó para instalarnos en una mesa con mantel y cubiertos bien alineados. La sala era enorme y tenía aire acondicionado. Al fondo había unos ventanales que daban a un estanque. A nuestro alrededor, me imaginé quiénes eran todos los clientes forrados de dinero. Había muchos blancos, hombres de negocios pavoneándose, pero también ministros, diplomáticos. Y también gente como yo, que venía a fardar de lo bien que les iban las cosas. Es el resultado de nuestro trabajo: gracias al dinero que sacábamos, nos volvíamos tan importantes como los líderes del país. Ahora era nuestro turno, nos tocaba probar el sabor de la fortuna que habían sido los únicos en gozar durante años.

Estar allí con Monique era como un sueño hecho realidad. La recordé de cuando éramos jóvenes, nuestros secretos nocturnos, y contemplé en qué se

había convertido.

Dios, esa chica me estaba matando, no podía soportarlo más.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vine a este restaurante —dijo, mirando la carta donde se extendían los nombres de los platos franceses.

—Sí, yo también —mentí.

Nunca había comido en ese palacio, por supuesto. Sonrió, como dando a entender que lo sabía pero que no le molestaba.

—Bueno, Armand. ¿Cómo te va ahora?

—No me va mal. Gracias a Dios, trabajo mucho.

—Eso está claro... —Señaló el restaurante—. Bien, cuéntame un poco, ¿qué noticias tienes? Tu hermana, Fabiola, me contaron que se ocupa de jóvenes discapacitados.

—Sí, ella es así. Ya la conoces, va con el corazón en la mano. Estoy orgulloso de ella...

Era como si nunca nos hubiéramos dejado, teníamos mucho que contarnos y hablamos durante largo tiempo. Monique tenía que sospechar que yo me dedicaba a asuntos turbios, pero no lo mencionó. Le conté lo que pasaba en el barrio, un barrio que hacía tiempo que ya no frecuentaba. La felicitaba, la hacía reír y cuanto más se reía, más me alegraba yo. Y más claro tenía que la deseaba a ella, a ella y a nadie más.

Llegaron los platos. No llevaban casi nada de comer, pero sabía que sería así: cuanta menos comida hay, más lujoso es el restaurante.

—Y tú, Monique, ¿qué haces ahora? Antes solo tenías una idea en mente: irte del país.

—Vaya, te acuerdas.

—Creí que lo habías logrado. Que te habías ido.

—Hmmm... Bueno, estoy aquí de nuevo. Me han pasado muchas cosas. Cantando, viajé un poco pero nunca lejos, me quedé por la región. Y luego, cuando tuve a mi hija, pues bueno...

Me importaba un carajo quién era el padre de su hija, porque sabía que vivía sola, y eso era lo importante. Pero quería saber de dónde salía su dinero. ¿Cómo había ganado lo suficiente para vivir en una casa de clase media en el barrio más caro de la ciudad?

Como esperaba, había un hombre detrás del dinero.

Monique quería vivir de cantar, era su sueño desde pequeña, los escenarios más grandes llenos de una multitud a sus pies. Pero le había salido así, su grupo solo conseguía pequeños contratos en los maquis y los bares del país. Entonces, cuando una mujer blanca le ofreció la solución a todos sus problemas de dinero,

ella dijo que sí. Cada culo tiene sus pantalones, como dicen. Fue hace tres años, tenía que ir a cantar a las instalaciones de una mina, a doscientos kilómetros de la ciudad. Tres días bien pagados con un concierto todas las noches frente a los trabajadores y los jefes que no tenían nada más que hacer excepto disfrutar de su concierto en este rincón del mundo. No era la gloria, pero valía la pena. Aceptó el trabajo. Allí lo conoció, la segunda noche en el bar, después de su actuación. Era un francés, un viejo forrado que había invertido en la mina y que vivía a caballo de su país y el nuestro. Le había encantado la voz de Monique, se había encoñado con ella, es normal porque no había gacela más hermosa en toda África. Quiso verla de nuevo.

En cada uno de sus viajes, la invitaba a salir a lugares hermosos, le descubría un mundo que no conocía, y la hacía soñar. Un día finalmente se lo propuso: que fuera su esposa aquí. Tenía una familia en Francia, incluso niños, pero quería una segunda oficina, vamos. Compró una casa a su nombre, en un barrio bueno, y le pagaba todos los meses una cantidad suficiente para vivir cómodamente. Podía cantar todo lo que quisiera, en los lugares que quería. A él no le importaba lo que hacía en su día, ella solo tenía que ser suya cuando viniera aquí por negocios.

No conozco a muchas chicas que se hubieran negado a eso.

—A mi hija no le falta de nada, eso es lo importante.

—Es una oportunidad, Monique. Pero el más afortunado es ese tipo. Espero que se dé cuenta de eso, y que sepa valorarte.

Su sonrisa lo decía todo, y dijo con voz lánguida:

—Armand, tú... Solo depende de ti valorarla, también.

Cuando pronunció estas palabras, sentí una corriente cálida invadiendo mi corazón y deslizarse hasta mis calzoncillos. Dudé, y dije entonces:

—¿Está allí, ahora?

Muy lentamente, con la lengua saliendo un poco de entre sus labios húmedos, negó con la cabeza. Era demasiado, lo juro, era demasiado para mí, incluso. Miré los platos que acabábamos de terminar.

—¿Nos vamos, entonces?

—Sí. Sí, nos vamos.

Fuimos en moto hacia el barrio donde vivía y donde nunca había ido. Las calles eran rectas, las aceras impecables, no había tenderetes de comida por ningún lado. A nuestro alrededor, no había bares, ni peluquería, ni carteles para vender nada. Solo casas gigantes con bellos jardines, parterres bien cuidados, 4x4 y Mercedes estacionados detrás de las puertas. Era el área más rica de la ciudad, donde todos soñaban vivir para demostrar que habían hecho una fortuna,

pasearse con un hermoso coche cubiertos de joyas mientras despreciaban el mundo del que procedían. Aquí vivía la gente de éxito, empresarios, futbolistas, el largo brazo del país, vamos. Parecía otra ciudad, otro país donde tipos como yo solo venían después de un golpe, para llevar a sus chicas a un restaurante de lujo y a beber champán o dormir una noche en el hotel inventando historias imposibles que ella fingía creer.

Y la villa de Monique, Dios mío, con sus paredes blancas, su techo puntiagudo bien alineado, parabólica y balcón. Era un auténtico palacio, con un piso, tres dormitorios. Había máscaras muy antiguas colgando por todas partes en la sala de estar, un enorme bar de madera, una silla de cuero frente a la pantalla plana. Por supuesto, yo nunca había estado en una casa así. Miraba a todas partes sin dar crédito.

—Oye, para, ¿no? —me dijo—. Tienes los ojos tan abiertos que pareces un pescado. Vamos, ven.

La seguí, subí los peldaños uno por uno. Arriba, me llevó a una habitación con una enorme cama.

Allí, con ella, hice el amor como nunca. Como si hubiera esperado este momento desde siempre.

Dios era justo.

Esa noche con Monique fue el comienzo de mi ascenso. De un período cuando la suerte estaba de mi lado y todo me parecía posible. Sentía que tenía alas, volé y nada pareció detenerme.

Estaba constantemente navegando, me pasaba los días en el cibercafé, con los dedos pegados al teclado y los ojos en la pantalla. La estación lluviosa se acercaba y el aire se volvía más pesado en la sala, todos sudábamos en nuestros pequeños compartimentos, pero eso no iba a detenerme. Llevaba ya a varios clientes a la vez, franceses y belgas. Estaban todos enamorados de Amandine, los tenía atados como perros con correa, hacían lo que quería.

El más rentable, como había anticipado desde el comienzo de nuestra relación, era Michel, el criador de vacas. No podía pasar un día sin oír noticias de su gacela africana.

Michel: Anoche no dormí con mi esposa. Me quedé en el establo y soñé que estabas conmigo, mi amor.

Amandine86: Yo también, amor. Júrame que me amarás siempre.

Michel: Prometido. ¿Cómo están tus heridas?

Amandine86: Gracias a Dios empiezo a caminar de nuevo. Gracias por lo que hiciste, nunca lo olvidaré, cariño.

Le prometía que pronto me reuniría con él, que iría a Francia. Todas nuestras conversaciones giraban en torno a esto. Pero antes de eso, antes de dejarlo todo, Amandine tenía cosas que resolver aquí. Cada vez, necesitaba un poco más de dinero. Aparte de la presión, también era parte del trabajo.

Amandine86: ¿Has hecho el pedido para solucionar lo de mi pasaporte robado?

Michel: No, no he tenido tiempo. ¿Estás seguro de que necesitas todo esto?

Amandine86: ¿No confías en mí?

Michel: Por supuesto, pero creo que es mucho.

Amandine86: ¡Te ofrezco mi amor eterno y juegas con mis sentimientos!

Amandine86: ¡Si no quieres ayudarme dilo ahora mismo, en lugar de hacerme esperar una felicidad para dos que no existe!

Y siempre cedía, y el dinero terminaba cayendo. Iba a buscarlo al día siguiente, incluso abrí una cuenta de Paypal para facilitar las transacciones en internet. Era mucho dinero, nunca había tenido tanto dinero para mí.

Así que hice lo que todos los demás: lo gasté tan rápido como pude. Ropa, zapatos, cadenas de oro, gorras de marca, una moto nueva, un bonito reloj, no me perdí nada. En cuanto tenía tiempo libre, iba a comprar uno de esos accesorios que te hacen un hombre cuando caminas por las calles del barrio. Así los demás se dan cuenta, y adivinan lo bien que te va. Sí, lo cierto es que me iba como nadie.

No salía mucho por la noche, pero cuando lo hacía, era para ir a los bares más famosos. Y para demostrar que sabía cómo sacarme la pasta, y por eso participé en los *travailllements*: extendía los billetes sobre las mesas, los gastaba porque significaba que tenía demasiados, que era parte del mundo de los que le salen por las orejas, que no saben qué hacer con ellos. General CFA, el apodo se había ganado la oportunidad, ya no era ningún desconocido.

A mis colegas, Moussa, Driss, Christian, Sylvestre, también les iba bien,

pero ninguno había cosechado lo que yo había acumulado en tan poco tiempo gracias al amor.

Pasaba mis noches en el hotel, durante dos meses incluso alquilé una cama matrimonial y luego una habitación con sala de estar para evitar volver a dormir en casa. No quería cruzarme con Fabiola y que me criticase, y mucho menos el viejo, que me preguntaría sobre el repentino origen de mi fortuna. Me gustaba estar en las habitaciones de hotel donde los empleados hacían la cama mientras yo trabajaba todo el día. Me saqué la foto en medio de los billetes, con gafas negras y cigarrillo, y la publiqué en Facebook para que todo el barrio pudiera verlo.

Las chicas adoran a los tíos como yo, no es ningún secreto. Así consiguen a alguien que les pague lo que les gusta: teléfonos de lujo, ropa de diseño, postizos de cabello humano para peinarse. Algunas también les ayudan, se ofrecen para ponerle la miel en los labios al blanco, posando frente a la cámara web o contestando el teléfono con su voz más sensual.

Las chicas de moral desconcertante siempre están por la noche, localizan a los que tienen más pasta, enfundadas en vestidos plateados y sexy con escotes vertiginosos. Dicen que tienen sus propios morabitos, que embrujan a los intermediarios como los estafadores engañan a sus clientes, que lo hacen para asegurarse de que no los olviden cuando llega el dinero por Western Union. A medida que gané popularidad, giraban a mi alrededor como moscas cerca de la miel.

—Oye, Armand, tú sí que sabes —me decían—. ¡Te lo has montado bien!

Bueno, no estoy diciendo que no disfrutara con ellas, que no me las follara, si se ponían muy insistentes. Soy un hombre, después de todo.

Pero mi corazón, Dios es mi testigo, estaba completamente dedicado a Monique. Sí, nos veíamos muy a menudo durante mis días de gloria, la cubría de regalos para demostrarle que podía medirme con su blanco. A veces venía a mi hotel, otras noches íbamos a su villa, nos bañábamos en la piscina. Amaba mi cuerpo, lo juro. Fue maravilloso, estaba dispuesto a todo por ella y durante unas pocas semanas fue como si alcanzara la cumbre de la felicidad. Se ofrecía a mí como una esposa a su marido, sí, era como si lo fuera y yo soñaba que algún día sería realidad. Que un día también yo podría comprar una casa a su nombre.

A pesar de todo mi éxito, todavía estaba lejos de eso, así que por el momento no tenía más remedio que compartirla con el viejo francés. Gracias a Dios no era a menudo, pero cuando venía por negocios, Monique ya no era mía. Borraba todo rastro de mi presencia en la villa, y se ponía a su disposición durante su estancia. Me molestaba, pero era el precio a pagar, no era negociable.

Cuando saqué el tema, ella inmediatamente se enfureció y replicó:

—¿Cómo? ¡Si no te ocupas de mí, ni te molestes en mencionarlo!

Así que me armé de paciencia, convencido de que algún día lograría alcanzar mi objetivo.

Toda medalla tiene su reverso, tendría que haberlo pensado antes. Mientras estaba en la cima, despilfarraba mi dinero como un idiota, y no me imaginaba que mi éxito podría tener un final. Sin embargo, sabía una cosa: si mi trabajo iba tan bien, si la suerte estaba de mi lado, no era solo gracias a las hermosas palabras que ponía en la dulce boca de Amandine.

No, la verdadera razón era el brujo. Mi blanco estaba bajo el influjo de Papa Sanou, por eso me enviaba tanto dinero, y a él debía mi ascenso meteórico y mi nueva reputación. Varias veces Moussa me preguntó al respecto, quería saber si no había ido demasiado lejos, si no me arriesgaba excesivamente en mi camino hacia el éxito.

—Dios nos mira, amigo, no te olvides de eso. Si no le prestas atención, te ganarás el infierno.

Yo trataba de evitar el tema, bromeando:

—¡No te preocupes, no hay gato encerrado! Tchoko-tchoko, así llegaré a la cima.

Entonces mi mejor amigo me miraba con ojos tristes, como si ya supiera que iba a caer antes de llegar a esa cumbre.

Cada semana visitaba a mi brujo en su habitación escondida en el fondo del callejón. Se había convertido en un hábito. Me sentaba frente a él, le explicaba lo que quería obtener de mis clientes, y Papa Sanou comenzaba su ritual, primero la lectura de los cauris, luego el hechizo. Utilizaba los artículos personales que podía obtener: una foto, un número de teléfono, el nombre de la madre. Lo necesitaba para unirse mejor a su víctima. Cuanto más tiempo pasaba, más me convencía de que su magia negra era necesaria para mi negocio.

Al principio, las cosas que me pedía que hiciera eran menores. Por ejemplo, durante varios días tuve que usar ropa de mendigo, tuve que acostumbrarme a este tipo de práctica. Fue humillante, pero sabía por qué lo hacía, me mantuve concentrado en el dinero que llegaría por Western Union y no me arrepentí de mi decisión.

Sin embargo, Papa Sanou no era un brujo cualquiera, Kouassi me lo había advertido. Tenía mucho poder y, como era de esperar, sus peticiones se

volvieron cada vez más exigentes y difíciles de cumplir.

—Tu blanco hará todo lo que le pidas... Tu fortuna crecerá... Pero debes hacer lo que te pido...

Un día, me pidió que rasurara las partes íntimas de mi hermana y que le trajera el vello púbico para sus rituales. Lo hice. Una noche, mientras Fabiola dormía en nuestra habitación, me acerqué a su cama con una hoja de afeitar y jabón. La afeité. Me hice con todo su vello púbico. Al día siguiente, cuando descubrió mi fechoría, lo comprendió en el acto.

—¡Lárgate de aquí! —gritó, persiguiéndome por el patio—. Voy a destrozarte, voy a enviarte al cometa Tchori, ¡malnacido!

Durante una semana no puse un pie en casa. Pero tenía lo que quería: le di mi botín a Papa Sanou.

En otra ocasión, tuve que mantener una relación sexual antinatural. Con una retrasada mental, porque estas chicas no solo están locas, sino que los espíritus habitan en ellas y al hacerles el amor, el brujo dijo que atraería el espíritu hacia mí. Por eso hay tantas locas que quedan embarazadas que nunca saben quién es el padre del niño. También cometí ese pecado.

Pero todo eso no era nada.

No, no era nada al lado de lo que ordenó a continuación. Fue entonces cuando entendí dónde me había metido. No puedo olvidar ese momento.

—Mmmhh... —murmuró Papa Sanou.

Vi que se demoraba más que antes. Sus ojos se cerraron bajo su gorra, sus dedos agarrados a la muñeca, y sacudió su cabeza, como un ratón asustado.

—Hay... Hay algo... Sí, algo que impide la búsqueda de tu fortuna...

Lo miré, poseído por los espíritus que había invocado. Empecé a preocuparme. Mi corazón comenzó a saltar sobre mi pecho. Había un problema.

—Tendrás que ir más lejos, amigo... De lo contrario la gloria te abandonará... Sí, eso es lo que sucederá sin el apoyo de tu genio...

Luego tembló incontrolablemente, como si un rayo hubiera caído sobre él.

—Hmmm...

De repente, todo se detuvo. su cabeza cayó hacia adelante, su cuerpo se relajó. Abrió los ojos.

—Amigo, he visto el éxito de tu empresa. Pero una vez más, hace falta un sacrificio. Es el precio que tienes que pagar.

—¿Un pollo?

Sacudió la cabeza. Un pollo no era suficiente.

—Un niño.

Dios mío, matar a un niño. Es lo que me pidió.

Las últimas palabras de Papa Sanou me daban vueltas por la cabeza durante todo el día. Me había imaginado mil cosas: ofrecerle mi sueño, como había hecho Kouassi, soportar las humillaciones más vergonzosas del mundo. Pero sacrificar a un niño, cometer un asesinato y traerle la sangre a mi brujo, era demasiado, no podía hacerlo. Era ir demasiado lejos. La idea maléfica me perseguía, agarrada a mi garganta, como si no quisiera dejarme solo por mucho que tratara de repelerla. De noche soñé con eso.

Seguí trabajando, y traté de no pensar en la última sesión con Papa Sanou. Allí tenía a mis blancos, conectados desde el otro lado del mundo. Una semana antes, el criador de vacas había enviado 1.900 euros, la suma del supuesto billete de avión que Amandine iba a coger para reunirse con él. Pronto tendría que inventarme alguna excusa, perder el avión o tener problemas para embarcar, qué se yo. O que hiciera una escala en Marruecos y allí tuviera un encuentro desafortunado con árabes, del cual solamente podría salir si su novio francés le mandaba dinero. Lo tenía en mis manos, estaba rendidamente enamorado de ella, y estaba seguro de que nada se interpondría entre el dinero y yo.

Pero me equivocaba.

De noche seguí gastando dinero con Monique, en uno de los restaurantes para blancos. Todos me miraban. Otros que se ganaban la vida como yo sabían mi nombre, me saludaban con un gesto, nos reconocíamos todos entre los más ricos de la ciudad. Gasté todo lo que había reunido la semana anterior, y hasta pedí que me trajeran champán.

—¡Oye, Armand, que sitio más chic!

Incluso Monique, mantenida por su hombre blanco, estaba impresionada por tanta riqueza. En ningún momento se dio cuenta de los problemas que me acuciaban, esas imágenes de muerte que desfilaban a pesar mío por mi cerebro. No, me dije, no matarás a nadie, ya no necesitas los hechizos de tu brujo. Me lo repetí toda la noche, y gasté mi fortuna como si quisiera evitar que me la robaran.

Sin embargo, el destino no perdona a nadie y cuando el Diablo te persigue, estás jodido. Al día siguiente, lo entendí.

En MSN, se encendió la luz que anunciaba la llegada de mi cliente. No perdí el tiempo:

Amandine86: Cariño, estás aquí por fin. Te estaba esperando.

Tenía en mente lo que tenía que preguntarle, todo estaba listo. Pero lo que él me dijo fue totalmente inesperado.

Michel: ¡Amor, lo hiciste!

Amandine86: ¿Qué?

Michel: El viaje. Has venido.

Amandine86: ??

Michel: Te vi. Ayer en el mercado, ¡eras tú, con tus vestidos! No me atreví a hablar contigo. Deberías haberme pedido que fuera a recogerte al aeropuerto.

No respondí. Me quedé con la vista clavada en mi pantalla tratando de entender lo que decía.

—¡Driss! —Llamé—. ¿Puedes venir aquí un minuto?

—Espera, tío estoy ocupado.

—¡Ven, por favor!

Giró su cabeza hacia mí, con el casco en las orejas. Estaba negociando el pago de uno de sus blancos. Habló con él durante unos instantes, luego se sentó a mi lado.

—¿Qué pasa? ¿Hay lío?

—Un poco. Mira.

Leyó los intercambios, frunció el ceño, mientras sus ojos recorrían las líneas de mi conversación. Las releyó varias veces.

—Papapapa... ¡tu chico está loco!

—Sí, parece que está confundido.

—¡Eso es todo! ¡Cree que su chica ha ido a verlo!

Nos miramos el uno al otro. Y Driss se rio.

—Tú también, Armand... ¡siempre con el amor!

Sí, era gracioso, hasta yo me reí.

—No sé qué responderle.

—Claro, tío, está completamente perdido. Te despedirás de él, ¿verdad?

—No, es mi mejor cliente. No quiero arruinar mi negocio.

—Entonces dile que está equivocado, que se ha confundido con otra.

Driss tenía razón, es lo que debería haber hecho. Pero tuve otra idea.
Tomé el teclado y:

Amandine86: Sí, era yo.

Michel: Estoy tan feliz de que estés cerca de mí.

Amandine86: Pero necesito tiempo, amor.

Michel: ¿Qué?

Amandine86: Los hombres me han lastimado mucho. No sé si puedo confiar en ti. Prefiero que esperemos hasta que sea más discreto.

Michel: Pero mi amor...

Amandine86: Y tu esposa todavía está allí. ¿No?

Amandine86: Si me amas con un amor eterno como yo, esperarás un tiempo. Pronto seré tu amada esposa para estar a tu lado y amarte sinceramente para cuidarte hasta el final de nuestros días.

Por el momento, pensé que era una buena idea. Una forma de continuar con él. No podía adivinar que con estas palabras, fingiendo que Amandine vivía allí, en su país, cometí un gran error.

No me di cuenta de que había perdido a mi blanco ese día. Los días que siguieron, fue todo lo contrario: estaba más enamorado que nunca. Decía que era tan hermosa en realidad como en las fotos, que la había imaginado más alta pero que la amaba mucho. Nunca más cuestionó su existencia ahora que podía verla. Pensé que era una suerte, que lo tenía pillado para siempre. Charlamos mucho, a veces Michel decía que quería venir a verme a mi apartamento. Insistí en que necesitaba tiempo, que no era posible por el momento, que era una mujer tímida y respetable. En este momento funcionaba, creía tanto en mí porque estaba enamorado y yo no dejaba de dedicarle dulces palabras para mantener su amor.

Adiós, Papa Sanou, me dije sonriendo frente a mi pantalla. Tú y tus peticiones bárbaras.

Pero pronto comencé a hablar de dinero nuevamente. Inventé una historia, una persona que había aceptado prestarme una suma de dinero a mi llegada allí, pero que tenía que devolvérselo sin dilación. Y entonces me di cuenta de que todo había cambiado.

Amandine86: ¿Podrías hacer la transferencia Paypal? Es caro vivir en tu país y ayer, la persona que te digo me volvió a pedir su dinero.

Michel: Jeje...

Amandine86: ?? Para, no te burles de mí, me estás lastimando. ¿Dónde está ese amor eterno que me prometiste? Te he ofrecido mi corazón, pero ¿realmente lo mereces?

Michel: Cálmate cariño.

Michel: Mira debajo de tu puerta. Puse algo en un sobre.

Con mis manos detrás de mi cabeza, me hundí en mi silla de madera, suspirando. Releí: en un sobre. Cierto, cierto, allí estaba, le había dado mi dinero a esa chica, la que él había visto allí. Tengo un problema, pensé. Tengo un gran problema. Todavía me quería, incluso más que antes, podía pedirle todo lo que quería. Pero no iba a recibir ni un centavo más. Miré a mi alrededor, mientras los demás perseguían sus negocios sin complicaciones y aún me consideraban uno de los mejores estafadores de la ciudad. Entonces, sin hacer ruido, me eclipsé para no tener que responder a las preguntas de mis amigos.

Los días que siguieron, lo intenté de nuevo. Le dije a mi blanco que necesitaba dinero en línea, busqué excusas. Insistí, tenía que pagar mis deudas sin importar el qué, necesitaba una suma muy grande. Fingí enojarme. Pero siempre me hablaba de sobres, de regalos, que dejaba debajo de la puerta de la chica. Pensé en ella a veces, pensé que era afortunada, con ese montón de dinero que le caía del cielo sin hacer nada, gracias a mí. No llegó más dinero. Durante varias semanas, casi no me llegó nada, apenas un poco de mis otros blancos. Seguí trabajando, mantuve mi relación con el cliente, pero solo estaba perdiendo el tiempo, ya no servía de nada. La suerte me había dado la espalda, lo entendí. Estaba todo perdido. Poco a poco, mis ahorros fueron disminuyendo, y con ellos el éxito y mi esperanza de alcanzar la cumbre. Conté las noches que podría permitirme en el hotel, pronto tendría que volver a casa del anciano con mi hermana, que volvería a insultarme de nuevo. Quizás tendría que meterme a mecánico, con Désiré. Sí, se acercaba el final, lo sentí.

Pronto no podría invitar a Monique a los elegantes restaurantes que solíamos frecuentar.

No podía aceptar que fuera a perder a Monique.

Había una razón para mi desgracia, y lo sabía. Había perdido mi embrujo, eso es todo.

Me había negado a hacer lo que mi hechicero había ordenado y ahora

recogía los frutos de mi impertinencia. Pensé que podría darle la espalda, pero estaba equivocado. Todos mis éxitos eran gracias a él, y no debía olvidarlo. Quise ponerme en manos de un poderoso brujo, había obtenido un éxito gigantesco gracias a él y sus famosos hechizos. Y ahora estaba pagando el precio de despreciarlo.

Kouassi me había advertido.

Así que, a medida que pasaban las semanas y me hundía vertiginosamente, dejando atrás el mundo que había conocido durante varios meses, el sacrificio volvió a atormentar mi mente. Matar a un niño, estas palabras han empezado a obsesionarme después de la última sesión en Papa Sanou. Por la noche, mientras dormía, veía imágenes de niños muertos, me despertaba sobresaltado en mi colchón y me quedé sentado largo rato en la oscuridad.

No, no puedes hacer eso, Dios te castigará, me decía. Es un acto malvado que nunca será perdonado. Pensé en Moussa quien, si lo hubiera sabido, habría razonado conmigo. Pero poco a poco, me di cuenta de que, a pesar de mí, comencé a reflexionar seriamente sobre el asunto, aunque fuera aterrador. Sí, lo pensaba, imaginaba cómo hacerlo, incluso. Será muy rápido, me dije, y así recuperarás tu suerte, volverá para siempre después de ese sacrificio. Entonces, Monique será tuya, la liberarás de su blanco, que la mantiene con su fortuna.

Mientras más tiempo pasaba, más empeoraba mi situación financiera, y más pensaba que era necesario. Que no tenía elección. Un viernes por la noche en el maquis, estaba ocupado con lo que se suponía que era mi último golpe, pasando una última vez frente al público, gastando mi último CFA: fue entonces cuando tomé la terrible decisión.

Lo iba a hacer.

Cuando salí de la mesa de Dynamique, tenía una pelota grande en el estómago. Moussa se levantó.

—Armand, ¿a dónde vas?

—Tengo que ir a ver a mi hermana.

—¿Qué pasa? Ya sabes, te conozco, puedo ver que tienes problemas.

—No pasa nada, es el viejo, tiene miedo. Tengo que ayudarlo, eso es todo.

—Amigo mío, cuídate. ¡Estamos juntos en esto!

Lo tranquilicé, pero por su cara vi que no estaba convencido. Se detuvo por un momento de pie junto a los otros que bebían su Castel, sentí sus ojos clavados en mi espalda mientras caminaba hacia mi moto. Sabía que estaba a punto de

hacer algo. Algo moralmente reprensible.

Conduje a través del tráfico, entre bocinazos y bicicletas, con el viento caliente en la cara y las nubes grises y lluviosas sobre la cabeza. Se avecinaba una tormenta, se palpaba la humedad en el aire y el viento barría las aceras. La suciedad en los callejones era pegajosa. A lo largo de la carretera, los restaurantes habían instalado nuevas lonas para evitar que la lluvia mojara a sus clientes. El vendedor del periódico empezaba a guardar las revistas que colgaban con pinzas de tender cables. Yo avanzaba y apenas miraba a mi alrededor. Tenía la garganta seca, mi corazón estaba completamente hundido, me preguntaba si realmente lo haría.

Pasé por el banco, la lavadora más grande de la ciudad: un pequeño lago donde los chicos y las chicas lavaban la ropa de otros sobre neumáticos para ganar sus CFA. Los llaman fanicos, y todos los días caminan más de un kilómetro para venir con sus bolsas llenas de telas. Me imaginé haciendo este trabajo de mendigo y la idea me aterrorizó. Tal vez eso era lo que me esperaba si la suerte no volvía.

Tragué saliva y continué mi viaje.

Sabía adónde ir. Entre dos barrios había una plantación de plátanos. A menudo pasaba por allí cuando iba a la universidad. Estacioné mi motocicleta contra una pared blanca y pisé las zanjas donde corría el agua gris, caminé por el sendero que se deslizaba entre los troncos. Estaba un poco más abajo de la carretera, con el follaje alrededor no se veía lo que pasaba a ras de suelo. Me detuve en mitad del camino, sí, allí sería. Bueno, era lo que buscaba.

Me deslicé acuclillado entre los plátanos. Y allí, esperé. Esperé mucho tiempo, en cuclillas en el suelo con los racimos de plátanos colgando a mi alrededor y la frescura que las plantas desprendían. En las manos sostenía mi arma. El objeto que hubiera preferido no tocar nunca. Era un cuchillo de cocina con un mango gastado, eso es todo lo que había encontrado.

Mi corazón latía tan rápido que temía que explotara. Pensé en Monique, en su cuerpo blanco debajo del mío en su hermosa casa blanca. Había ganado tanto dinero: no podía detenerme. Dios mío, no podía imaginarlo.

Por la mañana, le expliqué a mi blanco que la persona a quien tenía que devolver el dinero me había amenazado, si no le devolvía de inmediato lo que me había prestado. Le dije que tenía miedo de tener graves problemas. Pero que no me lo enviara por sobre, le había insistido. Tenía que ser una transferencia de Paypal.

La lluvia comenzó a caer sobre las hojas de plátano.

Y pronto, llegaron, a mi derecha. Los oí reír mientras iban por el camino

húmedo. Había diez, diez niños que regresaban de la escuela con sus camisetas verdes y sus mochilas a la espalda. Sabía que pasaban por aquí, era el camino más corto hasta su barrio. Eran ruidosos, como pasa con los pequeños.

Escuché sus bromas, sus juegos, los insultos que se intercambiaban, era su juego favorito. No me veían detrás de los plataneros y, con la lluvia iban con la cabeza baja. Pasaron junto a mí y esperé un poco más, había demasiados. El grupo abandonó el campo y ascendió por la pendiente fangosa hacia las paredes de hormigón. Otros tres se habían ido.

Y finalmente llegó.

Era el que estaba esperando: el último de la pandilla, aislado de los demás. Caminaba solo, con la mochila de lado, que constantemente se recolocaba sobre el hombro. Llevaba una camiseta desteñida con agujeros, las sandalias estaban gastadas. Hablaba solo, se contaba historias y se echaba a reír sin prestar mucha atención a la tormenta que lo empapaba. Se acercaba lentamente a mi escondite.

Ahora, pensé, tienes que hacerlo ahora. Sentí una corriente helada en mis brazos, como si todo mi cuerpo me dijera que no debía moverme. Me limpié la cara donde goteaba el agua, cerré los ojos un momento. Cuando los abrí, estaba justo en frente, a unos pocos pasos de distancia.

Dios mío, como un regalo ofrecido al diablo.

Emergí de los troncos y me arrojé sobre el niño. De repente, estaba detrás de él, sin que se diera cuenta aún de mi presencia. Puse la mano sobre su boca, lo apreté contra mí. Lo arrastré fuera del camino. Presa del pánico, trató de luchar, moviendo los pies en todas direcciones y arañando el suelo. Pero lo tenía bien agarrado.

Lo llevé a mi escondrijo. Estaba en mis brazos, sentí su cráneo mojado contra mi pecho. Se movía, se movía y pensé: para, para. Del bolsillo trasero de mis tejanos saqué el cuchillo. Estreché los ojos, le puse la cuchilla al cuello. Venga, hazlo. Adelante, hazlo, me dije. No tienes otra opción. Pero mi mano estaba atrapada frente a su garganta. No podía hacerlo. El niño, esa criatura que no conocía, al ver el metal, se puso aún más frenético, tratando de zafarse de mí. Giró la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos. Eran enormes, abultados, llenos de pánico. Porque tenía miedo a la muerte. Inspiré profundamente y mis dedos se apretaron alrededor de su cuello. La hoja rozó su piel, salió un poco de sangre.

De repente, sentí un agudo dolor en la mano. El niño me había mordido. Lo solté un instante y se zafó. Volví a alcanzarlo a un metro de distancia. Pero esta vez gritaba de verdad. Chillaba, chillaba, nunca imaginé que ese volumen podría salir de un cuerpo tan pequeño. Le agarré la cabeza y le tapé la boca con la

mano, pero la sostuve con menos fuerza, con el agua de lluvia me resbalaba. Se me había caído el cuchillo, arrastré al niño para intentar alcanzarlo. Era hora de nuevo, aún podía hacerlo. La lluvia inundó mi escondite, corría por las hojas y se hundía en la tierra.

—¡Eh! ¿Qué pasa aquí?

La voz salió de la lluvia como un demonio de su caja y me congeló mi corazón. Mi pulso estaba a dos mil por hora, giré la cabeza bloqueando la visión de mi víctima. Era un hombre, un adulto. Había oído los gritos del niño. El chaval estaba inquieto, yo sostenía el cuchillo mientras el tipo caminaba hacia nosotros.

—¿Qué estás haciendo?

Tenía la ropa empapada, los pantalones vaqueros llenos de barro a causa de la pelea, y miré la cara aterrorizada que tenía atrapada en mis brazos. Señor, he aquí el niño que estaba a punto de asesinar para satisfacer a Papa Sanou. Las imágenes volvieron para asaltarme, aún más violentamente. En mi cabeza todo iba tan rápido que no sabía qué hacer.

—¡Koutoubou! —volví la cabeza.

Había esperado demasiado: el tipo estaba allí, justo enfrente de nosotros. Era alto, llevaba pantalones cortos y camisa, estaba chorreando a causa de la tormenta. Nos miraba a mí y al pequeño, con la mano alzada como si quisiera que cometiera algo irreparable. Mis ojos saltaban del hombre al niño, del niño al cuchillo en mi puño. Tenía que hacer algo, pero ¿qué?

Solo me quedaba la huida.

Dejé ir a mi presa, el niño salió disparado gritando, y yo eché a correr mientras el hombre empezó a perseguirme.

Corrí entre los plátanos, con los pies resbalando en el barro. Las hojas me azotaban la cara, haces de agua se estrellaban contra el suelo. Abandoné el campo en medio de la tormenta que inundó el barrio, salté sobre la zanja y la basura. Detrás de mí, el hombre iba gritando. Al querer saltar la zanja, resbaló.

—¡Asesino, atrapen al asesino!

Estaba en el suelo pero hubo gente que lo oyó. La gente se dio vuelta, me miró. Esquivé a uno de ellos, pero otros tres me persiguieron. Se unieron contra mí.

—¡Eh, tú! ¡Te vas a enterar!

Mientras huía, oí al pequeño llorando abajo. En la cima de la pendiente, frente a mí, vi mi moto aparcada frente a la pared blanca. Corría como un caballo, pero tenía cuatro hombres detrás de mí y muchos otros gritando a mi alrededor. Sabía que si me atrapaban, estaba muerto, porque me iban a apedrear.

Salté sobre mi máquina y la arranqué. La rueda se deslizó en el barro, casi me caí hacia un lado, pero enderecé el volante. Un tipo llegó hasta mí, y casi me agarra. Aceleré con la moto y maniobré lo mejor que pude para evitar los pedruscos del suelo. Tan pronto como llegué a la carretera, despegué como si no me importara la muerte.

—Ve a cambiarte. Estás sucio. ¡Pareces salido de una alcantarilla!

Es lo que me dijo Fabiola cuando llegué a casa. En el baño, me eché tres cubos de agua sobre el cuerpo para quitar el barro. Pasé el resto del día en mi habitación, tumbado en el colchón mojado. Mi teléfono sonó varias veces, Moussa trataba de llamarme, pero no respondí.

En mi cabeza reviví la escena, el pequeño que casi había matado, los hombres persiguiéndome. Me había zafado de ellos, pero ahora habían visto mi rostro, y estaba seguro de que me encontrarían de nuevo. Lo presentía. Estaba disgustado, sí, estaba disgustado. Y también asustado. ¿Por qué lo había hecho? ¿Cómo había llegado hasta allí? Al mismo tiempo pensaba en Papa Sanou. Ayer, convencido de haber tomado esta decisión inhumana, le dije que iba a hacerlo, que le traería la sangre del niño para su magia. Y ahora solo tenía las manos vacías, no podía darle lo que me había pedido. No fui a verlo tal y como le había prometido. Me escondí de él, como de los demás.

Iba a perder mi fortuna, es lo que el brujo había predicho mientras leía las conchas. Y así fue. Iba a perder todo lo que había ganado. Mi fortuna, mi reputación. y especialmente a Monique.

Al día siguiente volví al cibercafé. Moussa vino a hablar conmigo, estaba preocupado por mí, pero no le dije nada. Guardé lo sucedido para mí, cargué con el peso yo solo. Tomé asiento en la parte del fondo e inicié sesión de MSN. Mi blanco no estaba allí, ni una sola luz verde. Ya está, pensé. Es el final, ya no funcionará. Todos llegaban a entender que su amor no existía, así que yo les presionaba para sacarles hasta el último centavo antes de ese momento. Ahora no podía pedirle más. Tenía que empezar desde cero, encontrar otros clientes. Pero ¿lograría encontrarlos, después de no darle a mi hechicero el sacrificio que me había pedido?

Sin embargo, mientras suspiraba en mi silla, un nombre apareció en la pantalla.

Michel acababa de conectarse.

Michel, que creía más que nunca en el amor, ahora que ella había hecho el gran viaje.

Michel: ¿Estás ahí, cariño?

Amandine86: Sí.

Michel: ¿Qué estás haciendo?

Ya no creía en mi fortuna. Sabía que no me mandaría ningún dinero. Así que como no tenía nada que perder, pregunté de inmediato.

Amandine86: Nada especial, estoy cosiendo. ¿Hiciste la transferencia que te pedí?

Michel: No.

Amandine86: No sabes cumplir tu palabra.

Amandine86: Solo quería hacerte feliz construir un hogar basado en la complicidad y el respeto mutuo.

Amandine86: Pero arruinaste todo.

Michel: Cálmate mi amor. Es cierto que no hice la transferencia.

Amandine86: Ya ves. ¿Quieres herirme, eso es todo lo que quieres?

Michel: Pero hice algo por ti.

Amandine86: ???

Michel: Algo que resolverá tus problemas de dinero.

Tardaba en soltarlo, me estaba sacando de quicio.

Amandine86: ¿De qué estás hablando? ¡No entiendo nada!

Michel: La mujer a la que le debes dinero. Me has estado hablando de ella durante mucho tiempo. Dijiste que te había amenazado.

Amandine86: Sí, todavía no he liquidado mi deuda, y estoy en peligro. Contaba contigo.

Michel: Lo vi. La otra noche cuando estabas con ella en la calle. Yo estaba allí. Te vi peleando con ella, tirándole los billetes a la cara.

Amandine86: ¿Qué?

Transcurrió un instante, como si vacilara antes de escribir algo. Finalmente dijo:

Michel: Y luego resolví el problema. Ya no te causará más problemas.

Amandine86: ¿Cómo?

Michel: No quiero contarte más pero te prometo que no volverás a verla.

Volví a leerlo, frunciendo el ceño. El tipo tenía un problema real, estaba tan loco que era capaz de hacer cualquier locura. Traté de entender. Me pregunté si había herido a alguien, eso es lo que su mensaje implicaba. ¿Había matado a una mujer creyendo que le debía dinero? Parecía increíble, pero era posible.

Los blancos cuando están enamorados son capaces de todo, lo sé por experiencia. Entregan su dinero, se dan al espectáculo, no se contienen porque les falta mucho amor. Decían que el año pasado uno de los blancos de Kouassi se había suicidado después de comprender que la mujer que amaba no existía. Hablaron de ello en la televisión, dijeron que las estafas por internet eran un peligro para la imagen de nuestro país, que era culpa nuestra que los europeos se arruinaran y a veces murieran. Trataban de hacernos sentir culpables.

Pero de lo que estaba seguro era de que tenían suficiente dinero. No los obligamos a darlo, solo lo pedimos, ¿no? Bueno, no me gustaba imaginar que mi blanco hubiera matado a alguien. Me preguntaba si tenía algo que ver con mi aventura criminal del día anterior, con la escena que no podía dejar de revivir en mi cabeza. Si cuando yo había fracasado en el sacrificio del niño entre los plátanos, él estaría cometiendo un crimen auténtico en el otro lado del mundo. Pero si fuera el caso, no me sentía culpable.

Era él quien había tomado esa decisión.

Quien buscó a esa mujer. Solo había satisfecho sus necesidades. En este momento, lo único que entendí fue que una vez más, no iba a recibir mi dinero.

Tuve que aceptar los hechos: mi negocio se había ido a la mierda.

Dios no hace nada al azar. Cuando comienzas a ganar, todo termina hundido al mismo tiempo. Y nunca sospeché la cantidad de problemas que se iban a acumular en las siguientes semanas.

Seguí hablando con Michel. Dijo que esperaba el momento en que Amandine aceptara hablar con él, romper el silencio que los separaba. Le pedí que tuviera paciencia, gané el tiempo que pude inventando nuevas excusas, que aceptó de mala gana. No sabía por qué, decidí mantener la relación entre Amandine y el blanco, que estaba más enamorado que nunca.

Tal vez fue por curiosidad, porque era tan diferente de los demás. O tal vez fue solo porque no tenía otro cliente. Porque ahora, sin la magia del hechicero conmigo, todos mis intentos por cazar nuevos blancos resultaron infructuosos. Mis actividades ya no funcionaban, a pesar de que seguía colgado de la pantalla de mi ordenador, esperando que volviera mi suerte. Mi grupo de amigos no estaba al tanto del remolino mortal en el que me hundía. Frente a ellos, fingía seguir prosperando para no arruinar mi reputación y mi apodo. Para permitir que General CFA siguiera vivo ante sus ojos.

Pero la verdad es que me engañaba a mí mismo. Estaba en la miseria: totalmente arruinado.

Cuando iba a ver a Monique en su lujosa casa, le soltaba una sarta de mentiras para evitar tener que invitarla a un restaurante o gastar dinero, para que no se diera cuenta de lo que me había convertido. La miraba, la veía siempre más hermosa y lista, y aunque mi fortuna me había abandonado, el amor que sentía por ella seguía creciendo. No imaginaba perderlo.

Y sin embargo, así se dibujaba mi futuro. ¿Qué más tenía que ofrecerle que no tuviera gracias a su blanco? ¿Querría vivir en la pobreza conmigo después de lo que había conocido, del lujo y de las noches en las habitaciones de hotel para diplomáticos adinerados?

Claro, se dio cuenta de que las cosas habían cambiado. Sentí que se alejaba de mí y yo seguía loco por ella. Pero había algo más, algo que le preocupaba y que se negó a explicarme. Tenía que ver con el blanco, lo adivinaba, pero en ese momento no sabía qué era.

Vivía asustado, desde ese momento. Sí, tenía miedo desde que casi asesiné a un niño. De noche soñaba con él una y otra vez como en un bucle hasta el infinito. Durante el día, estaba en guardia, temía el regreso de mis perseguidores. En cada esquina de la calle, me los imaginaba buscándome. Una vez, volví a ver a Papa Sanou. En su gabinete de morabito, me senté y le conté la verdad. Sí, le confesé que había fallado, le pregunté si podía hacer otro sacrificio para encontrar mi fortuna de nuevo, para que la suerte pudiera sonreír de nuevo.

No olvidaré la mueca que hizo ese día. Cerró los ojos, torció la boca, sacudió la cabeza bajo la gorra y dijo:

—Papapapa... Veo un enorme problema...

—¡Que nadie se mueva! ¡No toquéis nada!

Solo faltaban ellos. La policía llegó una mañana, cuando llevábamos ocho años trabajando en el cibercafé tranquilamente. Había compañeros hablando con sus clientes, con los auriculares puestos, los que estaban tecleando sus teléfonos, y los que escribían, como yo, cerca de la puerta de la entrada. No nos lo esperábamos, hasta ahora la policía nos había dejado tranquilos, muchos estafadores les daban parte de sus ingresos para que los dejaran en paz.

De repente, cuatro hombres de uniforme entraron a gritos en la sala, con sus polos de la policía científica encima de sus camisas blancas. Todos llevaban insignias de plástico alrededor del cuello.

—¡Levanta las manos!

Los compañeros cerraban las ventanas de los chat de MSN a toda prisa, otros intentaban apagar los ordenadores de golpe. Pero la policía sabía cómo impedirlo, se abalanzaban hacia las pantallas para leer el contenido de nuestras charlas. Cuando los vi por primera vez, mi primera idea fue huir. Miré a mi derecha, había una puerta que se abría al lado del escritorio de Kouassi y que daba al exterior. Entonces, de repente, salté de mi silla que cayó hacia atrás, y corrí hacia el pequeño pasillo que resbalaba sobre los azulejos.

Fue una huida efímera, porque la policía también nos esperaba en la calle, uno de ellos me interceptó de inmediato y me tiró al suelo. Agarró el cuello de mi camiseta por detrás y la sostuvo en el puño para evitar que saliera corriendo. Es lo que hacían cuando no tenían suficientes esposas.

—Así que querías largarte, ¿verdad?

Miré a mi alrededor: estaban sacando a todos. También estaba Sylvestre, sentado en la acera. Detrás de su gran 4x4 con las puertas abiertas, todo el barrio se acercaba para ver la escena. Algunos les gritaban a la policía, y nos defendían porque también disfrutaban de parte de la fortuna de los estafadores. Pero la policía estaba tranquila, gracias a la nueva ley tenían más poder para detenernos. Nos amontonaron a todos en la parte trasera del coche. He perdido mi suerte, me repetí durante todo el camino. Volví a ver el rostro de mi hechicero anunciándome la llegada de problemas. Hablaba de esto, me dije. Acabarás en la cárcel con tus amigos estafadores. Sí, esta noche dormirás en una celda.

Pero gracias a Dios, eso no fue lo que sucedió.

En la comisaría de policía, la policía nos colocó en diferentes salas de interrogatorio. Eran oficinas nuevas, con nuevos ordenadores en las mesas. El

frío del aire acondicionado me hizo estremecer. Me preguntaron acerca de mis actividades. «¿Sabes que las víctimas de tus estafas terminan destrozados? ¿Crees que se merecen lo que les haces?»

Bajé la cabeza, perfil bajo, eso es lo que había aprendido.

—Sí, así es —dije.

Pensé que todo había terminado para mí.

Entró un hombre bien vestido, de traje. Tenía una gran panza bajo la camisa. Se sentó y me miró durante un buen rato antes de mostrarme mi teléfono móvil, que sus colegas habían confiscado en el cibercafé.

—Bueno, vamos a llamarlo ahora. Michel, es su nombre, ¿eh? Lo pone en la pantalla, ¿no?

Asentí obedientemente.

Miró la pantalla del teléfono, buscó en el directorio. Y en su fijo, marcó el número de mi blanco. Varios tonos de llamada sonaron en el altavoz. Finalmente, reconocí la voz profunda que varias veces había oído en mi teléfono.

—¿Hola?

—Hola, ¿es usted Michel Farange?

—Sí, soy yo.

El policía se presentó.

—Señor Farange, ¿mantuvo una conversación por internet con una mujer llamada Amandine Milan hace treinta minutos?

—Sí, pero...

—Señor Farange, le informo que ha sido víctima de una estafa. Esta mujer no existe. Como le digo, se trataba de una estafa con el único propósito de extraerle dinero.

Se hizo un gran silencio al final de la línea.

—¿Señor Farange?

—Sigo aquí. Es una broma, ¿no?

—No, en absoluto. Se lo digo muy en serio.

—No creo una palabra de lo que dice. Usted conoce a Amandine, ¿es amigo suyo?

—No. Vuelvo a decírselo, pertenezco a la policía científica y esa chica no existe. Es una mentira, un caso fraudulento perpetrado por un estafador que opera por internet.

—Esto es una locura. ¿Qué pasa? ¿Conoce a Amandine?

Reconocí a mi blanco. Siempre tan implicado. El policía negó con la cabeza.

—Señor, tengo la obligación legal de hacerle la pregunta: el hombre responsable de la estafa está frente a mí, ¿quiere presentar una denuncia?

—¿Cómo? Espere... ¿una denuncia?

—Por supuesto. Este es el procedimiento legal, señor Farange.

—No. No quiero presentar ninguna denuncia.

Y colgó.

El hombre de la barriga grande permaneció un largo momento inmóvil, sentado en su sillón frente a mí, con el teléfono mudo entre nosotros. Se pasó la mano por la cabeza, suspirando, y luego dijo, mirándome con la misma expresión de mi padre:

—Tienes suerte, gracias a Dios. Que te sirva de lección.

Suerte, sí, dentro de mi desgracia tuve suerte de que mi blanco estuviera tan loco por Amandine. En cualquier caso, lo cierto es que me salvó. Fue por amor. Sylvestre no había corrido el mismo destino: le había prometido a su cliente una parte de una gran herencia de la familia del presidente en persona. Al descubrir la magnitud de la estafa, el cliente presentó una denuncia contra él desde Bélgica. No pude ver a Sylvestre, no se reunió conmigo en el exterior de la comisaría de la policía. Sigue detenido, esperando el juicio.

Así que no fui a prisión. No fue lo que el Señor había decidido para mí. Pero la redada de la policía en el cibercafé había puesto fin a mi actividad. Desde ese día dejé de hacerlo. La suerte ya no estaba conmigo, había fracasado, todos mis blancos estaban sueltos. Casi había asesinado a un niño, casi me habían linchado en la plantación de plátanos, casi terminé en la cárcel, y eso fue suficiente. La mera idea de buscar nuevos clientes me asustaba. Durante varias semanas, no escribí ni un correo electrónico.

Había dejado mi habitación de hotel con sala de estar. Me pasaba todo el día en casa, tumbado en el colchón o echado en el sofá viendo la tele, sin saber qué hacer con mi tiempo después de meses clavado frente a la pantalla. Estaba acabado, no tenía un centavo en el bolsillo. Fabiola seguía enfadada por lo del vello púbico, seguía metiéndose conmigo cuando ella y su amiga pasaban la tarde peinándose en el jardín. Las escuchaba humillarme y cuando trataba de defenderme, Fabiola me cortaba:

—¡Vete a hablar con la ONU, va! ¡Tchrrr!

En mi situación, tenía que callarme y aguantar.

El deseo de ver a Monique me devoraba, soñaba con verla de nuevo,

hacerle el amor en su villa de lujo, zambullirme en su piscina, invitarla a una habitación de hotel, redescubrir la vida que había conocido con ella. Pero todo eso había terminado. Volvía a ser un desgraciado, ni siquiera me atrevía a llamarla, para que no supiera cuán bajo había caído. La imaginaba con otros tipos como yo, o con su blanco, que volvía para explotar a nuestro país y enriquecerse como los blancos siempre habían hecho, mientras su novia africana lo esperaba en casa. Pensar en todo esto me torturaba.

Fue peor cuando me dijeron que se había ido. Ni siquiera me llamó para decírmelo.

A veces, mi amigo Moussa venía a verme, íbamos al maquis a beber cerveza y nos contábamos la vida. Seguía con las estafas, pero a pequeña escala, justo lo que se necesitaba para tener una vida decente. Un día, mientras esperábamos el plato de pescado sentados en el suelo, me dijo:

—¿Te estás enterado? ¿De lo de Monique?

—No, ¿qué? Cuéntame, no tengo noticias de ella.

Parecía avergonzado.

—¿Qué? —Repetí, preocupado—. ¿Le va bien, no?

—Bueno, dicen por aquí que...

—¿Qué?

—Que se ha ido a vivir en París.

Eso me rompió el corazón.

No supe qué decir. Las palabras de mi amigo se habían clavado en mí como un puñal. Monique se había ido, dejaba la ciudad, dejaba el país como siempre había soñado. Es el último de tus problemas, pensé, has llegado al final de tu viaje. Querías jugar con el diablo y lo perdiste todo: éxito, riqueza, trabajo. Y ahora, tu gacela.

Todo era lógico, recogía lo que había sembrado. Al día siguiente, quise llamarla, para entenderlo, pero ni siquiera pude hablar con ella. Ya se había ido a Europa. Solo sé lo que decían los rumores. Que su blanco le había pedido que fuera a vivir con él a Francia porque se había divorciado de su esposa. No sabía los detalles, o si era cierto. Me importaba una mierda, la verdad. Todo lo que sabía era que ya no estaba allí.

Que mi amor se había ido.

El viejo finalmente me obligó a trabajar. A fuerza de repetirme una y otra vez que el dinero había que ganarlo honestamente, y de machacarme todos los días el

mismo estribillo, me vi obligado a dejar de holgazanear. Empecé a ir con Désiré al garaje y me metí a mecánico. Todos los días doblados en dos, con las manos metidas en los motores, para ganar en un mes la pasta que antes me llegaba en pocos días. Para mí fue una vergüenza. El trabajo que tanto odiaba. Igual que los demás, me dije que era para salir adelante antes de encontrar algo mejor. Porque todavía soñaba con las estafas, el trabajo y las noches regadas con cerveza.

Pero nunca pensé que mi solución fuera una vez más mi blanco.

Parecía imposible.

Cuando Kouassi se puso en contacto conmigo, habían pasado varias semanas desde que toqué un teclado. Estaba tumbado debajo del chasis de un auto grande, uno que nunca me podría permitir. Mi teléfono vibró en la madera de la mesa, Désiré me lo pasó para que pudiera responder.

—Hola, Armand —dijo el jefe del ciber—. Han pasado dos días, ¿cómo lo ves?

—Bueno, tirando.

—Oye, tengo que hablar contigo. Hay un tío que te busca.

—¿Un tío?

—Ha recorrido todos los cibercafés de la ciudad para encontrarte. Es un blanco, alto como una montaña.

—¿Un blanco? ¿Y me conoce?

—No. Dice que busca a alguien que se hace llamar Amandine. Ve con cuidado, amigo, ese tío no me gusta.

Amandine, repetí el nombre en mi cabeza.

Inmediatamente adiviné quién era. El blanco estaba allí, en la ciudad. Desde la llamada del policía, había comprendido la verdad. Y ahora venía a buscarme, para darme una paliza. Para vengarse de lo que le había hecho. Quería venganza, seguro. No había terminado, el diablo seguía persiguiéndome, era el precio de todo lo que había ganado.

Pero estaba equivocado.

Michel

Un día me encontrarán, sobre eso no me hago demasiadas ilusiones.

Uno no desaparece así como así. Al menos no alguien como yo.

Sin embargo, traté de tener cuidado, de planearlo bien antes de irme. Aparqué mi coche donde encontraron el de Évelyne Ducat, cerca de los senderos que suben a la montaña. Así les confundía aún más. Debieron de volverse locos, porque hasta donde yo sé todavía no la han encontrado. En cuanto a mí, quizá creen que me devoró un animal o que me ha secuestrado un psicópata, como en las series. Imbéciles. O puede que todavía me estén buscando, tratando de entender lo que hice en los últimos días, dónde me vieron por última vez. Y haciéndole las mismas preguntas a Alice.

Alice, mierda, casi me da pena y todo. Cuando pienso que una semana atrás todavía estaba allí, con ella en la granja.

Mejor dicho, en su granja.

También pensé en retirar dinero en efectivo. Una gran cantidad de efectivo, eso era lo más importante. Hacía tiempo que sacaba pequeñas cantidades, regularmente. Por si tenía que irme con Amandine, en caso de que fuera necesario.

Luego pensé en el viaje. Para escapar del valle, no vi se me ocurrió otra cosa: hacer autostop en el medio de la noche por la región. Me llevó un camionero, un rumano, creo, no hablaba francés. Fue un golpe de suerte: no irá a la policía ahora que debían haber colgado mi fotografía en todos los periódicos del departamento. Esta vez, al menos a Michel Farange sí lo conocen los de la zona.

Después, el avión, los billetes pagados en efectivo en una pequeña agencia de viajes, lo más lejos posible de casa. El avión, con una pizca de África dentro, ya. Un poco de lo que siempre había soñado cuando hablaba sobre eso con Alice.

Pero de todas formas un día me encontrarán. No desaparecemos así como así.

Solo me queda esperar.

Pero ya no falta mucho.

Estoy más tranquilo en el hotel de todos modos, porque esta ciudad, madre mía, es una pesadilla. Motocicletas, coches que tocan el claxon por todas partes, tipos que vienen a pedirte dinero en cada esquina porque eres blanco, es un horror. Y el calor, también. No me lo imaginaba así, más bien soñaba con la sabana y el elefante, aldeas de arbustos con mujeres llevando cubos de agua en la cabeza y sus hijos en la parte trasera. Cosas de turistas, eso es lo que Alice y yo creíamos que íbamos a ver, cuando planeábamos nuestro viaje a África. Bueno, sobre todo ella, yo no tenía demasiada voz ni voto cuando empezaba a hablar, y no podía hacer nada para detenerla. Alice es así, he tenido tiempo de conocerla durante todos estos años.

Ahora no me queda alternativa, tendré que acostumbrarme a este lugar. Aprender a salir de mi habitación con aire acondicionado para enfrentarme al mundo exterior. Tal vez encuentre uno más barato también, porque debo empezar a ahorrar. Tampoco es que tuviera tanto.

No me arrepiento. Esta vez no.

Los remordimientos han terminado.

Me pasé la vida engañándome acerca de lo que quería, dejándome influir por hombres o mujeres que sabían mejor que yo lo que era bueno para mí. Y después, me arrepentía.

Mi mayor error fue esta granja. Sí, creer que iba a tener éxito llevando la explotación del padre de Alice, reorientando la crianza a mi manera. Su rebaño de *aubracs*, el trabajo de toda su vida. Me gustó el viejo Brugier, cuando entré por primera vez a trabajar en su granja para ayudarlo durante la época de los partos, que debido a su ciática ya no podía afrontar solo. Era un anciano fornido que me hablaba como un padre, con un poco de sabiduría y voz de gran fumador. Durante los primeros días, en su forma de mostrarme todos los rincones de la granja, mirando en todas direcciones como si fueran secretos de Estado, entendí lo que buscaba. Quería encontrar a un hombre que llevara la granja y se casara con su hija: era su sueño. Así todo lo que había construido no se vendería a pedazos. Quedaría en la familia. Me dejé convencer sin dudar. Creí en su plan de recuperación. Pensé que todo iba a ser mío, el sueño de todos los campesinos.

Excepto que nunca lo fue. Solo sobre el papel.

El nombre que seguía en la mente de todos era Brugier. Era como si yo no

existiera.

Solo estaba allí como el yerno, como dicen por la comarca.

El padre Brugier, bajo su aspecto afable, nunca soltó las riendas, en realidad. Siguió controlando todo. Me decía, he llamado a Trousselier para que le compres heno, no has cortado suficiente este año; o no te olvides del inseminador, le dices que vienes de mi parte; o acuérdate de limpiar bien las cunas, de lo contrario estás jodido. Era así todos los días. Pensé que sería mejor cuando se jubilara, y finalmente pudiera tomar las riendas de la explotación. Pero no, incluso desde allí seguía pudriéndome la vida. Me llamaba dos o tres veces a la semana. Hablaba de la granja con Alice cuando iba a verlo los fines de semana. Y ella, aunque se quejaba y decía que no lo soportaba, siempre me transmitía puntualmente las inquietudes del viejo.

Cuando pienso que me culpaba por no haber llevado a cabo los planes que teníamos para mejorar la granja... ¿Cómo, con el viejo siempre vigilándome el cogote?

De hecho, en esa región que no era mía siempre he sido un extraño. Un parche. No es que la gente no fuera amable conmigo. Me gustaba ir a cazar con ellos en otoño, no lo niego. Pero a menudo me hacían sentir que no era de allí. Como si aún fuera un obrero en la granja del padre de Alice. Eso me pesaba, en nombre de Dios, me pesaba. Porque se lo di todo a esa granja, me chupó toda la energía. Y además, con todas las tierras que el viejo Brugiera había comprado, se había convertido en una explotación demasiado grande para un solo hombre.

Después de cinco años, ya me arrepentía de mi decisión. Me dediqué a mantenerla con vida, por así decirlo. Ya no tenía ideas para renovarla. Incluso me preguntaba si ser criador era realmente para mí. Sabía que no fui el único en hacerme esta pregunta, en la asociación de Jóvenes Agricultores a menudo los hombres expresaban dudas parecidas, al menos los que tenían el valor de confesarlo y decirlo en voz alta.

Excepto que yo no soy como el tipo ese, al que Alice llamaba Popeye.

No tenía ninguna intención de perderme entre las bestias. No, eso no.

Yo buscaba una salida.

Si me oyera hablar así, diría que no es verdad, que no me cree, pero en realidad, he llegado a la conclusión de que nunca quise a Alice. Lo que me gustaba, en el

fondo, lo que me apetecía, era la idea de vivir con ella en esa montaña, ella con su trabajo y yo con las vacas. Sí, eso me tentó, parecía una vida lograda, un éxito. Pensé que íbamos a tener hijos, incluso. Pero cuando lo pienso ahora, me doy cuenta de que no teníamos nada en común, no podía funcionar. Yo necesitaba aire, respirar. Y Alice se quedaba con todo el espacio, me ahogaba con sus interminables discursos, su forma de tener una idea sobre todo. De dirigirlo todo, como su padre. Durante la semana se pasaba el día recorriendo la región, visitando a los que les había ido mal, segura de que lo suyo era eso: entender a las personas, ayudarlas.

Tal vez ayudó a dos o tres campesinos, no digo que no.

Pero su esposo no formaba parte de ese grupo.

Y mucho menos cuando se lio con ese tipo. El que vivía en la meseta, con sus ovejas, el que decían que le faltaba un tornillo, a fuerza de vivir solo durante meses en lo alto de la montaña. Alice pensaba que yo no lo sabía. Como si todos los criadores no conocieran su Dacia y no la vieran ir y volver de la granja Bonnefille con más frecuencia de lo que debería. Parecía mentira cómo cambió en unas pocas semanas. No me llevó mucho tiempo darme cuenta de lo que sucedía.

Así que dejé de sentirme culpable por mi relación con Amandine.

Y más tarde, cuando pensé en un lugar seguro donde abandonar el cuerpo de Évelyne Ducat, no tuve que mirar muy lejos. Ascendí a la meseta en medio de la noche de invierno, con mi coche y los copos de nieve chocando contra mi parabrisas, y las luces apagadas para que nadie pudiera verme.

No sé qué hizo Joseph con el cuerpo. Quizás todavía esté en su granja, o lo haya enterrado en uno de sus campos. Pero lo cierto es que no fue mala idea, porque nunca avisó a nadie.

Para todos, esa mujer simplemente desapareció.

Como yo. Pero cuando aún estás vivo, es más difícil desaparecer.

No es hora todavía. Tengo que ser paciente.

Como esa lagartija pegada a la pared de mi habitación. Ha pasado más de una hora desde que está aquí, sin hacer nada.

A través de la ventana que no puedo abrir y que vibra debido al aire acondicionado, se ve el mercado. Bueno, más bien una especie de zoco. Es un desbarajuste. Muchachos corriendo en todas direcciones entre los parasoles multicolores, gritándose sin parar. Esto es otro mundo.

Aun así, es más limpio que el barrio donde seguí al chaval ayer. Allí apesta de verdad.

Obviamente, no lo conocía, durante varios días estuve buscando al azar. Sabía de estos muchachos que operaban desde cibercafés, lo había visto en internet. Creo que los interrogué a todos, uno por uno, preguntando si conocían el nombre de Amandine. Me creían loco, sí, todos deben pensar que estoy loco. Que no tengo nada que hacer aquí. Si no estuviera desesperado, probablemente me habría avergonzado frente a ellos. Cada vez uno intentaba robarme. Pero sabía que esos tipos que sudaban frente a sus pantallas solo eran críos. No les tenía miedo.

Fue él quien me reconoció.

Claro, conocía mi rostro, le había enviado docenas de fotos. No estaba escribiendo en su teclado, charlaba con un tipo al fondo del cibercafé. No debía tener más de veinte años, diría. Se giró hacia mí y de repente dejó de moverse, con los ojos clavados en los míos.

Así es como supe que era él.

Por cómo me miró.

Quise acercarme a hablar con él, pero no me dio tiempo, echó a correr.

Salí y lo vi corriendo por la calle, girándose para ver dónde estaba yo. No tuve otra opción: eché a correr tras él. Corrimos por los callejones polvorientos de la ciudad, no le quitaba la vista de encima cuando se inclinaba a derecha o a izquierda entre dos muros de hormigón. La gente nos gritaba, insultándonos o tratando de detenerme, preguntándome quién era y por qué perseguía al chico. Pero no me importaba, sabía por qué estaba allí. Grité:

—¡Detente!

Pero continuó, completamente aterrado, como si yo fuera el mismo diablo.

Sabía que iba a terminar atrapándolo, era tres veces más fuerte que él. Aceleré, salté sobre un vagabundo medio acostado en un callejón, empujé a una mujer que freía algo en una olla al lado de la carretera. En un giro, el crío resbaló y casi cayó cuan largo era al suelo. Se levantó pero yo estaba justo detrás.

Me abalancé hacia delante y con un golpe en el hombro, lo empujé contra un muro de piedra.

Rodó sobre los ladrillos, gimiendo, con la espalda dolorida. Se quedó doblado en mitad del suelo mientras yo me quedaba sin aliento.

—Te dije que pararas.

Levantó la vista y me miró asustado. Sí, estaba asustado, convencido de que iba a golpearlo. Y si hubiera querido, seguro que lo habría pasado muy mal durante un cuarto de hora.

Pero no había hecho este viaje solo para darle una paliza a un crío que me había estafado. Aunque el total fueran 15.000 euros, que era mucho dinero.

Extendí la mano para ayudarlo a levantarse.

—No voy a hacerte nada, tranquilo.

Todavía parecía preocupado, pero asintió.

—Tenemos que hablar —le dije—. Si todavía estás interesado en mi dinero, tengo una propuesta.

No estoy loco

Sé que es lo que todos pensarían si contara mi historia.

Pero no, no estoy loco.

Ya sé que Amandine no existe. Me llevó mucho tiempo admitirlo, es verdad. Pero ahora lo sé, ese no es el problema. El problema es que no quiero la realidad que me ha explotado en la cara. Sí, eso es, la rechazo. Básicamente, incluso me pregunto qué significa eso: existir. Porque lo real es lo que sentí por Amandine. Lo que viví con ella, esa relación que duró meses, eso realmente existió.

Y sigue ahí, dentro de mí.

No sé si la gente puede entenderlo. Amandine, con sus palabras, me dio más amor del que Alice me había dado jamás. Más que ninguna otra mujer.

Eso sí fue real.

Cuando conocí a Amandine, nada iba bien en mi vida. La granja, la casa, mi matrimonio, tenía la impresión de que todo se había echado a perder, que mi futuro ya lo habían decidido los demás. Buscaba una salida, y no sabía cómo encontrarla. Por casualidad, empecé a frecuentar sitios de citas para agricultores. No sabía lo que buscaba. Y ella llegó, así, con sus mensajes ardientes que me enviaba desde el fin del mundo y sus increíbles fotos. Obviamente, al principio no lo creía posible, ¿cómo podía una chica tan bonita interesarse por un tipo como yo? Pero en lo más profundo de mí, quería creer, me decía, ¿por qué no? ¿Y si esta chica fuera la oportunidad de mi vida?

No me importa cuánto dinero perdí. O quién se lo quedó. Solo sé que a partir de ese momento, toda mi vida cambió. Empecé a creer en mí de nuevo. Me sentí más fuerte, y lo que decían los demás me afectaba menos porque en un rincón de mi cabeza estaba Amandine. Su presencia estaba conmigo a todas horas, llevaba el móvil conmigo cuando cuidaba de los animales, intenté no perder cobertura cuando subía a los pastos de verano. De noche, cuando Alice volvía del trabajo, iba a mi oficina y pasaba horas chateando con Amandine. Imprimí una foto de ella, y la miraba de vez en cuando. Lo hice también en la reunión de los Jóvenes Agricultores, donde vi a Josep. Recuerdo que ese día, aún sabiendo que se estaba tirando a mi mujer, ya no me importaba porque yo tenía otra mucho mejor. Más bella, más joven, más amable, más preocupada por todos mis problemas.

Sus palabras, su amor, por Dios... Amandine me dio tanto. Lo creí, realmente estaba seguro de que finalmente vendría a vivir conmigo, que iba a dejarlo todo para estar con ella. Entonces vi a la muchacha del mercado, la que vendió sus diseños y que se parecía a esas fotos que siempre llevaba conmigo, y todo me pareció lógico.

Era Amandine, por fuerza tenía que ser ella.

Me equivoqué. Y debido a mi error, pasó lo que pasó. Quizás Évelyne Ducat no merecía morir, es cierto.

Pero no me arrepiento.

No, ya basta de arrepentimiento.

Empecé a entenderlo el día en que me llamó el policía. Antes no. En ese momento pensé que era una broma, una especie de cámara oculta, porque me parecía muy improbable, un policía con acento, llamándome desde África. Pero al día siguiente, Amandine no escribió más. No llegaron más mensajes, nada. Como si de repente se negara a hablarme. Pensé que había un problema. Esperé un poco, me dije que regresaría pronto. Pero no fue así.

Así que fui a verla.

Le había prometido que esperaría, que no iría a su casa, que le dejaría tiempo y espacio y creo que en cierto modo, eso me gustaba. Sí, me convenía porque, en realidad, estar con ella de verdad, acostarme con ella, me asustaba. Temía que se diera cuenta de quién era yo realmente. Y que cambiara de

opinión.

Pero entonces, cuando la chica del mercado me gritaba y me miraba como si fuera un monstruo, me di cuenta.

Lo comprendí todo.

Los primeros días, solo sentí ira. Navegaba incesantemente por internet, descubría la existencia de los estafadores, en sus cibercafés, y trataba de imaginarme el aspecto del que me había engañado, durante tanto tiempo. Quería vengarme, encontrarlo para demostrarle de qué tipo de hombre se había burlado.

Pero después de una semana, era distinto. No sentía odio. Todo lo que había dentro de mí era un enorme vacío. Un vacío inmenso y terrible.

Dios, sabía que no existía. Pero la echaba tanto de menos. Era horrible.

En la granja, me arrastraba por los suelos, no tenía energía para nada. Odiaba las vacas, como si todo fuera culpa suya. Ya no hablaba con Alice. Estaba convencida de que me había peleado con su amante. Se hacía la psicóloga con sus usuarios, pero nunca se dio cuenta de lo que le pasaba a su marido. Su padre seguía llamándome, diciéndome cómo llevar la granja. No podía soportarlo más.

Así que decidí irme.

Las cinco. Ya es la hora.

Miro hacia fuera. Aquí siempre hay gente en las calles, la vida nunca se para. Coloco la mosquitera encima de la cama. Tomo mi pequeña bolsa, compruebo que tengo mis papeles. Lo hago siempre que salgo, me tranquiliza un poco. Abro la puerta de la habitación y, de repente, el calor húmedo de la ciudad se abalanza sobre mí. Bajo las escaleras apartando a los mosquitos que vuelan a mi alrededor y llego al vestíbulo del hotel.

En la recepción, un par de turistas pagan su cuenta, belgas o alemanes, no lo sé. En todas partes, en las paredes blancas, hay máscaras tribales que me recuerdan a las que veíamos en las guías con Alice. Detrás de las puertas de vidrio se oyen los sonidos del tráfico.

Sigo por el pasillo que me indicó el chico de la recepción a mi llegada. Me instalo frente a la pantalla, pongo en marcha el aparato, que hace un ruido imposible. Espero a que se encienda, con el corazón palpitante y la espalda sudorosa.

Y cuando las palabras finalmente aparecen en la ventana que acaba de abrirse, todos los nudos de mi estómago desaparecen. Como si la vida se hubiera

detenido y ahora, volviera a empezar.
Siento un inmenso alivio.

Amandine86: Mi amor. Estoy aquí.

Agradecimientos

A mis exploradores, aquí o lejos; a Céline Bonnel, por supuesto, guía entre los guías y a Grégoire Gauthier; Christian Rousset por el saber humano; a Claire Leblois a pesar del secreto profesional; a Corentin y Awa Banzet por la estafa a domicilio; a Sarah Dejean, Thierry Roumejon, Aime Mazoyer e Yves Servières por su acogida y paciencia; a Amélie Gerbal e Isabelle Carrière, con todo mi respeto; Claude Lhuillier para la perspectiva; a Louis Fages; al comandante Pagat; a Manon, por la vida comunitaria; a Frédéric Grimopont, por la segunda autopsia literaria; a Laurent Villieras, amigo antes que policía; a Lucie Boudaud; a Jérémie Niel por la escena Houellebecq, finalmente censurada; a Baptistine Banzet por la máquina Singer; a Clement Souchier por el equipo de sonido; a Séverine Krouch por el amor XX; a Michel Hamousin por la relectura de la escafandra; a Joub por el ojo gráfico; a Laura Debeir por las maldiciones; a Guillaume Caulet treinta años después.

A todos ellos, mil gracias y mil perdones por los errores y las traiciones.

Soy el único culpable de las palabras que yacen entre estas páginas.

En Rouergue, gracias a Nathalie Demoulin sin la cual jamás habría salvado el cuello, cuando soplabla la tormenta.

A Hélène, mi heroína de todos los días, a Alexis, pirata de mis mañanas, y a Charlotte, cálida en su cajón.

Sobre el autor



Colin Niel nació en 1976 en Clamart. Cursó Ingeniería Agraria y se convirtió en ingeniero especializado en la preservación de la biodiversidad. Dejó la metrópolis para instalarse en la Guayana Francesa durante seis años. Estuvo a cargo de la creación del Parque Nacional del Amazonas, una misión que lo

marcó profundamente. Más tarde se convirtió en director adjunto del Parque Nacional de Guadalupe. A su regreso de la Guayana, se lanza a escribir novelas negras, influido por Indridason, Lehane o Hillerman, y escribe sus novelas policíacas con un fuerte trasfondo social y muy documentadas, inspiradas en una realidad cotidiana de fronteras permeables en la que se mezclan inmigrantes, apátridas y demás forasteros en situación irregular.

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que haya disfrutado de la lectura.

Queremos invitarle a que se suscriba a la *newsletter* de Principal de los Libros. Recibirá información sobre ofertas, promociones exclusivas y será el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tiene que clicar en este botón.



BRITAINY C. CHERRY

EL AIRE
QUE
RESPIRA

SERIE DE LOS ELEMENTOS I

CHIC 

El aire que respira (Los Elementos 1)

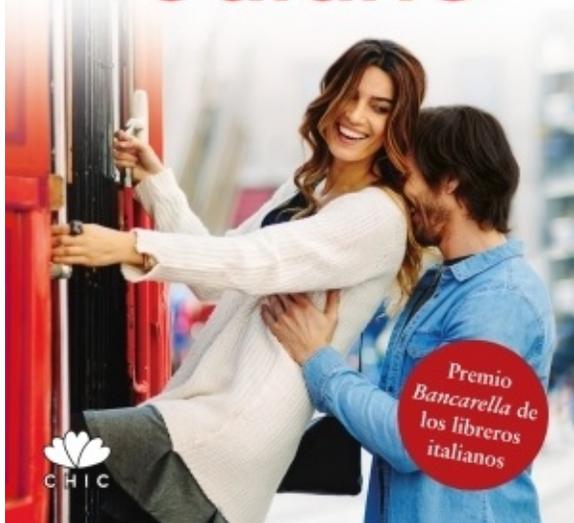
Cherry, Brittainy C.
9788416223503
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible volver a respirar tras haberlo perdido todo? Tristan ha perdido a su mujer y a su hijo. Elizabeth ha perdido a su marido. Son dos almas heridas que luchan por sobrevivir. Necesitan recordar lo que se siente al querer. Solo así podrán volver a respirar. La novela romántica revelación en Estados Unidos "No os lo perdáis. Leedlo y descubrid de primera mano lo bello que es respirar." "New adult addiction" Recomendamos encarecidamente esta historia hermosa y conmovedora. Brittainy C. Cherry sabe tocar la fibra. Preparaos para emocionaros. "Totally Booked Blog"

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Anna Premoli
Por favor,
déjame
odiarte



Por favor, déjame odiarte

Premoli, Anna
9788416223473
304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Puedes llegar a enamorarte de alguien a quien odias? Jennifer es abogada. Ian es economista. Y se odian. Un cliente los obliga a trabajar juntos. ¿Y si del odio al amor solo hay un paso? Premio Bancarella de los librereros italianos Más de medio millón de ejemplares vendidos en Italia

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HOMICIDIO

UN AÑO EN LAS CALLES DE LA MUERTE

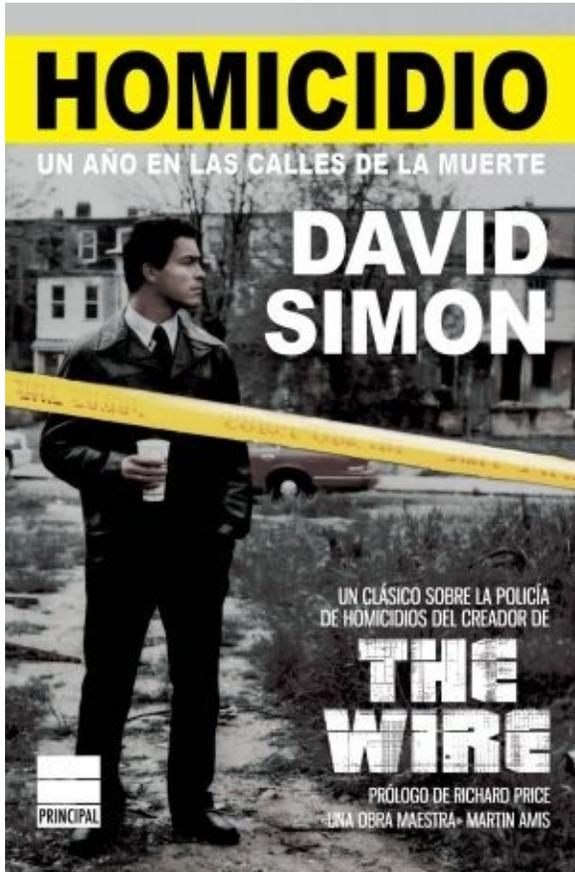
DAVID SIMON

UN CLÁSICO SOBRE LA POLICÍA
DE HOMICIDIOS DEL CREADOR DE

THE WIRE

PRÓLOGO DE RICHARD PRICE
UNA OBRA MAESTRA • MARTIN AMIS

PRINCIPAL



Homicidio

Simon, David
9788416223480
784 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El escenario es Baltimore. No pasa día sin que algún ciudadano sea apuñalado, apalizado o asesinado a tiros. En el ojo del huracán se encuentra la unidad de homicidios de la ciudad, una pequeña hermandad de hombres que se enfrenta al lado más oscuro de Estados Unidos. David Simon fue el primer periodista en conseguir acceso ilimitado a la unidad de homicidios. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano en el ocaso de su carrera; a Harry Edgerton, un iconoclasta inspector negro en una unidad mayoritariamente blanca; y a Tom Pellegrini un entusiasta novato que se encarga del caso más complicado del año, la violación y asesinato de una niña de once años. Homicidio se convirtió en la aclamada serie de televisión del mismo nombre y sirvió de base para la exitosa The Wire.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

REAL

KATY EVANS



PRINCIPAL
de los LIBROS

Real (Saga Real 1)

Evans, Katy
9788494223488
336 Páginas

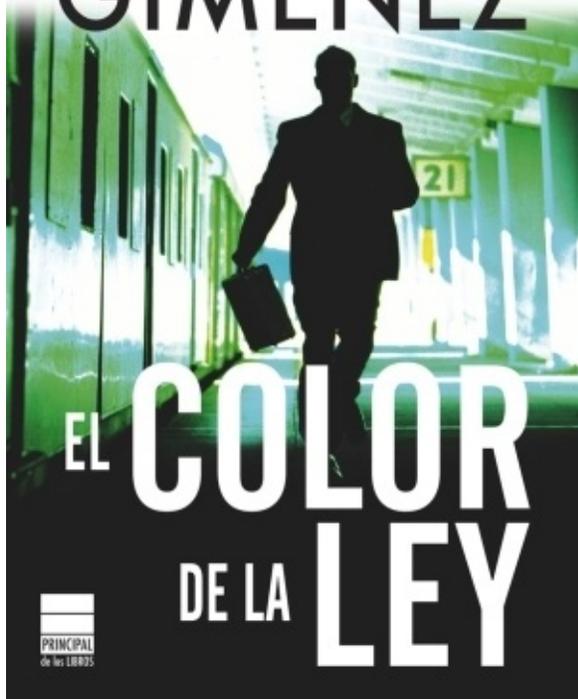
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un boxeador inestable. Una joven con los sueños rotos. Una combinación explosiva. Remington Tate es el hombre más sexy y complicado que Brooke ha conocido jamás. Es uno de los boxeadores más admirados, deseados y ricos del circuito de boxeo clandestino. Pero cuando la invita a la habitación de su hotel, lo último que la joven fisioterapeuta espera es que le ofrezca un empleo. La atracción entre ellos es evidente, pero Brooke no está dispuesta a tirar su vida profesional por la borda. ¿Podrá aguantar tres meses junto a él sin caer en la tentación? ¿Qué quiere Remington Tate de ella? ¿Y cuál es su terrible secreto?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

«El nuevo Grisham» - *THE TIMES*

MARK
GIMENEZ



EL **COLOR**
DE LA **LEY**

PRINCIPAL
de los LIBROS

El color de la ley

Gimenez, Mark
9788416223190
416 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El abogado A. Scott Fenney tiene una vida idílica. A sus 33 años ha conseguido las mayores metas de su vida, tiene dinero, una familia y un trabajo que disfruta. Pero un día le llega el caso de una prostituta negra drogadicta acusada de asesinar al hijo de un senador. Fenney recibe presiones políticas para que busque otro abogado que lleve el caso, pero cuando está a punto de hacerlo, sentirá remordimientos y deberá decidir si confía lo suficiente en la justicia como para arriesgarlo todo por ese caso.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Table of Contents

[CONTENIDOS](#)

[SOLO LAS BESTIAS](#)

[DEDICATORIA](#)

[Joseph](#)

[Maribé](#)

[Armand](#)

[Michel](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre el autor](#)